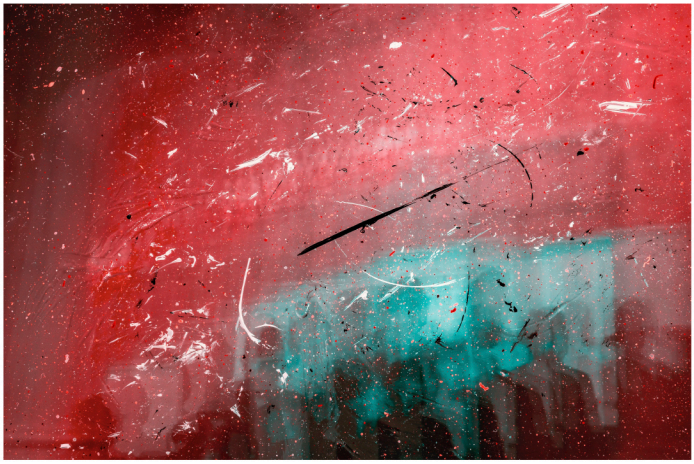
SÉ DEL BESO QUE SE COMPRA

Masculinidades, sexualidades y emociones en las experiencias de varones que pagan por sexo



SANTIAGO MORCILLO (DIRECTOR)
ESTEFANÍA MARTYNOWSKYJ
MATÍAS DE STÉFANO BARBERO

SÉ DEL BESO QUE SE COMPRA

SÉ DEL BESO QUE SE COMPRA

Masculinidades, sexualidades y emociones en las experiencias de varones que pagan por sexo

Santiago Morcillo (director)
Estefanía Martynowskyj
Matías de Stéfano Barbero

teseopress.com

Morcillo, Santiago
Sé del beso que se compra: masculinidades, sexualidades y emociones en las experiencias de varones que pagan por sexo / Santiago Morcillo; Estefanía Martynowskyj; Matías de Stéfano Barbero; dirigido por Santiago Morcillo; prólogo de Adriana Piscitelli.- 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Santiago Morcillo, 2021.
236 p.; 20 x 13 cm.
ISBN 978-987-88-1574-9
1. Estudios de Género. 2. Sexualidad. 3. Prostitución. I. Martynowskyj, Estefanía. II. Stéfano Barbero, Matías de. III. Piscitelli, Adriana, prolog. IV. Título.
CDD 306.74

ISBN: 9789878815749

Imagen de tapa: Jr Korpa en Unsplash

Las opiniones y los contenidos incluidos en esta publicación son responsabilidad exclusiva del/los autor/es.

TeseoPress Design (www.teseopress.com)

ExLibrisTeseoPress 55210. Sólo para uso personal
teseopress.com

Agradecemos, en primer lugar, a los entrevistados que aceptaron compartir historias de sus intimidades con nosotrxs y a las trabajadoras sexuales que colaboraron, a Adriana Piscitelli y Ernesto Meccia por sus lecturas y aportes, a todxs lxs colegas, amigxs, familias y parejas que entretejen la red que nos permitió hacer este libro, y al FONCYT y al CONICET, que financiaron y apoyaron económicamente la realización de la investigación.

teseopress.com

Índice

Prólogo 11
Adriana Piscitelli

Presentación. Los varones que pagan por sexo, de invisibles a transparentes 19

Primera parte 33

1. Mirar de cerca. Investigando sobre varones que pagan por sexo 35

2. Masculinidades y sexo pago, entre estereotipos y experiencias 49
Matías de Stéfano Barbero

3. De la "tolerancia" a la estigmatización: los "prostituyentes" como masculinidades reprobables 59
Estefanía Martynowskyj

4. Los "hombres de verdad", ¿no pagan por sexo? Los gateros frente a las interpelaciones feministas 81

Segunda parte 95

5. ¿Gatero se nace? Masculinidad, carreras morales y subcultura gatera 97

6. "Nunca era ir envalentonados tipo vikingo": miedo, vergüenza y homosocialidad 113

7. "De los amores falsos, el más sincero el de las putas". Masculinidades, afectos y emociones 129
Santiago Morcillo

8. "Una banda de hijos de puta": los proxenetas en los relatos de los varones que pagan por sexo 151

9. “Hay tantas minas y tan poco viagra”: salud, dinero y sexo 173

10. “Uno no hace lo que quiere sino lo que puede o debe hacer”: la retirada 197

De nudos invisibles y certezas perdidas. Notas para hilar las experiencias 207

Anexo. Datos de los entrevistados 217

Bibliografía 219

Prólogo

Adriana Piscitelli

Este libro nos proporciona la rara oportunidad de aproximarnos a las percepciones de hombres que consumen sexo comercial heterosexual en Argentina, articulando trabajo etnográfico y un análisis centrado en los conceptos próximos de la experiencia (Geertz, 1974) de esos sujetos. El resultado es un trabajo original, desafiante en términos de las interpretaciones usuales en este campo de estudio que tienden a soslayar esas nociones.

Destaco la importancia de este análisis, considerando las discusiones sobre consumidores de sexo que se han diseminado en las últimas décadas en el debate público y, específicamente, en las discusiones académicas. Lo acompaño desde el comienzo de los años 2000, cuando inicié estudios etnográficos en circuitos internacionales de turismo sexual en el nordeste de Brasil (Piscitelli, 2013), en un momento de intensificación de la preocupación por los consumidores de sexo comercial. Esa inquietud surgía a escala global, en el entrecruzamiento de las preocupaciones de diversos grupos de intereses -incluyendo a los feminismos abolicionistas, pero lejos de reducirse a ellos- que convergieron en la atención hacia el "lado de la demanda" de la prostitución. La idea era que eliminando la demanda acabarían con la prostitución, el turismo sexual y la trata de personas, problemáticas que tendían a ser consideradas de manera análoga por los grupos que deseaban eliminar la prostitución (Anderson y O'Connell Davidson, 2004). En esa fusión, la condena moral de la que es objeto el sexo comercial ha conducido a la penalización de los consumidores en diversos lugares del mundo en los que la prostitución no está prohibida.

En el plano académico, estas discusiones han sido acompañadas por estudios sobre consumidores de sexo comercial realizados a partir de diversos abordajes. Algunas perspectivas recrean esa condena moral, que se expresa en la elaboración de tipologías, jerarquizando los grados de infamia con que son marcados los consumidores (Leonini, 2004; Barahona Gomariz y García Vicente, 2005). Otras líneas de estudio no comparten esa condena e, inclusive, defienden los derechos de las trabajadoras sexuales. Pero en un campo de estudios en el que el rechazo a los clientes resulta en convergencias sorprendentes, análisis lineales sobre las dinámicas de poder que permean la oferta y el consumo del sexo comercial, considerando exclusivamente aspectos estructurales de opresión y dominación masculina, también realizan interpretaciones sobre los clientes que acaban limitándose a condenarlos (O'Connell Davidson y Sanchez Taylor, 1999).

En este marco, "Sé del beso que se compra" resulta provocador porque realiza un contraste productivo con la literatura existente, considerando las experiencias de consumidores de sexo comercial. Y lo hace siguiendo las formulaciones de Scott (1991), autora que rechaza la idea de que los sujetos poseen experiencia, considerando, en cambio, que los sujetos se constituyen en la experiencia. Y en esa constitución, las nociones sobre masculinidades son centrales.

Este libro localiza los atributos de masculinidad accionados por consumidores de sexo comercial en un contexto marcado por el combate intenso a la prostitución, alimentado por las características particulares asumidas por la lucha contra la trata de personas en Argentina. Las narrativas de un conjunto heterogéneo de varones que viven en las ciudades de San Juan y Mar del Plata y/o son habitués de foros dirigidos a clientes de sexo comercial en Argentina son situadas en ese ámbito, que tiñe las masculinidades atribuidas a ellos con atributos desacreditadores, asociados a la perversión, violencia y misoginia, y en el que son percibidos como personas portadoras de una sexualidad repudiable y

como expresiones y agentes de reproducción de la dominación masculina. Los relatos de los consumidores de sexo comercial "dialogan" con esos contextos y, de manera particular, con los atributos que les son imputados, delineando otros que, a través de expresiones de vergüenza, miedo y ansiedad, evocan vulnerabilidad e inseguridad masculinas.

En ese diálogo, tres temas llaman la atención de manera particular: feminismo, violencia y amor. Siguiendo las menciones al feminismo en los hilos de conversación de los foros, "Sé del beso que se compra" muestra percepciones previsibles pero también sorprendentes. Previsibles en el sentido de delinear negativamente un movimiento asociado al combate al sexo comercial, a la penalización de los clientes, al cierre de los cabarets. Sorprendentes, porque traduciendo la diversidad de líneas feministas existentes como feminismo abolicionista, desconocen aspectos importantes de los movimientos feministas que apoyan las reivindicaciones de las trabajadoras sexuales, con los que comparten el rechazo a la fusión entre prostitución y trata de personas y el rechazo de la idea de las trabajadoras sexuales como víctimas que precisan de defensas externas. Y también ellos desconocen la posibilidad de que las trabajadoras sexuales sean feministas, considerando absurda la idea del puta-feminismo, coincidiendo en ese punto con feministas abolicionistas.

Finalmente, un aspecto particularmente interesante de las apreciaciones de estos hombres que son situados fuera de las fronteras del sexo aceptable en términos normativos, es que sus percepciones sobre las feministas coinciden con las de grupos antifeministas vinculados a ondas neoconservadoras en diferentes partes del mundo. Nociones como "feminismo anti-hombre", que busca "jerarquizar la mujer por sobre el hombre en la sociedad", de feministas como mujeres "que dejan mucho que desear en cuanto a la higiene personal", "lesbianas peludas", son análogas a las accionadas por líneas de pensamiento que se oponen a los feminismos, considerados como destructores de un modelo

naturalizado de familia heterosexual, jerárquica (Brown, 2019), en el que el sexo bueno es reproductivo, monógamo y doméstico; precisamente un modelo de familia que, rechazando todo género y sexualidad disidente contribuye a la estigmatización de los consumidores de sexo comercial.

La violencia ejercida por los clientes contra las trabajadoras sexuales es un tema delicado, muchas veces evitado por los estudios de autores/as que defienden sus reivindicaciones. La violencia de Estado, materializada particularmente en las acciones de las policías, ha sido un tema frecuentemente considerado en las investigaciones sobre trabajo sexual (Olivar, 2010; Piscitelli, 2013). Analizar la violencia ejercida por los clientes ha provocado dudas, tal vez para no proporcionar elementos para alimentar agencias de gubernamentalidad con tintes abolicionistas, en las que la prostitución es percibida como inherentemente violenta. En ese marco, el material ofrecido por los "gateros" es interesante, en el sentido en que registran la existencia de esa violencia, pero repudian a quienes que ejercen la violencia verbal o física contra las escorts, creando jerarquías de corrección entre los consumidores de sexo comercial. Y es interesante también en el sentido de mostrar, entre ellos, procedimientos para protegerlas de los riesgos provocados por la trata de personas.

Los riesgos provocados por el enamoramiento operan a la manera de fantasma (Cho, 2008) persistente entre los consumidores de sexo comercial a escala global y, como tal, está presente en foros de discusión en diferentes partes del mundo (Piscitelli, 2013; 2009). Tal vez algunos estilos de sexo comercial, valorizando performances eróticas que evocan relaciones con "novias", las "*girlfriend experiences*", con besos en la boca, cariñosas, diseminadas según Bernstein (2001) en ciudades posindustriales, intensifiquen ese peligro. Las performances del amor, afirma Cheng (2013), tienen efectos en las subjetividades emocionales de las personas que se involucran en esas relaciones. Tal vez por ello, en los foros analizados en el libro haya permanentes

esfuerzos para trazar fronteras que protejan del amor, percibido como error, como evento reiterado e ingobernable, y como elemento de vulnerabilidad que expone al cliente a la explotación por parte de las escorts.

Pero, en una perspectiva comparativa, lo que llama la atención en este libro es el espacio inmenso concedido al enamoramiento en los foros analizados, algo percibido inclusive por los "gateros", que coinciden en considerarlo como un tema históricamente top –la "guía para no enamorarse de las escorts" es uno de los hilos más leídos en uno de ellos-. Pensando en las especificidades de las masculinidades accionadas por los consumidores de sexo comercial en Argentina y considerando que las discusiones de los foros no dejan de constituir un género, en el sentido de estilo narrativo, cabe preguntarse sobre las relaciones entre ese estilo y la amplia tradición del tema de los enamoramientos entre clientes y prostitutas en la literatura nacional.

Finalmente, en términos analíticos, un importante aspecto de este libro es la problematización de la noción ampliamente difundida de masculinidad hegemónica. Esta idea ha sido cuestionada a partir de diferentes prismas, considerando, por ejemplo, las situaciones en las que la fuerza, en lugar del consenso, adquiere un lugar central (Piscitelli y Simões, 2015). "Sé del beso que se compra" formula otro tipo de propuesta, rechazando la reducción de múltiples relaciones de género en el mercado sexual a una categoría que opera como etiqueta en un proceso de estigmatización, más que como herramienta analítica que posibilite aprehender esa diversidad.

Sintetizando, se trata de un libro con contribuciones para diversas áreas de estudio que extrapolan los análisis sobre el consumo de sexo comercial, abriendo un abanico posible de reflexiones sobre teorías de género y poder, y sobre economías morales y afectivas.

Bibliografía

Anderson, Bridget & O'Connell Davidson, Julia (2004) *Trafficking, a demand – led problem? A multy-country pilot study*. Part 1 "Review of evidence and debates", Save the Children. En https://resourcecentre.savethechildren.net/node/2402/pdf/2402.pdf consultado en septiembre de 2021.

Barahona Gomariz, María José e García Vicente, Luis Mariano (2005) *Una aproximación al perfil del cliente de prostitución femenina en la Comunidad de Madrid.* Dirección General de la Mujer, Comunidad de Madrid.

Bernstein, Elizabeth (2001) The Meaning of the Purchase: Desire, Demand and the Commerce of Sex. *Ethnography,* 2, pp. 389-420.

Brown, Wendy (2019) *Nas ruínas do neoliberalismo, a ascensão da política antidemocrattica no Ocidente*. Editora Politeia, São Paulo.

Cheng, Sealing (2013) *On the Move for love; Migrant Entertainers and the US Military in South Korea.* University of Pennsylvania Press.

Cho, Grace (2008) *Haunting the Korean Diaspora, Shame, Secrecy, and the Forgotten War.* Minesotta, University of Minesotta Press.

Geertz, C. (1974) From the native's point of view: On the nature of anthropological understanding. *Bulletin of the American Academy of Arts and Sciences*, 28 (1), pp. 26-45.

Leonini, Luisa (2004) Os clientes das prostitutas. Algumas reflexões a respeito de uma pesquisa sobre a prostituição em Milão. En Monica Schpun (ed.), *Masculinidades.* São Paulo, Boitempo, pp. 70-107.

O'Connell Davidson, Julia and Sanchez Taylor, Jacqueline (1999) Fantasy Islands. Exploring the Demand for sex Tourism. En Kempadoo, Kamala, *Sun, Sex and Gold, Tourism and Sex Work in the Caribbean.* Maryland, Rowman and Littlefield, pp. 37-55.

Olivar, José Miguel Nieto (2010) *Guerras, trânsitos e apropriações: políticas da prostituição feminina a partir das experiências de quatro mulheres militantes em Porto Alegre*, Tese de doutorado defendida no PPGas Antropologia Social, UFRGS.

Piscitelli, A. G. (2009) Buenos Aires, ¡qué ciudad acogedora! Racialización y sexualización de sudamericanas en sites destinados a turistas sexuales. *Nomadías* (Santiago), vol. 10, pp. 15-37.

Piscitelli, A. G. (2013) *Trânsitos, brasileiras nos mercados transnacionais do sexo.* Garamond, Rio de Janeiro.

Piscitelli, A. G. e Simões, V. (2015) Masculinities in times of uncertainty and change: introduction, vol. 19 (2), pp. 293-299.

Scott, Joan (1991) The Evidence of Experience, *Critical Inquiry*, vol. 17, No. 4 (summer), pp. 773-797.

Presentación

Los varones que pagan por sexo, de invisibles a transparentes

Tincho2525.— Yo no se como hay algunos que no les gustan las putas, dios! es la perfeccion, la clara dominación del hombre sobre la mujer jajaja la verdad que este foro es lo mejor q me paso en el año.
Gustavín.— ??? Derrapaste a mi gusto. Si lo ves como algo de dominación te sugiero que vayas al psiquiatra.
Gondwana.— De donde salen estos personajes? A una mujer se la respeta por más q sea trola, gato o tu tia. Es lo mismo, de lo contrario la vas a pasar mal si vas con esa actitud. Las minas no son boludas y tienen más cancha q vos y yo por más q sean trolas, gatos o como quieras llamarlo. Ojo con comentar estas cosas.
Tincho2525.— Hay dominación de ambas partes porque ellas sin nuestro dinero no harían ese trabajo y nosotros sin su cuerpo no tendríamos q pagar. Soy muy machista pido disculpas pero las mujeres no fueron de darme bola y no pararon de humillarme, es por eso que soy tan machista igual debería cambiar.
Gustavín.— Te sentis humillado porque debes tener baja autoestima. Usas la prostitución como un medio para ganar confianza. Te metes en un loop de resentimiento muy autodestructivo. No solo vas a odiar a las mujeres asi, te vas a terminar odiando a vos mismo. A mi las minas feministas me vienen de pelos porque no quieren ser unas mantenidas. Tiran mucha mierda demas a veces con lo del heteropatriarcado pero no les des bola. Mira a largo plazo, yo prefiero pasar mas tiempo criando a mis hijos si pudiera es mas divertido que el laburo.
(Hilo "que me puede pasar si me hacen PT sin?", Foro 2)

Hasta hace poco tiempo buena parte de los textos sobre los varones que pagan por sexo comenzaban haciendo referencia a su invisibilidad. Pero la insistente pregunta sobre "quiénes son estos varones" parece haber generado una respuesta simple: son "perversos", "machistas". Con la construcción de una representación unívoca del varón que paga por sexo como un sujeto violento y misógino, que paga para ejercer la dominación, podemos pensar si no hemos pasado del sujeto invisible a un sujeto transparente, carente de opacidades o tensiones. Esta concepción de la prostitución como un teatro de la dominación donde la performance del poder masculino se desenvuelve sin obstáculos –si bien puede ser políticamente útil a la hora de convocar una respuesta punitiva–, nos aleja de cualquier posibilidad de comprender las complejidades en las experiencias de estos varones. Tal como deja entrever la conversación que citamos para comenzar este libro –entre un principiante y dos clientes con más trayectoria en los foros *online* de comercio sexual–, los sentidos que atraviesan la práctica de pagar por sexo son mucho menos evidentes. Y como veremos a lo largo de este libro, las experiencias de los varones que pagan por sexo están lejos de ser una simple reafirmación de su masculinidad, al contrario, en muchas oportunidades reflejan de una forma elocuente su vulnerabilidad.

La representación de la prostitución como "un mundo donde las fantasías dictadas por el rol aprendido siempre se cumplen, sin que el hombre tenga que enfrentarse a su propia inseguridad o a las dificultades cotidianas de entablar o mantener una relación" (Szil, 2007), solo puede sostenerse mirando ese mundo de lejos. Adentrarse en el mercado sexual, conocer las experiencias de sus diversos actores, hacer investigación empírica sobre estos fenómenos, nos lleva a abandonar las concepciones monolíticas, los enunciados simplistas y los juicios universalizantes.

Para comprender este pasaje del sujeto invisible al sujeto transparente (y perverso) es necesario tomar

en cuenta los debates que la prostitución ha generado en el seno de los feminismos. Si bien la prostitución siempre fue un tema del debate feminista, en la década de 1980 se originó, en el ámbito norteamericano, una polarización que ha dividido al movimiento como casi ninguna otra cuestión. En esa década, en el marco de las llamadas *Sex Wars*, surge la oposición entre el feminismo radical, que conceptualiza al sexo en un contexto patriarcal como un peligro y como la principal causa de la dominación masculina, y el feminismo pro-sexo, que lo enfocará también como una posibilidad de placer, más allá de los mandatos reproductivos. Si bien hay algunas variantes, las primeras buscan la abolición de la prostitución, vista como la expresión paradigmática de la subordinación femenina y una de las peores expresiones de las violencias de género, equivalente a una violación; mientras que las segundas consideran que el trabajo sexual es una opción, que presenta distintos grados de libertad y explotación, en un mercado de trabajo signado por múltiples desigualdades.

En Argentina este debate ha calado profundamente y la polarización ha ido *in crescendo* en las últimas dos décadas. Aquí intervienen varios elementos: en primer lugar, el crecimiento y desarrollo de las organizaciones de mujeres que reivindican la idea de "trabajo sexual" y su posterior articulación con algunos sectores del feminismo y los movimientos LGBTI. Luego, el éxito del abolicionismo en la institucionalización de la lucha contra la "trata de personas con fines de explotación sexual", desde una perspectiva que homogeniza todo el comercio sexual bajo la idea de la esclavitud. Finalmente, ambos procesos se amplifican en el marco de la expansión de los feminismos en lo que comienza a considerarse una "cuarta ola" que ha revitalizado al movimiento feminista a nivel local, regional y global. En Argentina esta expansión y masificación aparece ligada a la crítica de la violencia de género –especialmente asociada a

las movilizaciones del "Ni Una Menos[1]"– y más recientemente a la lucha por la legalización del aborto.

Los términos dicotómicos en que se traduce la polarización del debate feminista parecen reducir todos los sentidos del comercio sexual bajo las etiquetas de "violencia" o "trabajo". Creemos que ninguna de estas versiones simplificadas del problema resulta potente para la investigación. Si bien los mercados sexuales, tanto como la familia y otras instituciones, han sido históricamente construidos en torno a asimetrías de género, la lectura totalizadora y dicotómica que aparece en algunos feminismos, deja poco lugar a la heterogeneidad y la multidireccionalidad de las relaciones entre agencias, sujetos y estructuras (Piscitelli, 2005). Al mismo tiempo, cuando el género –en una concepción binaria– funciona como principal variable de análisis y se omiten otras, como la clase, la raza, la edad o la nacionalidad, se invisibiliza el carácter relacional e interseccional de las opresiones. Así se clausura la posibilidad de comprender en profundidad los matices y las tensiones presentes en las diversas relaciones que tienen lugar en el mercado sexual.

Los sentidos y funciones asignados a la sexualidad de varones y mujeres pueden orientarnos para comprender cómo emerge un mercado sexual. La división sexual del trabajo y la desigualdad en el acceso a los recursos, han generado que las mujeres hayan utilizado su sexualidad como un bien de intercambio. Esta ha sido construida como un servicio, en un continuo de intercambios económico-sexuales que va "desde las relaciones matrimoniales hasta las formas más corrientes de prostitución" (Tabet, 2012: 152). A su vez, debe contemplarse la construcción de las sexualidad masculina –acaso menos pensada desde los feminismos– como

---

1 Utilizando el hashtag #Niunamenos, un colectivo de periodistas, artistas, escritoras y activistas, llamó a manifestarse el 3 de junio de 2015 en plazas de toda Argentina contra la violencia de género en reacción a una serie de femicidios. La viralización de la convocatoria, en conexión con otras como la de #metoo, dieron inicio a un movimiento internacional sin precedentes en la lucha contra la violencia de género.

una necesidad, un desafío, una demostración de potencia, ligada al cumplimiento de un mandato, y no únicamente al propio placer. Si tomamos en cuenta ambos aspectos, aun asumiendo que las relaciones entre varones y mujeres pueden pensarse también como relaciones de clase, la sexualidad es más un lugar de disputa que de posiciones fijas.

Desde una perspectiva que no contrapone economía e intimidad, ubicamos al comercio sexual dentro de una constelación más amplia de relaciones sexo-afectivas interconectadas con compensaciones económicas. Esta concepción nos permite contemplar las jerarquías de género que se expresan tanto en la construcción de la sexualidad de las mujeres como servicio, como en el estigma que desde el nacimiento del mercado sexual se asocia a la figura de la "prostituta". Al mismo tiempo, nos habilita a conectar los intercambios sexo-económicos del comercio sexual con otras formas de vinculación menos estigmatizadas y perseguidas. Asimismo, nuestro enfoque busca sostener la tensión entre estas posiciones jerarquizadas y los desplazamientos y desestabilizaciones que pueden ocurrir en el plano de la interacción; de manera que, ni ofrecer servicios sexuales relega a las mujeres a una única y estática posición de subordinación, ni pagar por sexo otorga a los varones un poder omnímodo e irrestricto sobre ellas.

Como mostraremos a lo largo del libro, la fantasía de "ir de putas" –sea como un espacio de dominación masculina o como un espacio festivo y descomprometido– suele entrar en tensión cuando atendemos a la narración de las experiencias de los varones que pagan por sexo. Es que la mercantilización del sexo, en vez de presentarse como un escenario de dominio irrestricto para los clientes, le plantea también limitaciones. Por ejemplo, mientras el contrato de matrimonio tiene una duración indeterminada y las disputas de poder suelen ser veladas por el marco del amor romántico, en la prostitución la interacción supone un enfrentamiento más claro por poner límites a

la dominación e incluso disputas por los sentidos que se ponen en juego en esa performance.

Estos matices y tensiones desaparecen con la polarización del debate, donde las relaciones entre varones que pagan y mujeres que ofrecen servicios sexuales "han sido construidas como relaciones patológicas, problemáticas, criminales y explotadoras" (Phoenix y Oerton, 2005: 96). En este marco, estos varones han sido caracterizados como sistemáticos perpetradores de violencia de género y el mercado sexual como un espacio de sociabilidad masculina que no les representa ningún problema, sino que funciona más bien como (re)productor de una masculinidad hegemónica. La denominación "prostituyentes", que el feminismo abolicionista propone para reemplazar a la de "clientes", parece transformarlos en agentes que actúan libremente guiados por una voluntad de ejercicio de poder que aparece claramente en sus conciencias. Esta matriz interpretativa se ha visto potenciada los últimos años, a partir de la masificación de los feminismos, la puesta en cuestión de la "masculinidad hegemónica", y el llamado a los varones a "deconstruirse".

La novedad de la preocupación por los varones que pagan por sexo también está ligada al funcionamiento de los sistemas penales, que históricamente habían puesto en foco y sancionado solo a quienes venden sexo y no a quienes lo compran. Recién a fines de los noventa emergen normativas de penalización de los clientes, entre las que se ha consolidado el "modelo sueco", que a partir de 1999 penaliza a quienes compran o intenten comprar "relaciones sexuales temporarias". Luego, otros países de Europa han tomado este modelo de penalización –que también, como veremos, inspiró proyectos de ley en Argentina– y surgieron programas de "reeducación" para los clientes en Inglaterra y en los Estados Unidos. Frente a este modelo sueco han emergido dos críticas, una sobre su eficacia, y otra sobre sus efectos más concretos. En esta última se incluyen tanto los daños a las propias trabajadoras sexuales,

quienes deben moverse en un mercado más clandestino que aumenta gravemente su vulnerabilidad, y el impacto sobre las concepciones de sexualidad. En este sentido, que resulta clave para nuestra investigación, Don Kulick (2005) ha propuesto que el modelo sueco probablemente esté dando lugar al nacimiento de un "nuevo perverso", en el sentido foucaultiano. La operación de un conjunto de elementos que moviliza el modelo sueco –campañas publicitarias, tratamientos, encuestas, etc.– contribuirían a producir un otro desviado, el más reciente integrante del elenco de perversos que comenzara a emerger hace un par de siglos con el dispositivo de sexualidad. Es el funcionamiento de esta clasificación el que, como mostraremos, puede operar aún sin una sanción legal vigente, y que nos permite pensar en un incipiente proceso de estigmatización de los varones que pagan por sexo.

Para pensar este proceso y su vinculación con las experiencias de quienes pagan por sexo, es importante comprender las conexiones y rupturas entre experiencia y estructura, que se hacen visibles (o desaparecen) desde distintos niveles de análisis. En las miradas del feminismo radical que nutren a la ideología del modelo sueco, subyace un enfoque que podríamos vincular al estructural-funcionalismo, por el cual los varones que pagan por sexo parecen reproducir racional, intencional, acrítica y funcionalmente la estructura patriarcal que los privilegia y les da poder. Nuestro posicionamiento busca, sin olvidar las asimetrías estructurales, particularmente presentes en los mercados sexuales, dar cuenta de las tensiones y complejidades que emergen en el plano de las interacciones y las experiencias.

Detengámonos a pensar sobre la estigmatización, ya que puede ser una forma de ejemplificar tanto las asimetrías del mercado sexual, como el nivel de análisis que proponemos para este libro. Para pensar sobre el estigma, un aspecto clave señalado por Goffman, aunque usualmente pasado por alto, es que no debe pensarse al estigma de forma sustancialista, sino que lo que se necesita es un lenguaje

de relaciones. Entonces, más que un atributo en particular, "un estigma es, pues, realmente, una clase especial de relación entre atributo y estereotipo" (2010: 14). Sin embargo, Goffman no profundiza las implicancias de este lenguaje de relaciones ni cómo lo influyen los procesos mediante los que surgen los estigmas, sino que se limita a concebir los distintos tipos de estigma como "atributos que resultan desacreditadores en toda nuestra sociedad". En este enfoque, cuando una persona posee un atributo no esperado para su categoría social, se convierte en una persona "fallada". Si esta falla sale a la luz, la persona será "desacreditada", mientras que si logra ocultarla no será estigmatizada pero permanecerá latente, en el nivel de lo "desacreditable". A diferencia de las "prostitutas" a quienes el mercado sexual exige diversos grados de visibilidad, los varones que pagan por sexo suelen permanecer como desacreditables porque su "falla" es relativamente fácil de ocultar y el estigma se vuelve invisible. Sin embargo, cuando no logran manejar la información y se conectan visiblemente con la "prostitución", se convierten, en este contexto, en desacreditados socialmente.

Si entendemos la estigmatización como un proceso social esta se conecta con la (re)producción de relaciones de poder y control que transforman las diferencias entre sujetos en asimetrías y desigualdades entre grupos sociales. Además, como proceso social la estigmatización es cambiante y tanto los sujetos estigmatizados como los efectos que causa están afectados por diversas luchas políticas. Como veremos, los varones que pagan por sexo comienzan a ser percibidos como varones que no se ajustan a las "nuevas" formas de masculinidad prestigiosa (no serían los "hombres de verdad" que postula, por ejemplo, una campaña anti-trata argentina). Incluso, en muchos casos, esta tensión aparece internalizada en sus experiencias. Sin embargo, no hay algo así como un sujeto homogéneo detrás de la categoría varón que paga por sexo, su autopercepción y sus relaciones con otrxs varían de acuerdo a los diferentes

contextos e interacciones, y a los actores involucrados en cada una de ellas.

Esta multiplicidad de posiciones que puede ocupar un sujeto ha sido teorizada por los estudios de masculinidades, que han planteado que las relaciones de género tienen múltiples dimensiones. Es por ello que no es extraño encontrar que aquello que privilegia a los varones y los sitúa en posiciones de poder a nivel estructural, puede tener un reverso en la experiencia donde, simultánea y contradictoriamente, se experimentan diferentes formas de vulnerabilidad. Somos conscientes que aludir a la vulnerabilidad y la estigmatización de un sujeto que ha sido históricamente protegido por la invisibilidad y posteriormente presentado como la encarnación de la dominación patriarcal y la violencia sexual, puede ser leído como una forma de victimización. Sin embargo, consideramos que las categorías "víctima" y "victimario" responden a una lógica binaria (y jurídica) que no refleja el dinamismo propio de las relaciones sociales y la forma en la que circula el poder entre la multiplicidad de actores involucradxs en el mercado sexual. En cambio, analizar relaciones sociales construidas a partir de jerarquías históricamente fundadas, nos habilita a pensar sus desestabilizaciones al mismo tiempo que nos recuerda que ninguno de los actores puede escribir su propio libreto.

Sabemos que la distribución del elenco entre víctimas y victimarios resulta seductora, y por el contrario la trama que presenta personajes cambiantes y difíciles de encajar en planos morales binarios puede resultar incómoda para muchxs lectorxs. Sin embargo, nos interesa más la incomodidad que puede dar lugar a nuevas preguntas, que reafirmar ideas previas.

Antes de emprender un breve recorrido por los capítulos del libro, queremos hacer algunas aclaraciones terminológicas. La categoría "prostitución", además de presuponer entre sus sentidos una corrupción de la "esencia" del sexo,

está cargada de estigma hacia quienes ofrecen servicios sexuales y no nombra a quienes los consumen. Por ello no la utilizamos como categoría analítica, o bien lo hacemos cuando queremos marcar ese sentido estigmatizante. En cambio, utilizamos la categoría de "sexo comercial" que refiere a las prácticas de intercambio de servicios sexuales y afectivos por recursos económicos. Tal como hemos señalado antes (Morcillo, 2021 [2014]), los términos sexo comercial, o comercio sexual, no buscan de ninguna forma ser un eufemismo ni un gesto de corrección política, sino establecer un distanciamiento analítico que habilite a criticar su estigmatización. Además, el "comercio" del sexo ocurre actualmente en un mercado que, aunque crece y se diversifica, funciona como un mercado clandestino en el que desaparece la simetría entre las partes que supone el contractualismo liberal. Esta situación puede reflejarse en una de las acepciones de "comercio": "comunicación y trato secreto, por lo común ilícito, entre dos personas de distinto sexo" (Real Academia Española, 2001). Entendemos el sexo comercial como una relación particular, tanto dentro de un "continuo de intercambios sexuales-económicos" más extenso (Tabet, 2012), como dentro de un mercado sexual más amplio, que incluye diversos intercambios de bienes comerciales y servicios que poseen un elemento erótico y sexual (Agustín, 2009).

En relación a la "trata de mujeres", aunque dicha categoría circula profusamente, no hay acuerdo en torno a qué tipo de situaciones deberían incluirse en ella y ser perseguidas con las herramientas del derecho penal, lo cual produce una serie de equívocos. Tanto en el ámbito normativo como en el del debate y las acciones contra la trata de personas, hay diferentes definiciones de trata, algunas mas circunscriptas a la idea de la prostitución forzada y otras tan amplias que casi cualquier inserción en el mercado sexual puede ser leída de esa forma. Además, el despliegue de políticas anti-trata se ha articulado más bien como una cruzada anti-prostitución. Por ello, consideramos que "trata

de mujeres" es una categoría de gobernanza que forma parte de la campaña anti-trata y no una categoría analítica (Martynowskyj, 2020).

En cuanto a la forma de referirnos a quienes demandan sexo comercial, protagonistas de este libro, decidimos utilizar la categoría "varones que pagan por sexo". De este modo podemos dar cuenta de la especificidad de las posiciones de género que atraviesa la relación de sexo comercial heterosexual –aquella más presente en la porción del mercado sexual que abordamos y a la que nos circunscribimos–, y así ubicar a las mujeres cis[2] como proveedoras y a los varones cis como consumidores. Nos referimos a ellas como "mujeres que hacen comercio sexual" como categoría analítica, como "trabajadoras sexuales" cuando aludimos a su reivindicación política, y como "escorts" para usar el término nativo en los foros *online* de comercio sexual. Asimismo, "clientes" es la categoría nativa que circula en el mercado sexual –sobre todo entre las mujeres que hacen comercio sexual–, y que usamos cuando queremos resaltar ese sentido. Finalmente, la categoría "gateros" es con la que se identifican muchos de los consumidores asiduos y especialmente los usuarios de los foros en los cuales realizamos esta investigación.

En la primera parte del libro presentamos nuestra investigación, las principales líneas teóricas y el contexto de los discursos feministas. Primero describimos y analizamos las características del trabajo de campo, compuesto por entrevistas en profundidad y una etnografía virtual en dos foros *online* donde los varones que pagan por sexo comparten sus experiencias bajo identidades protegidas. Allí podemos tener una primera aproximación a las tensiones

---

2 El sufijo "cis", por contraposición a "trans", hace referencia a las personas que se identifican con el género que les fue asignado al nacer. Ver Cabral, Mauro (2014), "Cuestión de Privilegios". Disponible en: https://bit.ly/34VBFTR Asimismo, nos referimos a mujeres cis cuando hablamos de escorts, pues estas son las más mencionadas por los varones (las trans y travestis ocupan una sección aparte en los foros).

que aparecen cuando estos hombres son interpelados como clientes, y al espacio homosocial online de los foros que parece ser el heredero del cabaret.

A continuación ofrecemos las principales líneas teóricas sobre los estudios de masculinidades que utilizaremos a lo largo del libro. Si bien los varones que pagan por sexo han sido caracterizados como "machistas" o "masculinidades hegemónicas", en este capítulo introducimos la distinción entre masculinidad privilegiada, dominadora y hegemónica. Esto nos ayuda a dar cuenta de la multiplicidad de posiciones y relaciones, en ocasiones simultáneas y contradictorias, que estos varones pueden tener en una diversidad de situaciones y contextos, y en interacción con los diferentes actores presentes en el mercado sexual.

En el tercer capítulo, ponemos el foco sobre el proceso mediante el cual los varones que pagan por sexo se han convertido en una preocupación pública. Para ello analizamos tanto las producciones académicas y militantes, como las campañas públicas que fueron moldeando la figura del "varón prostituyente", oscilando entre la patologización, la criminalización y la reprobación moral. En el capítulo siguiente, en contrapunto con estas interpelaciones del feminismo abolicionista, abordamos las respuestas entre los varones que pagan por sexo. El análisis de sus posiciones muestra tanto el rechazo como el desconcierto y la afinidad con algunas de las principales reivindicaciones feministas.

En la segunda parte del libro, nos concentramos en las experiencias de los varones que pagan por sexo, comenzando por las primeras experiencias de sexo pago de los varones y los diferentes aprendizajes que deben hacer para iniciarse como gateros y pertenecer a la "comunidad gatera". Este aprendizaje muestra que, lejos de ser algo naturalizado, la carrera de gatero supone sortear distintos riesgos materiales y simbólicos que implica la práctica de pagar por sexo para la masculinidad, como aprender distintos modos de justificar sus prácticas (hoy cuestionadas) y reconstruir una imagen respetable de sí mismos.

La idea de que los vínculos en la prostitución carecen de emociones –probablemente ligada a la ilusión de relaciones sexuales sin implicaciones– obtura la posibilidad de comprender una dimensión necesariamente presente. En los dos capítulos siguientes, analizamos las emociones que representan un desplazamiento del estereotipo de prostituyente y son frecuentemente narradas por los clientes. Primero nos centramos en la vergüenza y el miedo, dos emociones singularmente ligadas a las masculinidades en su dimensión homosocial. Luego, retomamos las historias de enamoramientos, en contraste con los relatos más modelizados, aparentemente despojados de emociones, estas narrativas, muestran afectos y confusiones que desestabilizan ciertas formas de masculinidades. Asimismo, la conexión entre ambos tipos de relatos nos permite poner de relieve las ilusiones que la lógica del mercado sexual produce.

El octavo capítulo está dedicado al análisis de un emergente del propio campo que no estaba previsto en el proyecto, pero resultó clave para comprender las experiencias de estos varones: el "fiolo". La figura del proxeneta aparece insistentemente en los relatos de los varones que pagan por sexo y pone de relieve un conjunto de tensiones para su masculinidad y su sexualidad. Mostramos cómo la representación generizada del fiolo que circula entre ellos se articula con el uso y los significados del dinero, de la violencia y de las emociones, habilitando a repensar las supuestas relaciones de complicidad entre masculinidades en el mercado sexual.

A continuación estudiamos las preocupaciones de los gateros en torno a la salud, centrándonos en las enfermedades de transmisión sexual y las llamadas "disfunciones sexuales", que despiertan con mayor frecuencia sus ansiedades y temores. Aquí, entre preservativos y estimulantes sexuales, la prostituta como riesgo de contagio y el mandato de la performance sexual masculina acechan la experiencia de estos varones. Finalmente, abordamos las vicisitudes de

la retirada del mercado sexual, atravesada por las tensiones entre lo que se debe y lo que se puede hacer, entre la voluntad de "sentar cabeza" y serle fiel a una pareja, e ideas vinculadas al vicio y a una sexualidad masculina incontrolable, ambas cuestiones condicionadas sensiblemente por la edad y por los cambiantes sentidos que adquiere la masculinidad a lo largo de la vida.

Primera parte

1

Mirar de cerca

Investigando sobre varones que pagan por sexo

El análisis que presentamos en este libro ha sido fruto de varios años de trabajo de campo buscando construir conocimiento a partir de la investigación empírica y los procesos de reflexión colectiva e interdisciplinar. Nuestro interés fundamental ha sido conocer las experiencias de los varones que pagan por sexo a partir de sus propios relatos, aspecto sobre el que no hay aún un cúmulo importante de investigación empírica en nuestra región. En el contexto europeo y anglosajón, así como globalmente, la investigación se ha centrado en analizar las motivaciones y construir tipologías de quienes pagan por sexo (p.e. Joseph y Black, 2012; Kong, 2015; Meneses, Uroz y Rua, 2018; Ranea Triviño, 2016). A su vez, buena parte de los trabajos sobre estos varones toma como punto de partida los relatos de quienes ofrecen servicios sexuales (p.e. Gaspar, 1985; Lamas, 2017). Si bien estas perspectivas permiten comprender otros aspectos del comercio sexual (y por ende hemos recurrido a ellas en varias oportunidades), aquí partimos de las experiencias de estos varones para indagar en sus propias complejidades.

Desde un principio, el proyecto[1] proponía hacer entrevistas en profundidad y realizar una etnografía virtual en

---

1 Proyecto de Investigación Científica y Tecnológica (PICT), Fondo para la Investigación Científica y Tecnológica (FONCyT), "Género y sexualidad en la mirada de varones que pagan por sexo". Argentina.

dos foros *online* de comercio sexual; luego fue el propio trabajo de campo el que nos fue mostrando los límites y las posibilidades de cada una de estas estrategias. Poder contar tanto con los relatos narrados *offline,* cara a cara, en las entrevistas, como *online* en los foros, nos permitió trazar contrastes y comprender más profundamente los sentidos sobre masculinidad y sexualidad plasmados en las experiencias de estos varones. Antes de comenzar vimos que algunos de los trabajos basados en entrevistas a "clientes de prostitución" incluían a cualquier varón que alguna vez en su vida hubiera participado de un intercambio de dinero por sexo. Para intentar evitar aquellos que solo habían sido consumidores extremadamente ocasionales, nos planteamos como límite entrevistar a varones que hayan pagado por sexo al menos en tres ocasiones. Los contactos con mujeres dedicadas al comercio sexual que habían participado en investigaciones anteriores (Martynowskyj, 2020; Morcillo, 2014, 2021) fueron una colaboración clave para acceder a los entrevistados. Además, sumamos contactos personales como forma de diversificar las vías de acceso e intentamos (sin demasiado éxito) utilizar la técnica de "bola de nieve" –es decir que cada entrevistado nos contacte con otro potencial entrevistado–. A pesar de estas múltiples vías de acceso, dar con los entrevistados resultó difícil, lo cual, ya desde el inicio de la investigación, brindó un dato relevante: la reticencia con la que circula la información sobre quienes pagan por sexo. Las dificultades para implementar la "bola de nieve" pusieron de relieve algunas de las formas que adquiere la homosocialidad entre los varones que pagan por sexo: los entrevistados tenían reparos en revelar una información potencialmente sensible sobre otros varones; y que ellos mismos suelen mantener también en secreto. Algunos dijeron que sus conocidos habían rechazado la entrevista y otros mostraron una leve sorpresa al saber quién los había referido como potenciales entrevistados para nuestra investigación. Esto nos llamó la atención sobre cómo incluso la

categoría, pretendidamente neutra, de "cliente" puede resultar una interpelación problemática.

Teniendo en cuenta estas dificultades en el acceso, conformamos una muestra de conveniencia buscando la mayor variabilidad en términos de sectores socioeconómicos y edades. Realizamos 19 entrevistas repartidas entre las ciudades argentinas de San Juan y Mar del Plata. Las edades de los entrevistados van desde los 27 a los 77 años; ocupan diversas posiciones socioeconómicas y el nivel educativo varía desde primario incompleto hasta estudios universitarios completos[2] (ver tabla en anexo con datos de los entrevistados). Todos los entrevistados se identificaban como varones cis heterosexuales, de manera que nos referiremos a las experiencias y discursos de estos varones (que también son los principales protagonistas de los foros). Un aspecto importante fue que las entrevistas fueron llevadas a cabo tanto por un varón, como por una mujer. Esta variación, invisible a los ojos de una mirada objetivista, causó sutiles diferencias –como una supuesta complicidad homosocial o expresiones de corrección política y vergüenza– que potenciaron el valor analítico de las entrevistas.

Del cabaret al foro *online*

En la última década, el mercado sexual ha ido mutando de diversas formas, especialmente en el marco de la lucha contra la trata de personas y como resultado de las transformaciones legales impulsadas por la misma. Lejos ha quedado la legitimidad que había alcanzado el comercio sexual en el período reglamentarista, entre los años 1850 y 1930,

2 Si bien en el caso de los usuarios de los foros debemos presuponer un nivel mínimo de formación y recursos que implica su uso, el acceso a internet se ha expandido mucho en los últimos años en Argentina. Según el Observatorio de internet, en Argentina el 92% de la población tiene acceso a internet (ver https://bit.ly/3w5lDTA).

cuando las "casas de tolerancia" estaban reguladas por el Estado. En ese marco los relatos de las experiencias de los varones que pagaban por sexo formaban parte de los discursos masculinos dominantes (Simonetto, 2018). Incluso hasta mediados del siglo XX se sostuvo que los burdeles eran necesarios tanto para evitar la homosexualidad y otras desviaciones en los jóvenes, como para preservar la respetabilidad de las señoritas (Cosse, 2010; Guy, 1994). Actualmente, el cabaret, como lugar del espacio público donde los varones acceden a sexo pago, se halla profundamente cuestionado o ha sido directamente erradicado de varias ciudades de Argentina (Behrens, 2019; Varela y Martynowskyj, 2019).

En este contexto, que hizo inviable utilizar la observación en cabarets como técnica de investigación, surgió la idea de conducir una etnografía virtual en los foros online de comercio sexual. Algunas investigaciones en países anglosajones plantean que internet ha constituido un lugar "seguro" y anónimo de sociabilidad masculina vinculada al mercado sexual (Sanders, 2008a), donde los foros de discusión e intercambio de información sobre sexo comercial reúnen a clientes y, a veces, a trabajadoras sexuales, en una comunidad *online* con valores y normas distintivas (Horswill y Weitzer, 2016). Es aquí que nos planteamos la posibilidad de utilizar métodos etnográficos para analizar las interacciones entre los actores de la cultura o espacio de sociabilidad *online*, es decir, conducir una etnografía virtual (ver Álvarez Gandolfi, 2016). En particular, dados los objetivos de nuestra investigación, seguimos los enfoques de la etnografía virtual que ponen el foco en las mixturas *online/offline* para comprender cómo los espacios virtuales forman parte y retroalimentan los mundos culturales en nuestras sociedades (Hine, 2015).

Los discursos en los hilos de los foros son frecuentemente "polílogos" (Pink *et al.*; 2019: 136), es decir, no son monólogos ni diálogos, sino que involucran a tres conversadores o más. De acuerdo con Pink, la sociabilidad en los foros es "casi oral", y podría caracterizarse

como una "intimidad pública". Íntima, por el tema que los une, como dimensión de la sexualidad, y a través del cual se reconocen entre ellos. Pública, porque el acceso a los foros es libre y gratuito. Lo que lleva a que los participantes sean conscientes "de que en la Red cualquiera puede estar agazapado en la sombra" (Pink *et al.*, 2019: 137); de hecho, en los foros analizados hay una categoría para los usuarios que no escriben ningún tipo de relato y solo leen: los "muditos". Los usuarios suelen utilizar *nicknames* para garantizar, no un anonimato, sino una identidad protegida, aspecto clave para mantener oculta frente a los extraños su implicación en el mercado sexual y al mismo tiempo, tejer redes homosociales entre usuarios. El uso de internet ha sido objeto de debates en las ciencias sociales, pues si bien muchas veces la información es pública, no es siempre posible obtener el consentimiento explícito de todos los participantes (ver en Earle y Sharpe, 2007). En nuestro caso, no sólo la información es de acceso público, sino que la presencia de "observadores" de diversa índole forma parte de las expectativas de los foristas, expresadas en frases como: "seguro que un psicólogo va a leer esto y se hace un banquete" o "estos 15 años de foro deberían ser rescatados por algún historiador". De todas formas, hemos optado por utilizar pseudónimos tanto para los *nicknames* de foristas como para los nombres de los entrevistados –de quienes sí pudimos obtener un consentimiento explícito– y otras personas aludidas en los relatos. Salvo estos detalles, los relatos son citados *verbatim* y textuales en el caso de los foros, incluidas expresiones nativas y errores ortográficos o gramaticales, que sólo fueron corregidos cuando dificultaban la comprensión.

En los foros que analizamos, los "gateros" –como se autodenominan en Argentina estos varones que pagan por sexo– comparten y buscan información sobre "gatas" o "escorts" –como son llamadas las mujeres que hacen comer-

cio sexual[3]. Los foros pueden ser rápidamente catalogados como espacios de cosificación de mujeres, por ejemplo, si consideramos las publicidades explícitamente sexualizadas de mujeres que se encuentran en ellos. Estas imágenes acompañan los relatos de las experiencias sexuales de los foristas con escorts, llamadas "XP", que constituyen el grueso de la enorme cantidad de mensajes.

Seleccionamos dos foros *online* que son, según las estadísticas de Alexa.com[4], las páginas más visitadas con relación al comercio sexual en Argentina. Estos foros son los de mayor trayectoria, los más poblados y con mayor extensión: funcionan hace más de 15 años, y desde entonces se han registrado cientos de miles de usuarios[5], quienes han escrito entre 2.2 y 7.1 millones de mensajes. Esta enorme cantidad de contenidos resulta a la vez dispersa en su disposición y enormemente volátil –una sanción a un forista puede hacer desaparecer todo un hilo o un cambio en las condiciones del servidor que aloja los foros puede resultar en una drástica reducción de su contenido–. Como veremos luego, a lo largo de los años las formas de organizar los hilos posteados por los usuarios se fueron transformando, y los moderadores fueron habilitando nuevas secciones y reglas, y dando de baja otras.

Para trabajar sobre esta enorme cantidad de material desarrollamos técnicas *ad-hoc* que utilizamos combinadamente: rastreos específicos con términos clave en los buscadores de los foros que nos permitieron restringir el material para hacer lecturas con el criterio de la saturación teórica, y a partir de allí realizar un seguimiento de los usuarios

---

3 Esta denominación se utiliza en los foros argentinos independientemente del estrato del mercado sexual de que se trate, por ello vemos por ejemplo hablar de "escorts callejeras".

4 Página web dedicada al análisis de datos sobre el tráfico y la navegación de las distintas páginas web.

5 El Foro 1 cuenta al momento de escribir este libro con 443.231 usuarios, el Foro 2, si bien dejó de mostrar esta información a fines de 2018, hasta ese momento contaba con 192.012 usuarios registrados.

más destacados. A su vez, llevamos a cabo una exploración más abierta navegando en distintos sectores de los foros, aquí fue fundamental la indagación en las secciones *off topics*, "debates generales" o "cafetería". Estos espacios concentran un amplio abanico de debates que van más allá de los relatos de las XP, desde temas de sexualidad en un sentido amplio, pasando por la salud, las parejas y el género, hasta el feminismo, la política o el fútbol. Abiertas a pedido de los propios usuarios –quienes "por la buena onda entre los integrantes" buscaban donde hablar de "otros temas"–, estas secciones han crecido considerablemente y, si bien no están ubicadas centralmente en los sitios, tienen una extensión importante considerando la cantidad total de mensajes (cerca del 15%). Recorrer estas secciones revela el sentido homosocial de los foros y anima a trazar un paralelo con el cabaret como centro de sociabilidad masculina. En la sección "Reglas de conducta", uno de los foros se describe como "un sitio para intercambiar ideas, para intercambiar experiencias, consultas, pasar buenos momentos y hacerte de buenos amigos que comparten tu misma pasión y, sobre todo, para divertirse". Si bien cada foro tiene sus reglas que han ido cambiando con el paso de los años, ambos comparten el objetivo de intercambiar experiencias, un sistema de reputación de los usuarios (de quienes además se muestra su trayectoria de participación), y la gratuidad (aunque también tienen secciones "vip" de acceso pago o restringido a quienes ya han compartido cierta cantidad de XP).

XP: las experiencias objetivadas[6]

El género discursivo de los relatos de encuentros sexuales pagos en los foros virtuales, que en los foros argentinos se llaman XP, ha sido criticado desde posiciones abolicionistas

6 Este apartado ha sido reelaborado a partir de Morcillo (2020).

o anti-prostitución. Se ha argumentado que disponer públicamente estos relatos disminuye la empatía hacia las mujeres o que constituye una cyberexplotación (*cybersexploitation*) (Earle y Sharp, 2007). Sanders (2008) señala la necesidad de entender el rol de estos relatos como un mecanismo de la industria sexual y, a la vez, como historias sexuales que son producidas y consumidas por distintos autores y audiencias. También podemos considerar, siguiendo a Plummer (1995), que estas narraciones suponen la organización de las experiencias, configuran identidades sexuales, y, en algunos casos, posibilitan su comprensión en un marco normativo colectivamente construido. Este carácter colectivo y normado es algo que, si bien podemos pensar en la subcultura del cabaret, aparece más definidamente como un emergente del espacio *online* de los foros. Por ello es clave tomar en cuenta que los contextos de narración de estas experiencias sexuales se transforman rápidamente. Si Foucault había planteado que los individuos eran incitados a confesar sus actividades sexuales en un consultorio como parte de un aparato terapéutico, ahora internet abre las narrativas sexuales a una audiencia potencialmente ilimitada y le imprime las formas discursivas particulares de cada espacio y de cada sociedad.

Además, para entender estos relatos, nos resultó clave la crítica de Joan Scott (2001) a las concepciones que parten de la experiencia como evidencia, pues esto bloquearía justamente lo que nos interesa aquí: un análisis que cuestione la propia producción de la experiencia. Los relatos de las XP de los clientes forman parte de las tantas narrativas de la intimidad que circulan en las redes, con la singularidad de permitirnos conocer cómo estos varones narran su masculinidad a través de sus experiencias sexuales. Sanders (2008a) señala que a través de estos relatos se performa la identidad del cliente, tanto a nivel personal como para un público, y que esta expresión muestra los propios deseos y afirma la masculinidad de los narradores ante el público. Al mismo tiempo, los diálogos que se entablan en los foros

habilitan la expresión de experiencias sexuales frustrantes, los conflictos emocionales y la búsqueda de consejos. El análisis, tanto de las narrativas de las XP como de los conflictos que debaten los foristas, nos habilitará a comenzar a entender cómo se articulan y tensionan masculinidad, emociones y sexualidad con las modulaciones singulares que imprime el contexto local. Empecemos entonces por entender cómo están estructurados los relatos de las XP y cuáles son las tensiones significativas que las recorren.

Las XP están en el centro de los foros y son el tipo de relato más compartido y más buscado. En cada XP un forista narra su encuentro con una escort, las características del servicio sexual, hace una valoración y abre a comentarios entre foristas. Esto implica también recomendar a algunas escorts o advertir sobre otras, por lo cual se presupone que hay cierto valor informativo en los relatos. Sin embargo, muchas veces estos relatos están ligados a una necesidad personal de los foristas: "En mi caso, este es un deporte q me gusta y me satisface unilateralmente, contar mis vivencias en el anonimato es parte de mi desahogo de no poderlas contar en la vida" (Sebros, Hilo "¿Por qué el gatero no cuenta sus experiencias?", Foro 2).

Varios foristas señalan que la principal motivación para escribir una XP es retribuir la información obtenida compartiendo nueva "data". Pero también están presentes la necesidad de narrar experiencias que no pueden compartir con otro público, e incluso el placer "literario" de más de un forista. Uno de los usuarios con más trayectoria y participación describe con fastidio:

> Hay otro lastre de novelistas frustrados, comandos sexuales de alcoba, y psicólogos de café. Ni hablar de los novios, extorsionadores, promotores y ochocuarentistas[7] varios que contribuyen a la abundante literatura fantástica que tenemos en

[7] En la jerga de los clientes "fiolo" u "8-40" se usan para designar a un proxeneta o también alguien que defiende los intereses de las escorts en contra de los gateros.

el foro (Marcos456, Hilo "Qué los motiva a subir una experiencia y qué buscan al momento de leer una?", Foro 1).

La XP, como escena sexual narrada bajo una identidad protegida, habilita a estos varones para construir un relato que, en ocasiones, sirve para exaltar su masculinidad. Como veremos en próximos capítulos, el alardeo sexual es recurrente en las relaciones homosociales entre varones heterosexuales. Sin embargo, quienes hacen relatos grandilocuentes suelen ser criticados, tanto por las escorts que los desmienten como por los propios gateros. El vínculo entre gateros en los foros descansa en la necesidad de "compartir data objetivamente" y este es uno de los primeros aprendizajes que deben hacer quienes se inician en esta comunidad *online*.

La lectura del relato de los encuentros, narrados por un par gatero, expresa una voluntad de escapar a las ilusiones publicitarias del mercado sexual, que descansa en la confianza homosocial. Sin embargo, las posibilidades narrativas del contexto de enunciación de las XP –es decir, la oportunidad de contar un secreto pero bajo una identidad protegida–, van a poner constantemente en cuestión su veracidad y/u objetividad. De manera que existe una perpetua búsqueda por cerciorarse de la veracidad de las características de las escorts y su servicio. Como veremos, la desconfianza se basa frecuentemente en la posibilidad de que las XP positivas sean posteadas por fiolos u "8-40" con el objetivo de "promocionar" o "defender" a una escort, o por clientes sospechosos de haberse enamorado de una escort, o de estar buscando un descuento o atención especial.

Como resultado, desde los comienzos de ambos foros se fueron desarrollando un conjunto de reglas para postear XP que pretenden garantizar su veracidad. Así se comenzó a dar formato a los relatos de las XP marcando una extensión mínima y obligando a incluir datos básicos: lugar, día, horario, características del lugar del encuentro, arancel, servicios, etc. Según

teseopress.com

el administrador del Foro 1, es preciso incluir "datos corroborables, cualquier cosa que haga entender que realmente estuviste allí". Al observar las transformaciones en las formas de estas narrativas encontramos un proceso de modelización. En un primer momento las XP aparecían narradas caóticamente en los foros, con diferentes extensiones y estilos, y organizadas bajo formas cambiantes y poco claras. Pero a través de las reglas implementadas por los administradores y moderadores, las XP comienzan a transformarse en relatos modelizados que repiten fórmulas. Tal es así que uno de los usuarios plantea que tiene una "fábrica de XP" y muchos otros usan una "plantilla":

> Lo mismo que hace el colega NoSky es lo que hago yo. Tengo ya una XP armada en el procesador de textos y la voy adaptando a lo que viví con la chica en cuestión (Hemingway, Hilo "Tablas modelo (guía) para subir experiencias y hacer consultas. Participa!", Foro 2).

El relato modelizado de la XP sigue un guión que narra la performance sexual, desde el momento del contacto hasta al encuentro, las descripciones detalladas lujuriosas, o frustrantes, del sexo, y una síntesis final. Desde una mirada ajena a la dinámica de los foros, el relato de la performance sexual parece ser la parte más llamativa de una XP, tanto por su mayor extensión como por el hecho de revelar detalles íntimos. Sin embargo, para muchos gateros, lo que realmente importa es la síntesis final, expresada en la "tablita", donde los foristas informan el valor de la tarifa, las prácticas sexuales incluidas en el servicio y otorgan puntajes para las distintas partes del cuerpo de la "escort" y su performance sexual / emocional. De hecho, algunos foristas plantean que las XP se dividen entre la "poesía" y la "data", o sea, entre la descripción narrada del encuentro y la tabla de puntajes que se ofrece como síntesis final: "a la mayoría seguramente le interese solo la tablita puesto que ahí constan los datos

importantes…" (Kynsij, Hilo "Redactar una nueva experiencia – Anexo Reglas eXPeriencias", Foro 1).

Datos obligatorios			Datos opcionales			
Regalito ($)	Puntaje gral.	¿Da besos?	Cara	—	Lolas	—
—	—	—	Cola	—	Cuerpo	—
¿Es completa?	Tipo bucal	¿Indepen-diente?	Onda	—	Lugar	—
—	—	—	Photoshop	—	Relojea	—
Barrio/ Localidad	—		Servicio	—	Reinci-dencia	—
Calle y altura APROXIMADAS: Atención: no ingrese la altura exacta ni el piso/depto.			Ejemplo: Corrientes 800			
IMPORTANTE: REGLAS PARA REDACTAR UNA EXPERIENCIA. Evita que te la cierren						

Imagen 1: "Tablita" de calificación Foro 1 (elaboración propia basada en la original).

Entre los primeros debates del Foro 1 es posible rastrear cómo se originó el uso de la "tablita". El administrador explicaba a un forista: "Creo que con el *sistema* de *calificaciones* cada uno puede sacar sus propias conclusiones. Hay una frase que dice que los números son más fríos que las palabras, creo que se aplica perfectamente a este caso." (Hilo Inés, Foro 1, énfasis en el original)

El uso del sistema de calificaciones o tablita pretende funcionar como una forma de objetivar las XP y construir "data" sin las impresiones subjetivas de cada usuario[8]. La idea de construir una mirada objetiva y realista aparece en el uso de una graduación numérica para la mayor parte de

8 Algunas escorts, especialmente las novatas, critican el efecto objetivante que produce la tabla de calificación (incluso algunas exigen a sus clientes que no narren las XP si van a usar la tablita). Muchas veces las escorts cuestionan la forma extorsiva en que algunos foristas usan las XP.

los ítems. Además, el orden de los mismos va desde los que parecen como datos menos discutibles (tarifa, dirección) a aquellos que son de apreciación personal y que involucran o aluden a una dimensión emocional –la cual, como veremos en el capítulo 7, tiene una importancia singular para muchos foristas–. Entre estos aparecen la "onda" (el *rapport*) o si volverían a repetir el encuentro con la misma escort, lo que en la jerga gatera se llama "reincidir", un punto clave sobre el cual volveremos. También mencionan aspectos que pueden contribuir o perjudicar a la ilusión de intimidad que performa la escort, como si no da besos o si "relojea" (controla el tiempo del encuentro). Finalmente aparece graduado el "porcentaje de uso de *photoshop*" como una forma de evaluar qué tan "reales" son las fotos con las que la escort en cuestión se promociona. Esta recurrente búsqueda de realismo aparece volcada también en los volantes con los que se ofrecían servicios sexuales y los anuncios en los diarios (antes de que fueran prohibidos) que contaban con fotos que solían agregar la leyenda "100 % real".

Imagen 2: Avisos publicitarios recolectados en la vía pública en CABA (2008).

En síntesis, las XP, al narrar escenas de intimidad sexuada en foros de acceso público, bajo un pseudónimo, parecen burlar la barrera entre intimidad y publicidad –si bien al precio de la duda sobre la identidad "real", o, mejor

dicho, *offline* del narrador. Se conjugan el interés por la información que puede obtener quien lee y la construcción identitaria de quien escribe. En este marco se da una progresiva modelización de los relatos vertidos en las XP como búsqueda por depurar la objetividad de la experiencia. Así, el relato de la XP, que transgrede fronteras para hacer públicos –especialmente frente a otros pares– los actos (supuestamente) más íntimos, resultará modelizado y estandarizado (y al mismo tiempo modelizador respecto de las experiencias y las identidades *online* de los foristas).

La modelización de los relatos se une entonces a la cuantificación de la "tablita", e inscribe así la experiencia en un orden que pretende responder a unos valores homosocialmente supuestamente compartidos, al mismo tiempo que objetiva, homogeniza y normaliza la experiencia y la mantiene dentro de unos estándares comparables. En este relato, la biologización y la cuantificación de la sexualidad aparecen como características que pueden asociarse a ciertas masculinidades, al tiempo que hacen evidente la lectura de la sexualidad como una performance. No obstante, buena parte de la información apunta a identificar a las escorts que pueden amenazar con poner demasiado de relieve el carácter performático y comercial del encuentro. Todos estos elementos estandarizan y modelizan los relatos y a su vez intentan satisfacer la necesidad, fuertemente paradojal, de buscar una experiencia "100% real" (al menos en su apariencia) para poder consumir una ilusión y evitar ser engañados por los ardides del mercado sexual.

teseopress.com

2

Masculinidades y sexo pago, entre estereotipos y experiencias

Matías de Stéfano Barbero

En la década de 1960 el feminismo radical apuntó a la sexualidad como una "categoría social impregnada de política" (Millet, 1975: 68), central para explicar la subordinación de las mujeres. Así sentó las bases para cuestionar, entre otras cosas, la desigualdad sobre los derechos sexuales y reproductivos, el problema de la violencia sexual masculina, y las relaciones de poder asimétricas subyacentes en la pornografía y la prostitución. Estos cuestionamientos han sido elaborados de distintas formas: mientras algunas feministas consideraron a la sexualidad como un terreno donde se expresan tensiones entre el peligro y el placer; un terreno, a la vez, de constreñimiento, represión y peligro, como de exploración, placer y agencia (Rubin, 1989; Vance, 1989); otras, propusieron que, en una sociedad regida por la dominación masculina, la sexualidad implica peligro ya que es el eje de reproducción de la violencia contra las mujeres. En esta línea, la jurista norteamericana Catharine MacKinnon, una de las principales exponentes de la deriva abolicionista de la pornografía y la prostitución del feminismo radical[1], consideraría ya en la década de 1980, que

[1] El feminismo radical, surgido en la década de 1960, postuló que la sexualidad y el trabajo doméstico formaban las bases del poder masculino sobre las mujeres, con la ayuda de la institución del matrimonio. La sexualidad se constituyó, para esta corriente feminista, como la fuente heurística para

> la sexualidad no es otra cosa que un constructo social de poder masculino: definido por los hombres, impuesto a las mujeres y constituyente del significado del género […]. La sexualidad equivale a la heterosexualidad y equivale a la sexualidad del dominio (masculino) y la sumisión (femenina) (MacKinnon, 1987: 4).

Sobre esta base, MacKinnon sostendría que la prostitución es una forma de afirmación de la masculinidad, una "institución social [que] da el estatus de persona a los hombres […] a través de privar a las mujeres del suyo" (MacKinnon, 1993: 14). Por su parte, Carole Pateman, otra de las teóricas especialmente influyentes para el feminismo abolicionista, considera la prostitución como parte del "contrato sexual", una expresión del derecho patriarcal de los varones sobre las mujeres:

> Cuando los cuerpos de las mujeres se venden como productos en el mercado capitalista, no pueden olvidarse los términos del contrato original; la ley del derecho sexual masculino se afirma públicamente y los hombres obtienen reconocimiento público como amos sexuales de las mujeres: eso es lo que tiene de malo la prostitución (Pateman,1995: 287).

Varias autoras han advertido que las ideas de MacKinnon y Pateman reproducen los discursos y representaciones dominantes sobre la sexualidad y construyen una mirada excesivamente estática, especialmente sobre la sexualidad masculina (Butler, 1991; Fraser, 1997; Segal, 2007). Dis-

---

explicar la opresión de las mujeres. En ese entonces, cuestionaban la familia nuclear y la heterosexualidad institucionalizada, y al mismo tiempo afirmaban el derecho al deseo y al placer sexual femenino más allá del mandato reproductivo. Sin embargo, con el tiempo se fue configurando otra mirada sobre el sexo, más preocupada en denunciar la opresión sexual de la mujer, centrándose en la violencia extrema. Algunas teóricas, como MacKinnon, proclamaron entonces la exclusividad de la sexualidad para explicar la opresión de género, y otras consideraciones y demandas desaparecieron del mapa.

cursos e imágenes que frecuentemente provienen más de posiciones conservadoras que progresistas sobre la sexualidad, en las que subyacen teorías (socio)biológicas sobre el comportamiento sexual de los machos en la naturaleza, que instintivamente buscan dominar a las hembras para controlar su capacidad reproductiva. De momento, consideraremos, con Segal (2007), que la sexualidad masculina no es irremediablemente violenta y coercitiva, ni está conectada necesariamente con una voluntad de dominación; lo que sí sucede a nivel estructural, es que la violencia, la coerción y la dominación sexual masculina han sido socialmente toleradas, incluso esperadas y animadas. De la misma forma, la experiencia sexual de las mujeres no está irremediablemente vinculada al peligro y la sumisión, aunque lo cierto es que, frecuentemente, los hombres han tenido el control de ella a través de instituciones androcéntricas como el matrimonio heterosexual, la medicina y la ley, que históricamente han (re)producido el poder masculino.

Como señala Morcillo (2021), las propuestas de MacKinnon y Pateman pueden ser útiles para analizar el papel de la sexualidad y el género a nivel estructural desde la filosofía política, pero tienen algunas limitaciones cuando se las utiliza para analizar las relaciones de género a nivel empírico, caracterizadas por las tensiones y matices entre la dimensión estructural, la interacción social y la subjetividad. Así como centrarse exclusivamente en la dimensión individual y subjetiva podría abonar posiciones que nieguen las asimetrías o que, incluso, victimicen a los varones que pagan por sexo, considerar únicamente la dimensión estructural del mercado sexual puede dar por sentado que un orden de género asimétrico se traduce automáticamente, y de forma unívoca, en relaciones de género y sexuales caracterizadas por la coerción, la dominación y la violencia.

Siguiendo esta línea, veremos que la sexualidad masculina, y particularmente la heterosexualidad de los varones que pagan por sexo está lejos de ser una experiencia homogénea y universalmente compartida por los hombres.

No se trata de una experiencia reducible a ninguna de sus dimensiones, sino de un escenario caracterizado por las tensiones entre potencia y debilidad, entre placer, dolor y ansiedad, un territorio de disputa más caracterizado por el conflicto entre el poder y la vulnerabilidad, que por la plena e irrestricta dominación masculina. Ninguno de estos aspectos se encuentra estructuralmente predeterminado de tal manera que comprometa inevitablemente la agencia de las mujeres. Como señala Segal (2007), la sexualidad masculina no puede reducirse ni al sentido común que tenemos sobre sus prácticas, y mucho menos a las prácticas en sí mismas. La sexualidad se compone de discursos, prácticas y sentidos, está inserta en los contextos particulares, culturales e históricos, atravesada por relaciones de clase, género, edad, y raza (entre otras), se construye y negocia a través de instituciones como la familia, la religión, la educación y la economía, y cambia sensiblemente a lo largo del ciclo vital. Todas estas dimensiones sólo se vuelven inteligibles cuando la sexualidad masculina se considera a partir de las historias concretas de los hombres, de sus experiencias y relatos. Veremos que, en los últimos años, los varones que pagan por sexo han sido homogeneizados y catalogados como "sucios", "asquerosos", "gordos", "borrachos", "violentos" o "torturadores", más que llamados a relatar sus historias y experiencias. En su potencia y pregnancia, esta adjetivación estigmatizante de los varones que pagan por sexo –ligada a posiciones de clase, modos de vida y formas corporales (Morcillo y Varela, 2021)– reduce las múltiples dimensiones que atraviesan la comprensión de la sexualidad, y parece clausurar por completo el interés por los discursos, prácticas y sentidos de la masculinidad que se ponen en juego en la práctica de pagar por sexo.

En este trabajo, proponemos recuperar el interés por estas dimensiones, analizando la diversidad de relaciones entre la estructura social, las relaciones de género y la subjetividad masculina en el mercado sexual, a partir de una serie de conceptos ampliamente conocidos, pero que desde

su surgimiento han resultado problemáticos, por su condición polisémica y su multiplicidad de usos, tanto sociales como analíticos (ver Connell y Messerschmidt, 2005). Con frecuencia, los varones que pagan por sexo, han sido caracterizados como "machistas" o como "masculinidades hegemónicas". Estos conceptos, hoy utilizados cotidianamente por los movimientos sociales, los medios de comunicación, la cultura de masas y la academia, han ganado un significativo alcance en los últimos años, pero lo han hecho al precio de haber perdido parte de su potencia analítica y de su filo crítico. Esto no es exclusivo del concepto masculinidad hegemónica, sino también de conceptos estrechamente vinculados a él, como género o violencia, significantes que han adquirido especial trascendencia en el último lustro gracias a la masificación de los feminismos. A pesar de su trascendencia, sus significados continúan debatiéndose en la tensión entre sus usos sociales y analíticos. No es extraño encontrar que el concepto género se utiliza como sinónimo de sexo o de mujeres, o para hacer referencia a las diferencias entre varones y mujeres (Scott, 1996). Por su parte, la violencia, uno de los grandes significantes de la denominada cuarta ola feminista (Trebisacce, 2020), es también utilizada para hacer referencia a los discursos y prácticas que reproducen la dominación patriarcal, como un sinónimo de abuso de poder, pero también como una expresión de su declive y falta de eficacia, como la máxima expresión de un conflicto o como la evidencia de la imposibilidad de construirlo (ver De Stéfano Barbero, 2021). Especialmente en el campo del análisis del mercado sexual, la violencia se entiende como constituyente de las relaciones de poder asimétricas entre clientes y trabajadoras sexuales.

Desde que, a mediados de la década de 1980, la socióloga australiana Raewyn Connell (1987) popularizó el concepto, la "masculinidad hegemónica" se ha transformado en una herramienta clave para analizar las relaciones de poder en el orden de género. La propuesta conceptual de Connell llevó a los estudios de masculinidades a desarrollar

una mirada relacional del género, donde la masculinidad no está basada en la biología, ni se reduce a un mero producto de la socialización, sino que se trata de un proceso abierto y dinámico que implica tensiones, negociaciones y reposicionamientos en las relaciones de género, entendidas como relaciones de poder y vulnerabilidad en el marco de diversas estructuras de desigualdad (Connell, 2003; Messerschmidt, 2018). En este sentido, Connell utiliza el concepto para interrogar las relaciones de poder en el orden de género que construye las diferencias como desigualdades y las legitima. Por ello retoma la concepción de hegemonía de Antonio Gramsci, como una noción metodológica, "como una forma de pensar la compleja interconexión entre consenso y coerción, y no como una descripción de una forma concreta de poder" (Crehan, 2004: 122).

Siguiendo esta línea, más que la versión erudita del popular "machismo" latinoamericano[2], consideraremos que la "masculinidad hegemónica" hace referencia a una determinada configuración de la práctica de género (Connell, 2003) que legitima, con sus discursos y prácticas, un orden jerárquico y complementario entre los hombres y las mujeres, entre la masculinidad y la feminidad, y entre las propias masculinidades (Messerschmidt, 2018). De manera que encarnar las características asociadas culturalmente a la masculinidad, como ser heterosexual, cis, blanco, joven, de clase media/alta, urbano, educado, alto, delgado, musculoso, racional, independiente, valiente, sexualmente activo, atractivo y potente, proveedor, padre o protector (entre muchas otras), no implica necesariamente una práctica de poder que subordine a mujeres y/o a otras masculinidades. Lo cierto es que ostentar estas características en determinadas relaciones y contextos, puede resultar un privilegio a nivel social para los varones. Es por ello que denominaremos "masculinidades privilegiadas" a quienes posean estas

2 Para una crítica decolonial sobre el concepto, ver Fuller (2012), Gutmann y González-López (2007) y Messerschmidt (2018).

características o rasgos. Su lugar privilegiado culturalmente hace también que, por un lado, estas características puedan ser utilizadas para reproducir la estructura jerárquica del orden de género y, por otro lado, que operen como imperativos, como el horizonte de masculinidad deseable que, de no ser alcanzado (como en la mayoría de los casos), puede suponer sentimientos de frustración e inadecuación. Es decir, que sólo en tanto estas características sirvan para legitimar las posiciones complementarias y jerarquizadas entre hombres y mujeres podemos hablar de una "masculinidad hegemónica". Es en este sentido que resulta pertinente la categoría de hegemonía tal y como la concibió Gramsci: el orden de género se sostiene no solamente a través de la coerción de las clases privilegiadas, sino también por el consenso, el consentimiento y la participación de las posiciones subalternas.

Finalmente, Messerschmidt (2018) hace una última distinción conceptual para referirse a las "masculinidades dominadoras", como aquellas que comandan, controlan y/o ejercen el poder en interacciones sociales específicas; diríamos popularmente que son las posiciones que "tienen la sartén por el mango" o que "llevan la batuta". Pero, nuevamente, este control o ejercicio de poder no necesariamente es estable y perenne, ni se estructura en base al género, y no supone linealmente que quien ocupa estas posiciones reproduzca la jerarquización entre hombres y mujeres, masculinidades y feminidades, y las propias masculinidades.

Siguiendo la propuesta de Connell (2003), nos referiremos entonces a "masculinidades", en plural, para dar cuenta de la diversidad de posiciones en las relaciones de género, tanto a nivel intergénero (entre hombres y mujeres), como intragénero (entre hombres), así como a la diversidad de intersecciones entre el género y otras estructuras sociales: relaciones de clase, procesos de racialización o la diversidad sexual, entre otras. La propuesta de Connell ha sido entendida frecuentemente como una mera diversificación de la

"tipología" de masculinidades producto del auge de la teoría interseccional, expresada en alusiones a "la masculinidad negra", "la masculinidad obrera", o "la masculinidad gay" (Viveros, 2011). Al pluralizar el concepto, no se pretende tanto describir otras formas de masculinidad, sino considerar la medida en la que "el sujeto está compuesto por una serie de posiciones y subjetividades contradictorias y múltiples" (Moore, 1994: 141). No hemos buscado en este trabajo tipificar una "masculinidad gatera", sino un análisis que nos permite observar que un mismo varón puede, por ejemplo, ocupar una posición hegemónica en relación a las mujeres y a determinados varones y, simultánea y contradictoriamente, encontrarse en una posición subordinada frente a otros varones y/u otras mujeres.

Es en todos estos sentidos que consideramos que la masculinidad no es estática, ni una identidad, ni una forma de personalidad producto de la socialización masculinizante. Consideraremos la masculinidad más bien como una categoría teórica, un concepto instrumental, o una noción metodológica con la que interrogar las posiciones posibles en las relaciones de género, negociadas constantemente entre lo deseable, lo permitido y lo posible en cada una de las situaciones y contextos en las que se inscriben junto a otras estructuras de desigualdad.

Utilizando este marco teórico, veremos a lo largo de los capítulos de este libro, que el mercado sexual está lejos de ser un escenario donde predomina un grupo homogéneo de hombres que ejerce relaciones de dominación del tipo amo-esclavo sobre un grupo homogéneo de mujeres, tal como plantean MacKinnon y Pateman. Podríamos considerar que, hoy, más que tratarse de una institución donde se afirma aproblemáticamente la masculinidad heterosexual, la prostitución expone a la masculinidad a una serie de tensiones que difícilmente pueden observarse sólo a través del análisis de las dimensiones estructurales. En estas páginas, veremos experiencias en las que pagar por sexo no supone necesariamente la reafirmación del "derecho

sexual" masculino, ni un reconocimiento de los pares como "amos sexuales de las mujeres", como afirma Pateman. Si bien la sexualidad es un aspecto fundamental en las relaciones entre masculinidades, en la jerarquía de masculinidades hegemónicas heterosexuales de nuestra región una especial fuente de estatus reside en ser un "ganador", en tener éxito cuando se sale de "caza", es decir, en conseguir tener relaciones heterosexuales. Sin embargo, el imperativo del "hombre de verdad" supone que las relaciones sexuales sólo se consigan a través de la seducción, y no en el mercado sexual. De manera que, en determinados contextos y situaciones, los varones que pagan por sexo, especialmente los adultos, encuentran que "carecen del reconocimiento (respeto) de los otros varones y de las mujeres que caracteriza a la verdadera hombría" (Fuller, 2001: 312), por alejarse del mandato basado en la tríada padre-protector-proveedor. En este sentido, veremos que los varones que pagan por sexo pueden ser vistos por la sociedad, sus grupos de pares, e incluso por sí mismos, como una suerte de "perdedores en el rol masculino" (Prieur y Taksdal, 1989), lo que dialoga con las campañas abolicionistas, que los señalan como masculinidades devaluadas, deslegitimadas, y adjetivadas como "prostituyentes" o "perversas".

A partir del enfoque que posibilita esta serie de precisiones conceptuales, abordaremos el mercado sexual reconociendo y analizando diferentes contextos y situaciones donde tienen lugar procesos complejos de interconexión generizada entre coerción y consenso, entre resistencia y participación. Veremos que en este escenario, las posiciones en las relaciones de género de los varones que pagan por sexo varían en cada interacción entre una multiplicidad de actores: mujeres que ofrecen servicios sexuales, otros varones que pagan por sexo (y los que no lo hacen), fiolos o terceras partes, amistades, parejas, instituciones del Estado, organizaciones de la sociedad civil, e incluso quienes hacen investigación. Nos centraremos especialmente en cómo se intersectan las prácticas, discursos y sentidos sobre

la masculinidad y la sexualidad con variables como la edad, las emociones y la salud. Veremos que, si bien la masculinidad privilegia la instrumentalidad, la potencia, el desapego, la racionalidad y el control (Kimmel, 1997; Seidler, 1995, 2006), las experiencias de los varones que pagan por sexo, más que adecuarse a ese ideal normativo, se encuentran en constante tensión con él. En sus discursos y experiencias, se ponen de relieve tensiones que emergen de la irrupción de emociones no esperadas ni deseables y que exponen su masculinidad a posibles vulnerabilidades, de unos impulsos sexuales "animales" que deben ser saciados (y pagados) y que escapan a su voluntad de control, de la exposición a riesgos que no son percibidos como meras pruebas a superar para afirmar la masculinidad, o que emergen del desempeño de una performance sexual que satisfaga las necesidades y expectativas propias y ajenas.

Las experiencias de los varones que pagan por sexo muestran que el orden de género que los privilegia como hombres a nivel estructural, no supone necesariamente que a nivel individual se adecúen a las características de la masculinidad privilegiada, a las formas de interacción inter e intragénero de la masculinidad dominadora, o a la reproducción de las jerarquías del orden de género que supone la masculinidad hegemónica. Sin embargo, veremos a continuación que los abordajes de los problemas del mercado sexual, y especialmente de los varones que pagan por sexo, no siempre han considerado la complejidad de las relaciones entre la estructura social, las formas de interacción y la subjetividad masculina.

teseopress.com

3

De la "tolerancia" a la estigmatización: los "prostituyentes" como masculinidades reprobables[1]

Estefanía Martynowskyj

Desde la reciente masificación de los feminismos, que podemos situar en 2015 para Argentina, las demandas por la igualdad y contra la violencia de género pasaron a ocupar un lugar protagónico, así como el cuestionamiento de lo que antes se nombraba como "machismo" y ha devenido "masculinidad hegemónica". En este contexto, la práctica de pagar por sexo se volvió problemática en un sentido novedoso y para un público que desborda a lxs profesionales de la salud, a lxs funcionarios públicos y a las feministas, que históricamente habían sido protagónicos en el control de la prostitución y en su combate, desde perspectivas higienistas, eugenésicas y morales (Guy, 1994).

La campaña anti-trata que emergió con fuerza a finales del siglo XX en el plano transnacional, ya había comenzado a cuestionar a los varones que pagan por sexo, poniendo en el centro del debate público a la "prostitución"[2]. Además,

---

1 Este capítulo ha sido reelaborado a partir de Martynowskyj (2018).

2 Este resurgimiento está marcado por la sanción del *Protocolo para prevenir, reprimir y sancionar la trata de personas, especialmente mujeres y niños* (*Protocolo de Palermo)* en 2001, en Viena. En un contexto de migraciones transnacionales crecientes, signado por la preocupación de los países centrales por controlar sus fronteras, el debate sobre la prostitución y la trata de mujeres reingresó al escenario transnacional (Varela, 2012).

esta campaña se articula con la transnacionalización del "modelo sueco" de penalización de la compra de servicios sexuales, vigente desde 1999. Este modelo forma parte del dispositivo neoabolicionista cuya racionalidad permite que conceptos como "patriarcado, vulnerabilidad y explotación sean instrumentalizados para aumentar la intensidad y la extensión de las tecnologías de control sobre las cis y trans mujeres bajo la gobernanza feminista de la trata sexual" (Iglesias Skulj, 2017: 12). Estudios realizados a diez años de su implementación muestran que no sólo no ha podido transformar las desigualdades de género a las que se proponía hacer frente, sino que las ha profundizado (Dodillet y Östergren, 2011), sobre esto volveremos más adelante.

En nuestro país, una batería de leyes y normas de distinto rango; diversos materiales –institucionales, periodísticos, activistas, académicos y artísticos– y una gran cantidad de acciones públicas –de sensibilización, concientización y protesta–, producidos y llevadas adelante por actores de proveniencias heterogéneas, le han dado forma a un "régimen anti-trata" (Piscitelli, 2015) de carácter punitivo y sexualmente conservador. Las figuras centrales de dicho régimen han sido la mujer "víctima de trata" y los "tratantes", desde la clave interpretativa rígida y simplista del derecho penal. Pero de a poco el interés ha comenzado a centrarse, también, en la figura del cliente. En 1999, Silvia Chejter denunciaba en el *Informe Nacional de UNICEF sobre la explotación sexual de niñas, niños y adolescentes en la República Argentina*, que de un total de trescientas noticias periodísticas sobre este tema, sólo dos mencionaban a los clientes, y de manera accesoria. Sin embargo, desde mediados de la primera década del 2000, los varones que pagan por sexo se han convertido en objeto de preocupación pública, y dicha práctica, en algo reprochable en diversos escenarios donde, hasta no hace muchos años, se justificaba de distintas maneras.

En el contexto de discusión de la Ley N° 26.364 de Prevención y Sanción de la Trata de Personas y Asistencia

a sus Víctimas (en adelante Ley de Trata), diversos actores comenzaron a hablar de los varones que pagan por sexo como un tipo particular de persona, a través de la figura del "varón prostituyente". Aquí, tras un breve recorrido por las políticas que ha implementado el estado argentino, analizaremos algunos de los materiales más relevantes donde se construye esta categoría y la imagen degradada que la acompaña: desde libros académicos y militantes, hasta las campañas oficiales, para finalizar considerando las respuestas de las organizaciones de trabajadoras sexuales y otras organizaciones afines.

Así abordamos el proceso mediante el cual los varones que pagan por sexo se convierten en una preocupación pública. La producción de categorías y elementos de juicio sobre el "problema" de pagar por sexo, que intentan objetivar la percepción del fenómeno (Pereyra, 2018), nos permite rastrear la configuración de la "propiedad" del problema, es decir, de la red de actores que logran crear su definición pública e influir sobre ella (Gusfield, 2014). Aunque este "problema" todavía tiene la forma de una controversia, no todos los grupos tienen igual poder, influencia y autoridad para definirlo.

Pagar por sexo como problema público: de la protección masculina al desaliento de la demanda

Desde fines del siglo XIX el Estado Argentino ha aplicado distintos modelos legales para gobernar la prostitución. A grandes rasgos podemos señalar un período reglamentarista, entre 1875 y 1936, y otro abolicionista desde 1936 hasta la actualidad. Aunque, como han mostrado Morcillo y Justo Von Lurzer (2012), las normativas que regulan la "prostitución" conforman un *patchwork* en el que conviven legislaciones penales abolicionistas, con normas de menor

rango de corte prohibicionista, en los códigos provinciales contravencionales, y en algunas localidades, hasta no hace mucho tiempo, disposiciones reglamentaristas, a través de normativas municipales que regulaban whiskerías y cabarets. Además, el despliegue efectivo de las leyes penales y de las regulaciones de menor jerarquía, así como también las formas de ejercicio del poder de policía y las prácticas de intervención de lxs operadorxs implicadxs en las políticas anti-trata, impulsan formas de gobierno de la prostitución (Daich y Varela, 2014: 67) que no siempre están en armonía con los objetivos del cuerpo normativo vigente. Así, tanto durante el período reglamentarista como en gran parte del abolicionista, el tratamiento que se les dio a los varones que pagan por sexo fue prácticamente el mismo. Legisladores, médicos higienistas, autoridades eclesiásticas y sindicalistas coincidían en que la prostitución era un "mal necesario", pues la sexualidad masculina se consideraba un impulso natural desbordante que necesitaba ser saciado, más allá de la relación conyugal, para el buen rendimiento de los varones como trabajadores, soldados y padres de familia (Guy, 1994). Tanto la regulación de las llamadas casas de tolerancia como su cierre, se consideraron medidas oportunas y eficaces para cuidar a los varones del contagio de las enfermedades venéreas –cuyo foco de contagio se pensaba que eran las "prostitutas"– y evitar así su propagación al resto de la sociedad.

Como muestra Queirolo (2013), con la consolidación del Estado Nación en las últimas décadas del siglo XIX, se estableció también un orden de género binario. Mientras para las mujeres el placer sexual quedó anulado y fue reemplazado por el deseo maternal, para los varones el placer sexual adquirió la modalidad de "descarga del instinto" que podía canalizarse tanto a través de "aventuras clandestinas" como de la prostitución. De esta manera, se habilitó una doble sexualidad masculina –matrimonial y extramatrimonial– en la que el comercio sexual adquirió importantes funciones. No sólo permitir las descargas sexuales,

sino también, evitar males como la canalización equívoca de tales descargas: el "onanismo" o la "inversión" –el sexo con otros varones– (Queirolo, 2013: 71)

Sin embargo, en las primeras décadas del siglo XX, el reglamentarismo que "garantizaba" el cuidado de los varones y sus familias cuando pagaban por sexo, fue puesto en cuestión tanto por los médicos como por la prensa, los "vecinos" y las "prostitutas". Ello fue en parte producto del fracaso de los controles sanitarios sobre las enfermedades venéreas que solo vigilaban a las mujeres. Así, en 1936 se aprobó la Ley de Profilaxis 12.331, se cerraron los prostíbulos reglamentados, el Estado dejó de tutelar directamente la compra de servicios sexuales. En 1957 Argentina adhirió al Convenio para la represión de la trata de personas y de la explotación de la prostitución ajena –aprobada en 1949 por la ONU–, la cual fue reglamentada en 1965 por el gobierno de Illia, restringiendo aún más la venta de sexo. En este contexto, algunos médicos higienistas vinculados a la OMS comenzaron a preocuparse por el rol de la demanda: "los clientes ganaron relevancia en los análisis y entre los abolicionistas emergieron consignas que tendían a señalar las prácticas de pago por sexo como 'sin precio no hay prostitución'" (Simonetto, 2018: 193).

No obstante, es recién con el cambio de milenio, en el contexto de la campaña anti-trata, que la preocupación por los "clientes" –ahora encuadrada por el lente de la violencia y la desigualdad de género–, desbordó a lxs profesionales de la salud, a lxs funcionarixs y a las feministas y se instaló como un tema de agenda pública.

Cuando se sancionó la *Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra la Mujer* (convención de Belem do Pará de 1994), la violencia contra las mujeres se convirtió en el significante privilegiado para tematizar las diversas desigualdades de género y reclamar en términos de derechos humanos. Entonces las ideas del feminismo radical-abolicionista

encontraron suelo fértil para propagarse y alimentaron la campaña global anti-trata. Así, la idea de la prostitución como violencia contra las mujeres ganó espacio dentro del feminismo –y ese lenguaje fue apropiado por actores con intereses diversos, como agentes estatales, grupos religiosos, ONGs, espacios políticos– (Weitzer, 2007). Los varones que pagan por sexo comenzaron a ser vistos como los principales responsables, junto con actores que los discursos anti-trata caracterizan como grupos mafiosos (Varela, 2015). Así, podríamos pensar al "varón prostituyente" emergiendo, por un lado, como ya dijimos, como una figura más de la batería de "anomalías sexuales" del dispositivo de sexualidad descripto por Foucault, que construye la variedad sexual en términos de desviaciones y perversiones (Kulick, 2005; Morcillo y Justo Von Lurzer, 2012) y, por el otro, como parte del repertorio del discurso abolicionista que lo reprueba moral y políticamente, en tanto (re)produciría y se abusaría de una relación asimétrica de poder, en un contexto patriarcal y capitalista.

La interpretación psi: la prostitución como escenario de la "degradación del objeto amoroso"

En 2006 se publicó *Ir de putas. Reflexiones acerca de los clientes de la prostitución* del médico y psicoanalista Juan Carlos Volnovich. Allí se propone analizar, desde un punto de vista psicoanalítico, los motivos por los cuales los varones consumen prostitución –"la psicología del usuario"–. Sin embargo, de los seis capítulos que componen el libro, solo los tres primeros están dedicados a este tema. Aunque se plantea que el punto de partida son la mayoría de sus pacientes varones, que han tenido o tienen relaciones con prostitutas, no hay un análisis detallado de los discursos y experiencias de estos varones. El autor se basa principalmente en una

investigación realizada por el *Mouvement du Nid*[3] en 2004, pero dejando de lado buena parte de las tensiones y matices que este estudio muestra. A ello suma, su lectura de la teoría psicoanalítica freudiana y las reflexiones del feminismo radical-abolicionista, con el cual comparte una idea esencialista y normativa de la sexualidad, unida íntimamente al concepto de patriarcado como dominación masculina universal. La prostitución se representa en clave psicoanalítica como la degradación del objeto de deseo y la imagen que emerge del cliente es la del varón como personificación de la dominación masculina:

> El pago es esencial en el caso de varones que disimulan la puesta en acto de un deseo sádico, la humillación ejercida, a partir del valor en el mercado de los "gatos" que usan. La relación sexual solo es un medio para ejercer el poder que la *degradación del objeto amoroso como fin,* testimonia […] sirve de pretexto para el despliegue de una escena totalmente ritualizada, simulacro de un encuentro sexual, parodia de una relación pasional, en la que *todo está puesto al servicio de la dominación, la denigración femenina...* (Volnovich, 2006: 31-32. Énfasis propio).

---

3 El *Mouvement du Nid*, creado en 1937, es un movimiento social francés de origen cristiano, que trabaja sobre las causas y consecuencias de la prostitución, desde una perspectiva abolicionista, haciendo prevención y sensibilización de la ciudadanía en general, para desalentar el consumo de prostitución, y al mismo tiempo, acompañamiento de mujeres en prostitución. Sin embargo, en la investigación referida, Bouamama (2004) muestra las tensiones, frustraciones y complejidades que matizan la experiencia del "devenir clientes". Tras señalar cautelosamente la imposibilidad de generalizar los resultados de un estudio con una muestra reducida, concluye: "Nuestros análisis también subrayan el carácter mutilado e insatisfactorio de la sexualidad de los clientes de la prostitución. No nos encontramos con muchos clientes felices, sino más bien con personas que sufren tratando de llenar un vacío sexual, emocional y amoroso a través del clientelismo. Sin embargo, estas mismas personas transmiten imágenes y comportamientos que son portadores de la dominación del otro." (Bouamama, 2004: 139). Probablemente por ello el *Mouvement du Nid* tuvo varios reparos en plegarse al pedido de penalización de los clientes que terminó primando en Francia (Mathieu, 2015).

No hay una nosología, ni un tipo específico de perfil de cliente, como el autor sostiene, pero sí una manera de entender la sexualidad como un espacio de posiciones de poder y de género que son fijas. Así, la relación cliente-prostituta permite a los varones eludir "el alto precio del compromiso afectivo", lo cual sería un requisito de la "masculinidad hegemónica" (Volnovich, 2006: 23). En una entrevista, ante la pregunta por los motivos que llevan a los varones a pagar por sexo, Volnovich señaló:

> El varón paga para denigrar a la mujer y reforzar estereotipos tradicionales que puede ver en peligro. No es porque no pueda conseguir a una mujer de otra forma […]. Lo que está en juego es la violencia, el ejercicio del dominio y la explotación del cuerpo de las mujeres[4].

Asimismo, se comprende esta práctica como el efecto del "fracaso de la evolución progresiva de la libido". Siguiendo a Freud, explica este fracaso como el efecto de la fijación de la sexualidad de los jóvenes en fantasías incestuosas inconscientes, lo cual los llevaría a relacionarse con prostitutas para garantizar un vínculo sexual sin la presencia del cariño (que los remitiría al vínculo con la madre) (Volnovich, 2006).

Aparece una tensión irresuelta entre la explicación freudiana de las motivaciones psíquicas inconscientes como motores del pago por sexo, y la intencionalidad precisa y consciente de subordinar a las mujeres. Como ha señalado Marta Lamas (2017), el aporte de Freud "fue señalar que los encuentros eróticos no sólo se dan entre cuerpos sexuados sino entre seres con un inconsciente". Así, mientras algunas psicoanalistas, siguiendo a Freud, sostienen que en el comercio sexual también

---

4 "El varón paga para humillar a la mujer", en Página 12, 27 de Mayo de 2013. Disponible en: https://bit.ly/3g2fceq.

hay un fuerte componente psíquico que cubre necesidades emocionales de clientes y trabajadoras sexuales (Welldon, 1993), otras investigaciones psicológicas sobre sexo comercial postulan la existencia de un imperativo de dominación. Sin embargo, este planteo "resultan esquemáticas porque no registran las diversas formas de trabajar como puta y las muchas maneras de ser cliente" (Lamas, 2017: 77). Este es el caso del trabajo de Volnovich, que presenta una mirada negativa sobre el comercio sexual y sostiene que la prostitución es siempre "mala porque supone el cumplimiento de imperativos patriarcales y capitalistas que proclaman el uso y abuso del cuerpo del otro a cambio de un pago"[5].

La devaluación simbólica y la estigmatización del sexo comercial –sostenidas en el ideario del amor romántico, la cosmovisión judeo-cristiana, la teoría feminista radical-abolicionista, y en la idea de que el dinero y la intimidad representan esferas separadas y mundos hostiles (Zelizer, 2008)–, no permiten ver otros vínculos entre prostituta-cliente que no sean de degradación. Desde la perspectiva de Volnovich, que recupera elementos de estos distintos idearios, la circulación de afecto entre clientes y prostitutas es ininteligible. Sin embargo, otras investigaciones han dado cuenta que el devenir afectivo de una relación de sexo comercial es frecuente, poniendo en cuestión el imaginario de la prostitución como un intercambio frio, desafectado y/o violento (Morcillo, 2017; Puglia, 2016). Como veremos en el capítulo 7, hay una serie de vínculos entre estas y sus clientes, donde aparece el afecto y/o el amor, y que alteran el esquema dicotómico comercio/intimidad.

---

5 El significado de "ir de putas", en diario La vaca, 15/10/2006. Disponible en: https://bit.ly/2SaBgue.

La perspectiva radical-abolicionista: lógica patriarcal, cosificación y dominación

En el caso del libro de María Galindo y Sonia Sánchez, *Ninguna mujer nace para puta*, publicado en 2007, plantean la idea del varón "prostituyente", producto de la lógica patriarcal, que le concede privilegios y lo sitúa en un juego de dominación, que funciona a través de una red de complicidades –o cadena de explotadores– entre "proxeneta, prostituyente, policía y marido" (2007: 131). Esta lógica patriarcal significa que los varones tienen el poder de poseer y controlar el cuerpo de las mujeres.

Esta lectura del comercio sexual en clave de dominación masculina, en tanto forma concreta de poder que reproduciría una dialéctica dicotómica amo-esclava, desestima el rol de agentes de las mujeres en esa relación, al presentarlas siempre y de antemano como objetos de consumo y transacciones entre hombres. Además, la conceptualización de las relaciones de poder entre varones y mujeres como relaciones de amo-esclavo no permite dar cuenta de los mecanismos estructurales impersonales a través de los cuales operan las desigualdades de género en el capitalismo tardío. En el contexto actual, lo que se vende en el contrato de prostitución "es una fantasía masculina del derecho sexual masculino, fantasía que implica su precariedad en la realidad" (Fraser, 1997: 307). La mercantilización del sexo en vez de otorgar dominio irrestricto al cliente, más bien plantea limitaciones al mismo.

Otro punto que sostiene Sonia Sánchez es que el consumo de "cuerpos de mujeres" constituye un proceso de humillación y cosificación. Y que el "prostituyente" es "la cara más grotesca del poder sobre los cuerpos de las mujeres" (Galindo y Sánchez, 2007: 136), llegando a representarlo como un "torturador" y a los prostíbulos como "campos de concentración". Esta figura, que encarna una violencia tan extrema, está en sintonía con la figura de la "desaparecida", que comenzaba a extenderse en el movimiento de

mujeres en esa misma época para representar a las "víctimas de trata" (Varela, 2015), produciendo asociaciones con la última dictadura cívico-militar.

El libro de Silvia Chejter, basado en gran cantidad entrevistas a varones que pagan por sexo, sostiene que la prostitución es dominación sexual legitimada por las costumbres y tradiciones, y que los "prostituyentes" son la causa de "la oferta de cuerpos para usos sexuales" y, por tanto, responsables de sostener la cosificación de las mujeres. La autora sentencia: "aprender a ser hombre es aprender a ser prostituyente" (Chejter, 2010: 39). Y si bien manifiesta que el libro es sobre el discurso de quienes pagan por sexo, no hay un análisis de los testimonios sino que estos se alternan con citas de textos dispares y fragmentados, pues el objetivo manifiesto no es comprender las motivaciones ni analizar sus posiciones subjetivas, sino sólo hacer visible su discurso (Chejter, 2010: 14). Las tensiones en sus discursos son dejadas de lado, o pensadas como trampas, idealizaciones o inversiones de la realidad, y cualquier análisis de mayor profundidad parece innecesario.

Hay varias cuestiones en común entre los tres libros, en particular la idea de guiones fijos donde los varones que pagan por sexo siempre ponen en acto la dominación masculina –por eso son "prostituyentes"–. En el libro de Sonia Sánchez y María Galindo hay un relato en primera persona, que tiene como punto de partida la experiencia de la "puta", aunque esa experiencia se presenta como transparente, directa y como evidencia incontrovertible y punto originario de toda la explicación. Algo similar a lo que ocurre con los discursos de los "prostituyentes" en el libro de Chejter cuyo análisis es omitido pues parecen ser autoevidentes. Sin cuestionar la veracidad de la experiencia relatada, consideramos importante por el contrario, utilizar dicho concepto en el sentido que lo hace Scott (2001), es decir, como mediada y moldeada por contextos discursivos más amplios. Eso nos permitiría analizar los procesos históricos que, a través del discurso, posicionan a lxs sujetxs y

producen sus experiencias en unos términos y no en otros. Es decir, hacer visibles las operaciones de los complejos y cambiantes procesos discursivos por las cuales las identidades se adscriben, se resisten o se aceptan.

En este sentido, la figura del "varón prostituyente" es la contracara de la de "mujer en situación de prostitución", que presenta las experiencias de las mujeres como mero reflejo del deseo masculino, desconociendo su agencia, en un contexto en que prima el topos de la violencia contra las mujeres en cuanto posición legitimada para enunciar y demandar derechos. Si la "mujer en situación de prostitución" es caracterizada por su vulnerabilidad absoluta, es decir que su condición de mujer –pero también de pobre, joven, madre, migrante, etc.– la despoja de su capacidad legal de autogestión de su sexualidad; en el caso de varones que pagan por sexo, es su poder el que es caracterizado como absoluto. Aunque no queda claro en estos libros de dónde viene este imperativo de dominación. Como señala Fraser (1997:300), "apelar a un derecho sexual masculino, equivale a postular una tendencia masculina dada, no explicada, a la violación y el maltrato físico".

Desplazamientos en la política estatal: de la protección a la estigmatización y los intentos de penalización

El Programa de Rescate y el Comité contra la Trata, han producido *slogans* y campañas de sensibilización que pusieron en el centro la figura del cliente. El Programa de rescate desde el 2012 utiliza un eslogan que ha tenido mucho impacto en las organizaciones anti-trata y que se ha expandido en otras arenas públicas –tales como los programas televisivos de actualidad, el cine, los tribunales de justicia, la prensa y otros órganos

ejecutivos y legislativos del Estado–, que reza "Sin clientes no hay trata" y cuya expresión gráfica incluye un código de barras.

Imagen 3: Campaña "Sin clientes no hay trata".

Este eslogan representa dos ideas fundamentales. La primera es que la causa de la trata es la existencia de la demanda de servicios sexuales por parte de los hombres, lo cual homologa prostitución y trata. La segunda es que las personas en el mercado del sexo son mercancías, objetos que son vendidos, lo cual borra su capacidad de agencia, por restringida que esta sea.

Por su parte, el Comité contra la Trata realizó para el Mundial de fútbol del 2014 una Campaña Nacional de Difusión sobre el delito de la trata de personas denominada "Paremos la trata". Esta incluyó, por primera vez, un eje sobre la vinculación estructural entre trata y la práctica de pagar por sexo, para desalentar y desnaturalizar prácticas sociales que están en la base de este delito.

Imagen 4. Campaña "No manches la camiseta".

Kuosmanen (2011) ha señalado que la población sueca apoya la penalización de los clientes aun sabiendo que no es eficaz en sus objetivos, porque representa bien a Suecia en el mundo. Hay una necesidad de apuntalar una sexualidad oficial que sería buena, en el sentido de "buen sexo, aprobado socialmente y constituido por relaciones consentidas entre dos adultos –iguales socialmente– que reporten satisfacción mutua" (Kulick, 2005: 208). En el spot y la gráfica de la campaña del Comité contra la Trata para el Mundial de fútbol de 2014, esta apelación a una "buena sexualidad nacional" se expresa

en el eslogan "no manches la camiseta"[6] mediante el cual se intenta construir una responsabilidad individual para un problema social; y caracterizar a los hombres que pagan por sexo como transgresores de los "valores nacionales" que el Estado promueve. En el material audiovisual de la campaña, esta responsabilización individual se representa en una escena en la que vemos a un grupo de amigos festejando el triunfo de Argentina en un partido del Mundial y cuando uno de ellos comenta "muchachos, me ofrecieron unas chicas para festejar", todas las personas en el bar se quedan en silencio y sus amigos reprueban el ofrecimiento diciéndole "pecho frio", "amargo", "muerto", "cualquiera", "que mufa". Luego una voz en off precisa: "En los grandes eventos deportivos miles de mujeres y niñas son captadas para ser sometidas a explotación sexual. No manches la camiseta". Y finalmente retoman el festejo, dejando de lado la posibilidad de pagar por sexo y coreando "Argentina, Argentina"[7].

En esta misma línea se inscribe la campaña que realizaron en el 2013 desde la Mesa Interinstitucional contra la Trata (MIT) de Mar del Plata, que tuvo una amplia difusión en los eventos populares de la temporada de verano, como el torneo de fútbol, los recitales y las obras de teatro. El eslogan era "Hombres de verdad no compran mujeres. El que paga por sexo financia la esclavitud de mujeres y niñas". Este eslogan, traducción de una campaña norteamericana, con variaciones fue replicado en varias ciudades argentinas y ha girado por todo el globo.[8] La apelación a

---

6 Este eslogan es un juego de palabras que se ancla en un momento célebre de la cultura popular argentina, cuando Diego Armando Maradona dijo, en su despedida oficial del fútbol el 10 de noviembre de 2001, "El fútbol es el deporte más lindo y sano del mundo. Eso no le quepa la menor duda a nadie. Porque se equivoque uno no tiene que pagar el fútbol. Yo me equivoqué y pagué, pero la pelota no se mancha".

7 Spot disponible en https://bit.ly/3wR3ngO.

8 Las campañas pioneras en plantear esta idea son "*Real Men Don't Buy Girls' Campaign*", lanzada en 2011 en Estados Unidos por *The Demi and Ashton*

teseopress.com

una masculinidad "verdadera" se inscribe en las narrativas hegemónicas sobre la trata como el anverso de la categoría del "prostituyente", conceptualización que también subyace los proyectos de ley que proponen la penalización de los "clientes" –en sintonía con la política sueca que todos los proyectos citan como ejemplo a seguir–.

En Argentina, desde 2012 se han presentado cinco proyectos de ley en Diputados y uno en Senadores (aunque ninguno ha llegado a debatirse en comisiones, perdiendo estado parlamentario). Salvo este último, que propone penar a los clientes de "trata" y no a los de "prostitución", atendiendo específicamente ese delito, el resto tienen como objetivo desalentar la demanda de servicios sexuales. En el proyecto presentado en 2013 por lxs diputadxs Marcela Rodríguez, María Luisa Storani, Héctor Pedro Recalde y otrxs, se sostiene que hace falta un cambio simbólico para "mudar el estigma que recaía sobre las personas prostituidas para que comience a recaer en quienes pagan por el uso sexual de estas", porque "la prostitución reafirma la función social dominante del hombre, subordinando socialmente a la mujer". Además, no se distingue entre trata y prostitución y se afirma que "el usuario le infringe a la victima de trata un daño adicional equivalente a una violación", volviendo equiparables las dos situaciones y convirtiendo a la práctica de pagar por sexo en un delito y al cliente en un criminal. Los otros cuatro proyectos presentados en Diputados en 2012, 2013, 2014 y 2016[9], se inscriben en la misma línea argumental, hablando de la práctica de pagar por sexo como la "compra del cuerpo de las mujeres", la "esclavitud del siglo XXI" y como un acto deshumanizante y estigmatizante. Todos los proyectos presentados en Diputados proponen una clave de lectura sobre la prostitución desde el prisma de

---

Foundation (DNA) y "*Cool Men Don't Buy Sex Campaign*", de la ONG india *Apne Aap Women Worldwide*.

9 Expedientes en Cámara de Diputados de la Nación N° 2753-D-2012; 1509-D-2013; 5881-D-2013; 0837-D-204 y 1615-D-2016.

la violencia contra las mujeres, en sintonía con los análisis del feminismo radical-abolicionista –incluso en el proyecto de abril de 2013 se la cita a MacKinnon. La sexualidad masculina es presentada como siempre violenta, expresando la dominación masculina, en particular cuando se mezcla con la utilización del dinero. En los diversos proyectos se cita reiteradamente una idea moralizada de igualdad sexual, opuesta al sexo comercial: "en una sociedad con igualdad de género, es *vergonzoso* que los hombres consigan relaciones sexuales con mujeres a cambio de una paga" (Expediente 1509-D-2013, página 14, énfasis agregado). La moralización supone que sólo algunas de las relaciones sexuales que suponen un intercambio económico son señaladas como vergonzantes, tal como señala Tabet:

> La distinción neta, que contiene un juicio moral, entre intimidad, afecto y transacciones económicas, oculta la estructura económica fundamental de las relaciones entre los sexos, olvidando, entre otras cosas, los siglos de historia de los países occidentales durante los cuales la dependencia económica de las mujeres era la regla y las mujeres debían someterse a su marido, padre o jefe (Tabet, 2012: 163).

Si el sexo comercial puede pensarse siempre y de antemano como algo reprobable, más allá de si involucra o no situaciones de violencia y/o explotación, es porque funciona una jerarquización de las prácticas sexuales que al tiempo que estigmatiza el sexo comercial (entre otras prácticas), lo constituye como frontera del sexo bueno, normal y natural, "idealmente heterosexual, marital, monógamo, reproductivo, no comercial, dentro de la misma generación y practicado en los hogares" (Rubin, 1989).

Lo peligroso de esta concepción, tal como sostiene Kulick, es la cristalización de un encuadre sobre la sexualidad y sobre cómo debería practicarse, que vuelve a unir amor y sexo, de una manera que puede parecer benigna pero que hace falta mirar críticamente. Esa misma unión sostiene relaciones donde las mujeres siguen estando

subordinadas a los hombres de muchas maneras (desde una desigual distribución de las tareas domésticas y de cuidados, pasando por la complacencia sistemática de los deseos sexuales de los maridos, hasta la violencia más cruenta –en Argentina los femicidios en el marco de las relaciones de parejas constituyen un 59% del total de los casos[10]-).

Otras interpelaciones a los clientes. Las propuestas de las trabajadoras sexuales y organizaciones afines

Son pocas las organizaciones de trabajadoras sexuales que han producido discursos para interpelar a sus clientes. En los casos en que lo han hecho, estas interpelaciones no apuntan a la estigmatización, sino a la sensibilización, propiciando un trato respetuoso e intentando concientizarlos en relación al carácter laboral de su actividad y al de ellas como trabajadoras. Otras organizaciones afines han producido campañas con un sentido similar. Es el caso de *Amnesty for Women* que desde hace algunos años acompaña los pedidos de descriminalización del trabajo sexual que sostienen las organizaciones de trabajadoras sexuales. En 2006, durante el Mundial de Fútbol en Alemania, elaboró una campaña para fomentar el respeto hacia las trabajadoras del sexo que establecía pautas de comportamiento para los clientes a través de "10 reglas de Oro":

> Para hacer que el sexo con una trabajadora sexual sea más agradable y divertido, ten en cuenta las siguientes pautas:
> 1. La educación, el respeto y una apariencia agradable te abrirán muchas puertas… y más. 2. Tal vez el alcohol te ayude a vencer tus miedos, pero también afecta a tu capacidad para mantener el ritmo. En otras palabras: cuanto menos bebas,

10 Estos datos corresponden al 2020, según el Registro Nacional de Femicidios de la Justicia Argentina (Corte Suprema de Justicia de la Nación). Disponible en: https://bit.ly/3fY3dhS.

mejor te lo pasarás. 3. Un hombre mantiene su palabra. Negocia claramente desde el principio lo que quieres y el precio. Prevendrá de decepciones posteriores. 4. No, significa no. Por ejemplo, besarse normalmente está fuera de los límites. Todos los negocios tienen sus límites. 5. Con condón o con condón, tú eliges. Negro, verde, azul, con estrías…, puedes elegir. No usar condón, sin embargo, es una estupidez. 6. Si sospechas que se está usando la violencia o la fuerza contra una trabajadora sexual, ¿qué deberías hacer? No intentes ser un héroe. Busca la línea de atención directa a trabajadoras sexuales más cercana 7. El trabajo es trabajo, y no amor, aunque vuestro tiempo juntos fuera genial. Esto significa: Mantente tranquilo y con los pies en la tierra. 8. La presión no ayuda a la ejecución. A veces simplemente la cosa no funciona. Está bien, relájate y, cuando sea el momento, vuélvelo a intentar. 9. Cuando compras sexo, no hay devolución de dinero. Si no estás satisfecho, háblalo. Si eres listo, no perderás la cabeza. Sea lo que sea lo que ocurra, no pidas que te devuelvan el dinero. 10. Los vecinos quieren dormir y no están interesados en tu vida sexual. En serio.

En Canadá, en 2008, el Colectivo Stella publicó una guía llamada *Dear John* ("Querido Cliente" en su versión en español). Allí responden preguntas que les podrían surgir a los clientes en relación al trabajo sexual, dan información sobre prácticas sexuales en el marco de una relación sexo-comercial, proponen pautas para lograr encuentros placenteros, respetuosos y sin violencia, y brindan información sobre salud sexual. Asimismo, la página web de la organización cuenta con un espacio donde las trabajadoras sexuales pueden denunciar y consultar un listado de "malos clientes y agresores". El colectivo Hetaira de Madrid, frente a la campaña anti-trata lanzada por el ayuntamiento bajo el lema "Porque tú pagas, existe la prostitución. No contribuyas a perpetuar la explotación de seres humanos", propuso una respuesta: "No contribuyas a perpetuar la explotación de seres humanos, por eso, respétanos, usa siempre condón y páganos bien". En Barcelona, la *Fundació Àmbit*

Prevenció mantiene un sitio web para clientes (webcliente.com) donde brindan información sobre diferentes temas relacionados con el trabajo sexual –aspectos legales, derechos como clientes y recursos de atención a la salud–, ofrecen un espacio para consultas referidas al sexo comercial, y fomentan valores de respeto y no estigmatizantes hacia las personas que realizan trabajo sexual. También la organización de trabajadoras sexuales Genera lanzó en 2008 una campaña dirigida a los clientes y al uso del preservativo con el lema "Respeta mi trabajo, sigue mi consejo, úsalo". Su objetivo era

> recalcar la responsabilidad de los clientes en el uso del preservativo, hacerles entender que las mujeres que ejercen prostitución deben ser respetadas como profesionales del sexo, con las normas y los límites que cada una de ellas impone en su trabajo.

Siguiendo en la línea de *Amnesty for Women*, Genera propuso "5 normas básicas que debería respetar la clientela de la prostitución".

En América Latina, la ONG brasileña *DaVida*, pro derechos de las trabajadoras sexuales, lanzó una campaña de folletería durante la Copa Mundial de Fútbol de 2014 que tuvo lugar en su país. Bajo el lema "*Beijinho da rua: jogue limpio na Copa!*", replicaba las diez reglas de *Amnesty* para tener "más placer con una profesional del sexo".

En Argentina, las trabajadoras sexuales nucleadas en AMMAR, si bien no han producido este tipo de campañas, si han expresado su desacuerdo en relación a los intentos de penalización de los clientes. Sus principales críticas tienen que ver con que la penalización las empujaría a una mayor clandestinidad, lo cual a su vez las expondría a abusos y presiones policiales, de clientes y de locadores. Además, sostienen que ante una eventual disminución de la demanda, se verían en la necesidad de aceptar clientes que no hubieran

tomado en otras circunstancias o prácticas riesgosas, como tener sexo sin preservativo[11].

Esta crítica también se expresa en la consigna "Sin clientes no hay plata", que jugando con la consigna abolicionista "Sin clientes no hay trata", utilizada por el Estado y diversas organizaciones feministas, cuestiona la identificación de la prostitución con la trata, el posicionamiento de las mujeres como víctimas y de los clientes como el peor mal de las trabajadoras sexuales. Esta frase ha suscitado la indignación de mujeres feministas de procedencias heterogéneas que la leen como una burla, e incluso como una injuria a la lucha legítima contra la "trata". Sin embargo, las trabajadoras sexuales sostienen que es una respuesta política "en un contexto donde se dio la modificación de la Ley de Trata que quitó el consentimiento de las trabajadoras sexuales posicionándonos a todas como víctimas (negando nuestra agencia) y a los clientes como delincuentes"[12].

Históricamente la posición del "cliente" ha sido la más invisibilizada en las relaciones de sexo comercial. El Estado argentino la ha abordado desde un punto de vista principalmente higienista, justificando el consumo como un "mal necesario" e intentado proteger al cliente-padre de familia-trabajador, de los "peligros a los que se exponía" en las relaciones con las "prostitutas". La figura del "varón prostituyente", que comienza a circular en nuestro país durante la primera década del 2000, da cuenta de una estigmatización emergente, al correr el foco de la práctica al sujeto. Desde el feminismo radical-abolicionista, el "prostituyente" se considera no sólo una persona portadora de una

11 Ver comunicado "Penalizar a los clientes es penalizar a las trabajadoras sexuales autónomas", del 4 de abril del 2013. Disponible en: https://bit.ly/3fZKIcG.

12 Ver comunicado "La frase *Sin clientes no hay plata* no es una burla o un chicaneo, es una respuesta política", del 9 de junio de 2017. Disponible en: https://bit.ly/3uVf9Fr.

sexualidad repudiable, sino también sujeto de la expresión y (re)producción de la dominación masculina. Desde esta perspectiva se argumenta a favor de su penalización, sosteniendo, por un lado, que reproducirían con sus prácticas la desigualdad de género y, por otro, que serían los causantes de la trata de mujeres. Sin embargo, las mujeres que se consideran trabajadoras sexuales, se oponen a la homologación de trata y prostitución y a la estigmatización y/o persecución del cliente, en tanto implica desconocer su agencia en la relación de sexo comercial y podría generar una disminución de la demanda, mayor clandestinidad y la exposición a condiciones laborales más riesgosas.

El etiquetamiento de estos varones como "prostituyentes" parece transformarlos en agentes que actúan libremente guiados por una voluntad de dominación masculina que aparece clara en sus conciencias, como ya hemos dicho, pasando de la invisibilidad a la "transparencia". Sin embargo, como veremos a lo largo del libro, los motivos que llevan a estos varones a pagar por sexo, las relaciones que entablan con las trabajadoras sexuales, entre ellos mismos y con otros varones que forman parte del mercado sexual, las tensiones en la relación entre sexualidad, emociones, salud y masculinidad, y las particularidades de la homosocialidad que tiene lugar en los foros de gateros, muestran que no se puede dar por sentada y universalizar una práctica de masculinidad basada en relaciones dicotómicas de amo-esclava. Por el contrario, las relaciones generizadas que tienen lugar en el mercado sexual merecen ser investigadas en las formas específicas de poder y sexualidad que (re)producen.

4

Los “hombres de verdad”, ¿no pagan por sexo?[1]

Los gateros frente a las interpelaciones feministas

La institucionalización de la campaña anti-trata y la masificación de los feminismos, ponen en escena un conjunto de cuestiones que comienzan a ser debatidas por quienes pagan por sexo. Desde las más amplias referidas a qué es y qué hace el feminismo y cuál es el papel de los varones en él, a las más puntuales acerca de cómo funciona la “trata de mujeres” y cuál es la responsabilidad de los “clientes” frente a ella. En el capítulo anterior hemos visto varias de las interpelaciones hacia los “prostituyentes”, especialmente desde el feminismo radical abolicionista. En el marco de las tensiones que signan la relación entre varones/masculinidades y feminismos, en este capítulo abordaremos los discursos de los varones que pagan por sexo para conocer sus percepciones y actitudes frente a los diferentes debates que tienen lugar dentro del movimiento feminista, así como frente a las principales interpelaciones que reciben en tanto que “clientes de prostitución”.

---

1 Este capítulo ha sido reelaborado a partir de Morcillo, Martynowskyj y de Stéfano Barbero (2018).

Entre "feminazis" y "feministos": rechazo, desconcierto y adhesión ante la irrupción de los feminismos

En los foros de clientes, los hilos en los que se discute sobre feminismo han ido creciendo en los últimos 10 años. El siguiente gráfico, aunque no agota la extensión del fenómeno, puede darnos una aproximación al crecimiento del feminismo como tema de discusión en los foros.

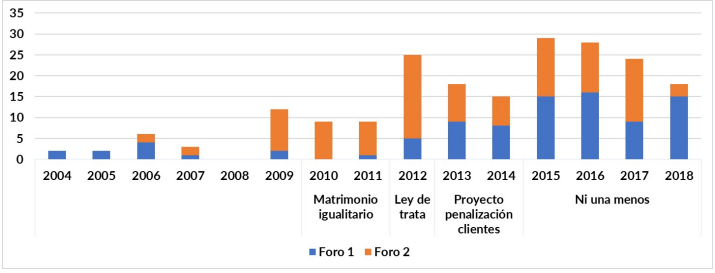


Gráfico 1. Frecuencia de menciones de "feminismo" en los foros (elaboración propia).

Esto podría ser el resultado de la reciente diseminación de las demandas feministas por todo el tejido social, lo que ha convertido algunos de sus reclamos y lenguajes en un código cultural (Illouz, 2014). Ahora bien, si resulta claro que uno de los resultados de este proceso ha sido que el feminismo ha comenzado a ser un tema de debate en estos foros, no es tan claro de qué formas es considerado. A continuación, intentaremos sintetizar algunas discusiones dispersas en distintos hilos, pero que resultan recurrentes y/o significativas por diversos motivos.

En primer lugar, el feminismo suele aparecer como un fenómeno proveniente del extranjero. Así se construye una suerte de geopolítica del feminismo donde existen países que irradian políticas feministas (generalmente Suecia, Estados Unidos, España o Francia) hacia países aliados o receptores de ellas, entre los que se encuentra Argentina.

> Por supuesto colegas que atrás de este proyecto [de penalización] está el nuevo feminismo anti-hombre que es otra expresión de ideologismo cheto protagonizado por minas que no tienen la más puta idea de lo que es la vida real y se meten a "defender" a chicas que no necesitan que nadie las defienda. La "capitana en jefe" del proyecto es una norteamericana de mucho dinero que está promoviendo estos proyectos en todo el mundo (tram, Hilo "gateros en peligro", Foro 2).

En este comentario se condensan una serie de reacciones que, como veremos, aparecen diseminadas en las opiniones de varios clientes: "feminismo anti-hombre", "ideologismo cheto", "no saben nada de la vida real" y "defienden a quienes no necesitan ser defendidas". Estas caracterizaciones surgen en varios hilos, por ejemplo, cuando se discuten las políticas anti-trata. Éstas no han pasado desapercibidas para los varones que pagan por sexo, quienes frente al cierre de cabarets y otros espacios de homosocialidad y consumo de sexo comercial, intentan explicaciones para hacer inteligible este nuevo panorama:

> NO van a blanquear ni autorizar nada porque estamos en manos de las dictatoriales conchudas feministas que han subordinado a TODOS los partidos políticos y reprimido la tradicional noche pecaminosa porteña para convertirla en un desierto saudita (Insular, Hilo "¿Por qué la prostitución no es trata de personas?", Foro 2).

> La implantación de estas políticas donde los actos del hombre heterosexual se convierten en delitos está apoyada por la ONU a través de las organizaciones que ellos financian […] ¿Cuál es el objetivo y el fin último? Se busca feminizar una sociedad hecha por el hombre heterosexual a su medida para ello se debe abolir la prostitución, jerarquizar a la mujer por sobre el hombre en la sociedad (como las hienas) (jose_tri, Hilo "¿Por qué la prostitución no es trata de personas?", Foro 2).

> El lobby feminista y cierta boluprogresía, mete a la prostitución adentro (de la trata), porque queda feo decir "no

teseopress.com

> quiero que el hombre garche". Pura ingeniería social (ahoramismo, hilo "¿Por qué la prostitución no es trata de personas?", Foro 2).

La expansión del feminismo, cuando es asociada a la lucha contra la trata, aparece para estos usuarios como una forma de criminalizar, controlar, cuestionar y someter la sexualidad del varón heterosexual. La lectura de esta intervención como una "ingeniería social", hecha por "quienes no conocen el mercado sexual", enlaza con posiciones que oscilan entre reacciones virulentas y defensivas en un contexto de transformación de las relaciones de género.

Un punto clave para comprender las interpretaciones de buena parte de los clientes es la identificación que realizan entre feminismo y abolicionismo. Aunque algunas veces mencionan distintas olas o expresiones feministas, en muy pocos casos lo asocian con una defensa de las trabajadoras sexuales y parecen no conocer un feminismo prosexo. Varios caracterizan a las militantes feministas como "feminazis", aunque algunos expresan que esta es una nueva vertiente "extremista" del feminismo:

> El feminismo de tercera generación u ola, en su versión soft se transformó en hembrismo y en su versión más retrógrada en nazi hembrismo (Doc prision, Hilo "Crítica XP MF", Foro 2).

> Yo que vos apunto para otro lado. Esas femibolches son una ruleta rusa. se levantan con los cables cruzados y cagaste fuego. también (no todas) dejan mucho que desear en cuanto a la higiene personal (Pato02, Hilo sobre trabajadora sexual feminista, Foro 1).

Si bien la idea de las mujeres feministas como "feminazis" no es nueva, como tampoco lo son las expresiones antifeministas, el anonimato que ofrece internet parece propiciar estas expresiones de odio (Engler, 2017). La idea de "feminazis", como mujeres "lesbianas, peludas" y hostiles

a los varones, construye una distancia inabordable, donde el sujeto del feminismo es radicalmente un "otro" que aparece como amenazador y/o desagradable:

> Estas feministas están copando AMMAR, el sindicato de prostitutas argentinas y les meten ficha a las chicas tratando de hacer que todas vayan subiendo constantemente los precios de manera innegociable, a la vez que vayan retaceando servicios para tratar de sacarnos deliberadamente lo más posible (Suar, Hilo "Crítica XP MF", Foro 2).

En este sentido la expansión del feminismo es interpretada como una invasión de un "otro" extranjero o extraño, con quien no se tiene ningún tipo de empatía posible. Así, las articulaciones entre las organizaciones de trabajadoras sexuales y algunos sectores del feminismo son leídas como una irrupción. De la misma manera, serán vistas las mujeres que comienzan a ofrecer servicios sexuales de forma autónoma utilizando redes sociales y que se autodenominan "putas feministas":

> Es una boludez; o sos feminista o puta; es una contradicción ser las 2 cosas (LocoporlosGatos, Hilo sobre trabajadora sexual feminista, Foro 1).

> Se dice feminista y se vende por guita. Eso es justamente lo que las verdaderas feministas no toleran… (GastonN, Hilo "Crítica XP Tumblr", Foro 2).

> La mala atención comienza desde que queres contactarte e informarte, muchas desde el comienzo de la consulta te atienden sin ganas o como haciéndote un favor, si ese es el principio, mejor ni imaginar cómo podría seguir, como dice el colega, sin codigos, subidas al pony blanco, putas feministas radicales (Juano, Hilo sobre trabajadora sexual feminista, Foro 1).

La concepción del feminismo como un bloque homogéneo –que remite a los feminismos que constantemente

buscan deslindar las posiciones "verdaderamente feministas"[2]– impide pensar que las trabajadoras sexuales puedan tener una posición feminista. Aunque algunos pocos intentan leer el "puta feminista" como una reapropiación de la injuria, para otros no tiene sentido, y la irrupción de ideologías y prácticas feministas en el terreno del comercio sexual supone un quiebre de fronteras para muchos de estos varones. Especialmente cuando ellos mismos son los participantes de encuentros con estas mujeres, generalmente jóvenes. El deseo frecuente de tener encuentros con mujeres jóvenes y en especial que tengan una escasa trayectoria en el mercado sexual (las "amateurs") proyecta una fantasía de una relación sexoafectiva donde la otra participa, en alguna medida, también desde su deseo. Cuando esa otra es una "feminazi" que negocia las pautas del encuentro y quiebra las formas interaccionales que se consideran tradicionales del "gateo" –llegando hasta a politizar los temas de conversación– estalla una contradicción en la lógica de los "gateros".

Muchas veces las reacciones ante la expansión del feminismo toman una forma similar a la que referimos como *backlash* o la asunción de posiciones masculinistas que, ante una supuesta amenaza, buscarían proteger sus privilegios (Flood, 2021). Aunque los foristas que sostienen consistentemente esta posición no representan una mayoría, las pocas veces que otros dicen apoyar las luchas feministas estos suelen ser tachados de "manginas" (término de la jerga masculinista angloparlante que une *man* con *vagina*) o como "feministos" (también empleado dentro de los feminismos para referirse despectivamente a los varones que adhieren a sus postulados). No obstante, cuando se trata de algún tema concreto las posiciones pueden ser mucho

2 En este sentido MacKinnon sostiene que "se ha pensado ampliamente que el feminismo comprende tendencias de feminismo liberal, radical o socialista. Pero, así como el feminismo socialista ha sido considerado con frecuencia equivalente al marxismo aplicado a las mujeres, el feminismo liberal equivaldría al liberalismo aplicado a las mujeres. El feminismo radical es el feminismo -feminismo puro-" (cit. Smart 2016: 639-640).

más coincidentes con algunas demandas del feminismo, por ejemplo, en el caso del aborto. Si bien hay opiniones tanto a favor como en contra de su legalización, en ambos foros la amplia mayoría se opone a que esta práctica siga siendo penada por ley.

Asimismo, una gran mayoría se muestra desconcertada frente a otros temas que plantea el feminismo actual, especialmente los alcances de la "violencia de género" y el rol de los varones en este fenómeno. Una característica interesante es que las identidades protegidas y la identificación como gateros reduce el rol de la corrección política en los debates en los foros; tal como indicaba un forista respondiendo a otro que sostenía un discurso moralizante: "acá todos estamos en el barro". Esta característica habilita algunas lecturas situadas desde un "nosotros" que admite ser parte de un mundo que comparte –hasta cierto punto– la estigmatización de las "putas". Desde allí pueden ser repensadas las formas en las que discurre la violencia o el maltrato entre las mujeres que hacen comercio sexual y los varones que demandan su servicio. En relación con el trato que algunos dan a las escorts en el foro, que los propios foristas denominaron como "misógino", uno de los participantes con mayor experiencia planteaba:

> Hay que entender que la escort, aun de mal servicio, juega en nuestro equipo, es una outsider del mundo femenino convencional, hace fácil algo que quieren que sea difícil. (ahoramismo, Hilo "Tono de misoginia e intimidad de las escorts", Foro 2).

A su vez, cuando se relatan hechos de violencia verbal o física hacia alguna escort, la respuesta suele ser el repudio unánime. Los gateros identificados como violentos son ampliamente criticados e incluso los foros implementan sistemas para buscar segregarlos de la comunidad. Si bien algunos pocos foristas plantean la idea de la "frustración" como posible motor de la violencia, en estos casos no suele

debatirse sobre los mecanismos que la activan. Así, al tiempo que se desmarcan de la violencia, su implicación en el asunto es mucho menos discutida.

Otro tema relevante en la agenda feminista, que también inquieta a los clientes es la cuestión de la "trata de personas". Más allá de la vergüenza e incomodidad general relacionada a la posición de cliente –socialmente cuestionada y políticamente incorrecta–, muchos varones que pagan por sexo se sienten especialmente interpelados por la campaña anti-trata. Esto se hizo notar en las reacciones de los entrevistados frente a las preguntas sobre la "trata": cambios en el tono de voz, nerviosismo, gesticulación grandilocuente, enrojecimiento del rostro, interrupciones a el/la entrevistador/a y hasta golpes en la mesa. Si bien estas reacciones tomaban mayor dimensión cuando la entrevistadora era una mujer, algo de esa interpelación también se reflejaba en los debates de los foros que analizamos. Allí algunos hilos comienzan con preguntas como: "¿No se cansaron de escuchar de personas que dicen que por culpa de los consumidores se genera la trata?" o "¿¿Somos los colegas gateros responsables de toda la mafia que mató a Marita Verón[3]??, ¿no habría que buscar por otro lado? Me entró una duda moral, por eso lo tiro para debatir y sumar opiniones". Las interpelaciones de la campaña anti-trata generan reacciones cargadas de ira entre quienes se sienten juzgados o atacados. Pero la problematización de la trata también abre al debate sobre ciertos aspectos

---

3 María de los Ángeles "Marita" Verón fue secuestrada en abril de 2002 en Tucumán. Desde entonces, su madre, Susana Trimarco, lleva adelante una intensa búsqueda con la certeza de que su hija fue secuestrada para su explotación sexual, basada en los testimonios de varixs testigos que apuntaron a una red de prostíbulos riojanos con cobertura política local. En 2007, creó la Fundación María de los Ángeles con el objetivo de rescatar víctimas de "trata de personas". En 2008, se emitió por televisión, en horario central, la telenovela Vidas Robadas que trazaba paralelismos con su caso y que diseminó la preocupación por la "trata" por toda la sociedad.

teseopress.com

de sus prácticas. Esto es visible en varios hilos donde los foristas instan a sus "colegas gateros" a denunciar posibles situaciones de "trata" o "explotación", o en posteos donde los administradores comparten listas de "posibles señales de alarma e indicadores de trata de personas para ayudarlo a reconocer algunas de las señales del tráfico humano" y los números telefónicos oficiales para denunciar. En relación con este tema también encontramos varias expresiones de los clientes sobre la necesidad de regular el comercio sexual como forma de luchar contra la "trata de personas" y mejorar las condiciones laborales de las mujeres:

> Yo creo que debería haber establecimientos que vendan prostitución, que sea parte de un mercado laboral y que estén identificados, regulados para que no haya trata…pero sin penalizar ni a la prostituta ni al cliente…y que los lugares ilegales que seguramente favorecen a la trata tengan que cerrar, que los allanen y que la gente que los maneje vaya presa (Mario, 37 años).

> Cortar todo, así de cuajo…no…está bien, cortás con la trata, todo…pero hay un montón de minas que se dedican a eso y se quedan sin laburo…me parece que tendría que estar legal, pero con más control…que estén todas asentadas, tengan su planilla médica…que se sepa que no están secuestradas…porque ahora hay minas que andan en la calle y las meten en cana…me parece que se tendría que reglamentar y de paso cuidar a las chicas (Oscar, 31 años).

> Las minas que se prostituyen lo hacen generalmente por no poder conseguir otro trabajo. Y ese es un problema social. Y si el estado legalizara la prostitución, podría sacarla de la marginalidad y mejorar mucho las condiciones de las chicas. (Agentesecreto, Hilo "Un mundo sin prostitución, qué?" Foro 1).

Sin embargo, en los últimos años el Estado lejos de plantearse la posibilidad de regular el comercio sexual, se encuentra más próximo a campañas de

culpabilización y estigmatización e incluso a la penalización del cliente. Cuando preguntamos sobre la campaña "sin clientes no hay trata" uno de los entrevistados respondió:

> Es como generalizar que todas en el rubro de la prostitución o de las trabajadoras sexuales están expuestas a la trata y no creo que sea así…pero sí que tendría que haber una concientización para el consumidor, de que sepa que está consumiendo […] es cierto que sin clientes no hay trata, eso es una gran verdad…. Pero clientes va a seguir habiendo, a mí me parece que es por una cuestión natural, del ser humano… Muchos joden, dicen que es el oficio más viejo del mundo y me parece que es cierto (León, 30 años).

La campaña, en general, les pareció poco práctica, pues la meta de hacer desaparecer la demanda de servicios sexuales aparecía como poco realista. Esto se ligaba a una representación de la sexualidad masculina como un instinto irrefrenable, anclado en un terreno biológico e inmodificable, que hace necesario el consumo de sexo comercial. En este sentido la interpelación estatal parece fallida, ya que no logra poner en cuestión una práctica que estos varones asumen como natural y las formas del deseo sexual permanecen incuestionadas.

Al mismo tiempo, en una posición que muestra tanto las tensiones y la desorientación como el influjo de la corrección política, algunos de estos varones reconocen que las campañas, los medios de comunicación y las interacciones en las redes pueden ser efectivas para hacerlos reflexionar en torno del consumo de sexo comercial. Una perspectiva más matizada que la asumida por las campañas abolicionistas permitiría mostrar la variedad de posicionamientos de los clientes frente a este asunto. Por ejemplo, algunos estudios plantean que los clientes que se involucran emocionalmente con las mujeres que hacen sexo comercial, tienen mayor

probabilidad de colaborar en la detección y rescate de víctimas del tráfico sexual (Meneses, Uroz y Rua, 2018).

Con respecto a las políticas de cierre de "privados"[4] y cabarets, varios de nuestros entrevistados y de los foristas las consideran igualmente poco prácticas y proponen en cambio la reglamentación del mercado sexual como la política más eficiente para combatir la trata y mejorar las condiciones laborales:

> Como también está la parte trabajadora (las chicas que laburan por voluntad propia) tenés la otra parte, la mafia y demás que hace que sea un negocio bastante grande. Bueno un poco más claro, obvio que si vas a un antro de mierda donde ves a las chicas drogadas y hechas mierda ahí si estarías contribuyendo a la parte fea (Shaitek, Hilo "¿Por qué la prostitución no es trata de personas?", Foro 2).

A diferencia de lo que indicaría la concepción de los clientes como misóginos y sistemáticos perpetradores de violencia, las condiciones precarias en que funciona buena parte del mercado sexual no son bien vistas por éstos. Al contrario, la erotización de los encuentros depende, para muchos, de las posibilidades de sostener un buen clima en el intercambio y favorecer la fantasía del placer compartido:

> Es lamentable que algunos tipos se creen que por pagar a una chica tiene el derecho de tratarla como su "esclava sexual". Llegan a insultarla, tratarla mal y también obligarla a hacer algo que no quiere, pensando que están en su derecho de hacerlo porque "pagaron" para eso y no es así. Estas actitudes lo único que hacen es empeorar el servicio de las chicas, que se vuelven más desconfiadas y a la defensiva. De mi

---

4 Así se denomina en el ambiente a los departamentos donde una o más mujeres ofrecen servicios sexuales, en general con algún tipo de arreglo económico con un/a tercero/a. Suelen publicitarse por diversas vías (a veces con folletería en la vía pública, y más comúnmente con anuncios encubiertos en la prensa o en páginas web). No están directamente abiertos al público, sino que hace falta concertar una cita telefónicamente o tener alguna referencia para contactarse.

> parte, a mí me gusta siempre tratar bien a las chicas, desde el whatsapp hasta el final del encuentro. Así recibís una mejor actitud y servicio por parte de ella… Incluso con beneficios!! (Alejo15, Hilo "Cliente misógino", Foro1).

> Creo que a la Escort (a todas las mujeres, pero haciendo referencia en particular al encuentro Escort-Cliente) siempre hay que tratarla bien y con respeto, sin importar por donde uno la penetre. Hacer acciones como las que describe Jessica donde la Escort no la pasa bien y queda luego dolorida o lastimada no me generan placer alguno. Disfruto mucho los encuentros cuando los dos lo estamos pasando bien y entonces coger se hace mucho más placentero cuando la Escort está cómoda y me excita más cuando siento que ella también está enganchada. Si no es así, entonces se hace todo como muy forzado y no siento el mismo placer (Samu81, Hilo "XP orteros", Foro 1).

Aquí vemos nuevamente cómo emerge la cuestión del deseo sexual y su compleja relación con la violencia y el respeto. ¿Es posible o deseable en Argentina, y desde una perspectiva feminista, buscar favorecer encuentros de comercio sexual signados por el respeto, como parecen demandar algunas de las organizaciones de trabajadoras sexuales? Si bien responder esta pregunta excede el objetivo de este capítulo, resulta evidente la dificultad que representan los modelos apriorísticos, monolíticos y reificantes a la hora de pensar la complejidad de los diferentes estratos del mercado sexual, las alteraciones en las dinámicas relacionales atravesadas por el género y los distintos factores que intervienen para favorecer o inhibir las formas de violencia en estos vínculos.

En este capítulo hemos intentado comprender qué tipos de interpelación producen los feminismos hacia los varones que pagan por sexo y hemos analizado cómo ellos reciben (o no) esta interpelación. Desde su perspectiva, la expansión del feminismo resulta ineludible. Sin embargo,

sus tensiones, transformaciones y pluralidad no emergen en sus relatos. "El feminismo" aparece mayormente representado como un bloque más o menos homogéneo o, en el mejor de los casos, como monopolizado por una deriva "extremista". Esta lectura se conjuga con una atribución de extranjería donde el feminismo y sus demandas aparecen como una "invasión" que proviene de otros países, o de un otro radicalmente distinto: "la feminazi". No parecen ser visibles para los varones que pagan por sexo aquellas líneas del feminismo que no piensan que la sexualidad, especialmente la heterosexual, sea necesariamente y *a priori* un espacio de dominación masculina, que no son estrictamente separatistas y que piensan que existen espacios y funciones para los varones en los proyectos emancipatorios feministas, y más puntualmente aquellas vertientes que no conciben al comercio sexual como intrínsecamente ligado a la violencia de género.

Cuando se trata de demandas puntuales de los feminismos, los posicionamientos son más abiertos, especialmente en los foros donde las identidades protegidas parecen correr el velo de la "corrección política". Aunque algunos sostienen consistentemente posiciones anti-feministas (y se posicionan, por ejemplo, como anti-aborto), otros plantean (tímidamente) cierta afinidad o incertidumbre frente a estos reclamos. Si la cuestión del feminismo –como posición ideológica o conjunto más abstracto de demandas– resulta para estos varones, en general, algo ajeno o difícil de ligar con sus posicionamientos como sujetos, parecen sentirse más interpelados cuando se habla de "trata de personas", legalización del comercio sexual o violencia de género. Al mismo tiempo, los diversos cuestionamientos que los feminismos producen sobre las concepciones de sexualidad, y especialmente sobre la mirada sociopolítica de la producción del deseo sexual masculino, se hacen invisibles bajo el manto de la naturalización de la "necesidad sexual".

Frente a este panorama emergen una serie de preguntas que queremos dejar planteadas. Por una parte, nos

preguntamos: ¿cuáles son los modos de circulación de los discursos feministas? Hemos visto que la identificación de ciertas políticas públicas como "feministas" contribuye a construir una imagen del feminismo, pero resulta importante comprender –especialmente en el actual contexto de expansión de los feminismos– bajo qué otros medios llegan a los varones que pagan por sexo las "ideas feministas". Creemos que el posicionamiento de ajenidad respecto de estas ideas obstaculiza la posibilidad de generar procesos reflexivos sobre el consumo y el deseo sexual que partan de un proceso de interpelación e introspección (más que de una persecución moralizada que solo parece producir rechazo o corrección política).

Segunda parte

5

¿Gatero se nace?[1]

Masculinidad, carreras morales y subcultura gatera

La naturalización del deseo sexual masculino parece a veces esencializar los procesos que posicionan a un varón como consumidor de sexo. En algunas investigaciones, el proceso de devenir cliente está ligado a carencias de la autoestima, o a una socialización no igualitaria en términos de género, sin embargo, dos investigaciones que llegan a conclusiones similares parten de muestras conformadas en su mayoría por clientes ocasionales (Mansson, 2004; Bouamama, 2004). Salvo algunas excepciones (Sanders, 2008 y Horswill y Weitzer, 2016), pocas investigaciones han estudiado las experiencias y el proceso por el cual los varones que pagan por sexo pasan a convertirse en clientes habituales. En este capítulo nos proponemos entender no sólo cómo un sujeto se torna un cliente, sino, siguiendo la jerga local, cómo se torna un gatero, es decir, un cliente que se reconoce en esa posición y forma parte de una comunidad. Aquí recuperamos la idea goffmaniana de "carrera moral" –utilizada agudamente por Meccia (2008) para analizar el sexo pago homosexual–, para entender bajo qué procesos estos varones producen una imagen del yo y paulatinamente se van

[1] Este capítulo ha sido reelaborado a partir de Morcillo, Martynowskyj y de Stéfano Barbero (2020a).

desplazando de algunos mandatos que marcan el desarrollo de la "hombría" para los distintos momentos del ciclo vital. Como veremos, llegar a ser un gatero involucra una serie de aprendizajes e intercambios con otros que, en el contexto actual de declive del cabaret como ámbito homosocial, tienen un lugar privilegiado en los espacios virtuales.

En primer lugar, describiremos el debut en el sexo comercial de estos varones, –que muchas veces implica también el debut sexual–, donde se ponen en juego la masculinidad, la (hetero)sexualidad y las relaciones de poder intra-género. Luego, veremos los diferentes aprendizajes que deben hacer para iniciar sus carreras como gateros y pertenecer a la comunidad gatera, donde comparten sus experiencias sobre los distintos riesgos materiales y simbólicos que implica la práctica de pagar por sexo para la masculinidad.

La progresiva carencia de respetabilidad que representa ante diversos públicos la práctica de pagar por sexo ha generado que esta sea más frecuentemente mantenida en secreto, con la excepción de las comunidades *online* de clientes. El ocultamiento se funda en el temor a ser rechazados por otros/as que no comparten esta práctica "desviada", "cuyo respeto y aceptación necesitan tanto en términos prácticos como emocionales" (Becker, 2010: 86). Para comprender cómo se tejen lazos entre los gateros en los espacios virtuales resulta útil retomar la noción de "subcultura desviada" de Becker, en tanto los miembros de esta comparten "un conjunto de nociones y puntos de vista acerca de lo que es el mundo y de cómo lidiar con él, y un conjunto de rutinas basadas en esas nociones" (Becker, 2010: 56). La mayoría de los grupos desviados cuentan con una lógica de autojustificación para neutralizar los sentimientos que sus miembros puedan sentir contra sí mismos y brindarles argumentos para continuar con la línea de acción que han tomado.

A su vez, para comprender el proceso por el cual un varón que paga por sexo se torna un gatero nos valdremos,

como dijimos, de la noción de "carrera moral" propuesta por Goffman. Aquí importan "los aspectos morales de la carrera, es decir, la secuencia regular de cambios que la carrera introduce en el yo de una persona, y en el sistema de imágenes con que se juzga a sí misma y a las demás" (Goffman, 2001: 133). Si bien la construcción de un estigma para quienes pagan por sexo es aún incipiente, podemos pensar que estos sujetos

> tienden a pasar por las mismas experiencias de aprendizaje relativas a su condición y por las mismas modificaciones en la concepción del yo, una "carrera moral" similar que es, a la vez, causa y efecto del compromiso con una secuencia semejante de ajustes personales (Goffman, 2010: 45).

Tener en mente tanto la noción de la carrera moral como la concepción del estigma como una relación entre atributo y estereotipo, nos permite pensar las tensiones que representa la práctica de pagar por sexo respecto de los estereotipos de masculinidad, especialmente en relación a las trayectorias que construyen respetabilidad. Al abordar las transformaciones en la imagen del yo en las carreras morales de los "gateros", analizaremos las tensiones que emergen en sus propias experiencias sin dejar de lado sus posiciones estructurales ni sostener una mirada monolítica sobre ellos.

"Recibirse de hombre": debut sexual, alarde y vulnerabilidad

> Tenía 18 años, fuimos con un grupo. Es una experiencia rara, porque vas a un lugar pago, pero a la vez estás nervioso, hay mucha tensión. Es una cosa que es como demostrar una hombría. […] Viéndolo desde una edad más adulta, ves que sí, te juntás en manada, salís, son todos hombres, sale uno, lo propone y es como que hay que marcar la masculinidad: "¡Vamos todos, vamos todos!" Y por ahí alguno no tenía ganas

> en su momento, no lo digo por mí, pero alguno no tenía ganas y por ahí iba igual, porque es como que el hombre en sí mismo se pone, ¿viste?: "Bueno, vamos a pasar, pasá!" Es una boludez de machos, de pelotudos, de hombres. […] Es más, creo que la primera vez, digamos, de ir con muchos hombres, que la pasamos más mal que bien, por los nervios, porque estás muy nervioso (Lucio, 30 años).

> Mis amigos habían ido y le pedí la plata a mi mamá. Tenía que pagar porque era el mandato. Fueron mis amigos y ¿cómo que no fuiste? La experiencia fue pésima, muy asustado, porque aparte estaba prohibido (Gastón, 51 años).

Tener y mostrar una heterosexualidad activa es, sobre todo a partir de la adolescencia, una de las formas centrales en las que las masculinidades de los jóvenes pueden conseguir estatus entre el grupo de pares. Pero la gesta de "hacerse hombre" a través de la iniciación heterosexual no sólo tiene que ver con el deseo sexual y la concreción del coito sino, como se aprecia en los relatos de Lucio y Gastón, con responder adecuadamente a la arenga de los pares y demostrar coraje para cumplir con el "mandato", especialmente cuando el debut sexual coincide con el debut en el sexo pago. De hecho, en muchos de los relatos de las entrevistas y los foros, las experiencias no son satisfactorias y no son extraños los problemas de erección o la falta de deseo sexual debido a los nervios, el miedo o la incomodidad. Sin embargo, estos aspectos no suelen estar presentes en los relatos sexuales que se comparten con el grupo de pares, porque frente a la mirada de los otros varones es vital no mostrarse vulnerable y demostrar una sexualidad activa y potente si no se quiere ver subordinada la posición ocupada en la jerarquía de masculinidades. Es por ello que en las relaciones homosociales existe una clara diferencia entre las cosas que efectivamente se hacen y las cosas que se dice que se hacen (Flood, 2007). Por más que no refleje la experiencia, el alardeo de un deseo sexual activo y de unas prácticas potentes frente al grupo de pares "es un gesto ritual con

una funcionalidad contextual, es decir, es válido mientras sirva a la cohesión del grupo y a la consolidación de las identidades" (Vásquez del Águila, 2013: 826).

Cuando la práctica de pagar por sexo tiene lugar bajo la legitimación naturalista del *boom* hormonal del deseo sexual adolescente y en el contexto de la presión del "mandato" por "hacerse hombre", se presenta como una práctica deseable y difícilmente pueda ser un atributo que desacredite a los jóvenes varones. Si bien la práctica de pagar por sexo se halla cuestionada, no es extraño que los jóvenes accedan a su iniciación sexual pagando y guiados por pares mayores o familiares varones. Sin embargo, la relación entre masculinidad, heterosexualidad y poder en los grupos de pares no es la misma cuando se pasa a ser un cliente habitual del mercado sexual. Cuando el debut sexual coincide con la iniciación en el mercado sexual, la masculinidad puede verse reforzada; como señalaba un entrevistado, implica "recibirse de hombre". No obstante, cuando se pasa a ser un cliente habitual la masculinidad puede enfrentarse a pérdidas de prestigio, por lo que el pagar por sexo se torna un atributo desacreditador frente a quienes no comparten esta práctica y, por ello, debe ser ocultada. Es entonces que el descubrimiento del foro como espacio de homosocialidad permitirá, para los que se auto-descubrirán como gateros, repensar su propia imagen. En palabras del usuario Ahoramismo:

> Me sentí por primera vez parte de una comunidad, y si se quiere, de sentirme un poco "raro" a sentir como un orgullo. Al irme abriendo sobre mi afición vi que éramos muchos los que acudíamos al sexo profesional (ahoramismo, Hilo "¿Cómo llegaron al foro?", Foro 1).

Como ha señalado Becker (2010), lo que tienen en común los miembros de un grupo desviado es su desviación. Esto les hace sentir que comparten un destino y que tienen que enfrentarse a los mismos problemas, lo cual permite el surgimiento de una subcultura desviada. Entonces,

cuando el relato del debut se hace en los foros, tiene lugar en el marco de una comunidad que comparte el carácter de sujetos desacreditables y cuyos miembros consideran a los debutantes como principiantes en la "carrera de gatero", es decir, como potenciales miembros a quienes se da la bienvenida a este particular "nosotros". En este último escenario, la inexperiencia no es una carencia sino una potencialidad, y la narración de problemas en la performance como la falta de erección u orgasmo y de experiencias de temor y nerviosismo, incluso aquellas que definen como "traumáticas", no implican un riesgo de desprestigio como en el grupo de pares, sino que constituyen otro aspecto vital de las relaciones homosociales masculinas, la interdependencia y solidaridad. Algunas investigadoras han sugerido que al interactuar con personas con las que no hay necesidad de aparentar o de esconder la identidad como cliente, no se siente vergüenza, lo que brinda cierta seguridad, porque saben que no van a reaccionar negativamente o condenar sus comportamientos como extraños o incorrectos (Sanders, 2008a). Cuando algunos "novatos" se animan a preguntar preocupados en los foros por cuestiones que dejan en evidencia su vulnerabilidad, la comunidad gatera responde tranquilizadoramente, afirmando que esos problemas son psicosomáticos y se deben a "los nervios de la primera vez" que son abiertamente normalizados. Luego de dar la "bienvenida a este mundo maravilloso", los miembros de la comunidad gatera aclaran que al principio suelen tenerse experiencias negativas, pero que con "esfuerzo" y "paciencia" se puede conseguir manejar la situación. Los hilos de un novato nos permiten reconstruir este camino, frente a las frustraciones que expresaba fue diligentemente alentado a "no aflojar", así aprendería que en "la carrera de gatero" se pasa por diferentes etapas hasta poder dominarlo:

> Un forista de acá, me dijo que cuando recién debutas es muy difícil controlar los tiempos, que una vez superado el problema ese de que se te cae sin razón aparente, hay que empezar

> a controlar los tiempos, mi problema ahora es que tengo que concentrarme para controlar los tiempos" (Error, Hilo "Mi cuarta xp fue con Lucrecia", Foro 2).

Nuevamente vemos una diferencia entre el modelo del varón mayor que introduce al adolescente al mundo del sexo en el cabaret y las formas de funcionamiento de la cyber comunidad gatera. Para comenzar la carrera de gatero es necesario realizar un proceso de aprendizaje que incluye desde solicitar "consejos para la primera vez", hasta conocer las "normas del gateo" y familiarizarse con una jerga específica. Los foros de intercambio de experiencias de sexo comercial que estudiamos, funcionan como una comunidad *online* donde se (re)producen los valores, las normas, el argot y la fraternidad distintiva de la comunidad gatera, se aprende a lidiar con el carácter de desacreditable que implica el pagar por sexo y a ser un "colega gatero".

El "Manual del gatero": aprendizajes, riesgos y comunidad

> Para el gateo, en general, y casi para todas las cosas hay un conjunto de normas, que en muchos casos jamás fueron escritas. Pero se encuentran instituidas, y se van divulgando entre pares. Cuando un Pirata recién se inicia, quizás siga los consejos de algún par más experimentado, y así sucesivamente (Rojophd, Hilo "Algo sobre reglas del gateo", Foro 1).

> BUEN GATERO. Querés ser un BUEN visitante? Querés ser muy bien visto y recibido? Querés ser atendido realmente con BUENA ONDA y actitud? Bueno aca van algunos consejitos (elcapodelcabaret, Hilo "Manual del Gatero Ilustrado & Otras Disquisiciones", Foro 1).

Muchos usuarios mencionan que antes de contratar por primera vez el servicio de una escort, leen las XP de otros gateros para interiorizarse en las características del

mercado y poder elegir, así como para aprender los códigos del ambiente y la manera de relacionarse con las mujeres. También es común que, antes de compartir sus primeras XP, los principiantes pregunten sobre los significados de la jerga que utilizan los más experimentados. Así, conocer el significado de "840" (fiolo), "HEF" (hasta el final), "GP" (garganta profunda), "asterisco" (ano), "gift" (tarifa) y sobre todo mostrar su uso será un signo de pertenencia a esta subcultura.

Además, tendrán que adquirir herramientas para relacionarse con las escorts, tanto para que los encuentros sean placenteros, como para poder minimizar los riesgos que conllevan y sortear los obstáculos que implica involucrarse en una actividad estigmatizada. Entonces, no sólo tienen que aprender a tener una buena experiencia sexual, sino a controlar las emociones y manejar de manera apropiada el dinero.

Como veremos en el capítulo 7, una de las reglas que más consenso genera es la de no enamorarse ni involucrarse emocionalmente con las escorts; regla que es compartida e igualmente transgredida por las mujeres que hacen sexo comercial. Si bien es más típico en los primerizos, el recurrente riesgo de enamoramiento es un bucle que se retroalimenta tanto de la ilusión de intimidad y el disfrute que ella produce como de la supuesta capacidad de controlar las emociones. Además, el riesgo de perder el control de las emociones es percibido también como riesgo de ser manipulados económicamente por una escort. Un usuario experimentado, utiliza una "firma" al final de todos sus posteos que condensa estos dos temas centrales del mundo gatero: "Soy gatero profesional, por lo tanto no me enamoro de las escorts – no soy tan viejo ni tan feo para pagar +de $250 por una mujer" (Charles Lyon, Foro 1). Al respecto, el usuario elcapodelcabaret señala lo siguiente:

> Bajo promesas de amor eterno y pedorradas de esa misma índole, las niñas acometen una depredación despojada de

> toda piedad, de toda y cada moneda que puedan rapiñar al incauto otario, jaja (elcapodelcabaret, Hilo "Manual del Gatero Ilustrado & Otras Disquisiciones", Foro 1).

El enamoramiento pone a los clientes en una posición de riesgo ligada a la pérdida del control de sus emociones y al consiguiente mayor gasto por mantener económicamente a estas mujeres que aparecen como una otredad amenazante que los puede "rapiñar". Por ello se hace necesario aprender a manejar las emociones que emergen en los encuentros y, si bien el riesgo del enamoramiento es difícilmente eliminable, es un "error" que suele achacarse a los novatos.

El dinero y la racionalidad en su uso también se ponen en cuestión cuando los gateros asiduos sienten que no pueden controlar su consumo y que se convierte en un "vicio" o una "adicción" –"como el faso, el alcohol o las drogas"– que los pone en riesgo de "patinarse el sueldo". Seidler (2006) ha sostenido que la masculinidad se construye en torno a la idea de racionalidad, por lo que cuando las identidades y prácticas sexuales se consideran "animales", al tiempo que se legitiman a través de la naturalización, se constituyen como amenazas a su ser racional si persisten sin control a lo largo de sus vidas. Además, como afirma Giddens, el sexo se vuelve compulsivo para el sujeto cuando la conducta sexual cotidiana "queda gobernada por una búsqueda constante de algo que, sin embargo, conduce persistentemente a sentimientos de vergüenza o inadecuación" (2004: 77). Por lo que uno de los aprendizajes que deben hacer los gateros es el de enfrentarse a la compulsividad que en muchos casos supone pagar por sexo, para poder manejarla. En el hilo "¿Hay reglas en el gateo?", el usuario NN comparte su técnica para "no pasarse del presupuesto":

> Me fijo un gasto mensual y no salgo de allí. Si no me alcanza para darme el gusto con el super gato que me recalentó, dejo pasar los meses para ahorrar y ajustarme de nuevo al presupuesto para justificar el sobre precio. Solo me salgo de caja cuando a su vez me aparece un ingreso no previsto

> y ahí sí a festejar! (Usuario NN, Hilo "¿Hay reglas en el gateo?", Foro 1).

Las relaciones de interdependencia y solidaridad entre gateros que conllevan estos aprendizajes compartidos, no implican que la comunidad gatera esté exenta de jerarquías que se van construyendo a lo largo del tiempo. Los usuales debates entre los usuarios sobre las formas de jerarquización muestran tanto los diferentes estatus como el interés compartido en ser parte de esa jerarquía (por ejemplo, en un hilo del Foro 1 llamado: "¿Cuándo me hago Súper gatero?"). A pesar del debate y las distintas posiciones sobre cuáles son los puntos más valiosos para un gatero, en ambos foros queda claro que un elemento fundamental para construir la reputación del gatero es la cantidad de XP que comparten. En el Foro 2 podemos leer en todas las intervenciones al lado del *nickname* de cada usuario la cantidad de XP compartidas, en el último mes, en el último año y en toda su trayectoria, además ambos foros muestran la cantidad de votos o valoraciones recibidas de parte de otros miembros como forma de avalar su "confiabilidad". El compartir XP, punto central de la vida online de los foros, tiene varias aristas. Aquella más previsible es construir un relato que exalta la masculinidad y potencia sexual del narrador –el alardeo sexual–. Sin embargo, como ya hemos visto, estas XP a veces son criticadas y los gateros reclaman la necesidad de "compartir data objetivamente" para que toda la comunidad sepa los pros y contras de cada escort. Por ello podemos pensar que las XP actúan fundamentalmente como

> un cemento social para unir a una "comunidad" en el mundo virtual y real […] y como un mecanismo de normalización que los clientes utilizan para entender su comportamiento no como `desviado´, sino como aceptable y acorde a los guiones sexuales heterosexuales masculinos normales (Sanders, 2008: 70).

Otra dimensión importante para convertirse en gatero es lograr manejar la potencial estigmatización que implica esta práctica y para ello es crucial, como sugeríamos más arriba, aprender a mantenerla en secreto. Si su práctica sale a la luz, el gatero sospecha que las relaciones con su esposa, novia y/o amantes, compañeros/as de trabajo o su círculo cercano pueden verse afectadas o incluso terminarse:

> Tengo la mejor imagen con todas las mujeres de mis amigos salvo con una, que casi ni la conozco y nos vimos muy pocas veces. Pero evidentemente mi amigo "sin querer" le trasmite alguna data que no debería, pero me consta que no lo hace de mala leche, de boludo nomas… (LegumbreAmba, Hilo "Algo sobre reglas del gateo", Foro 1).

En la interacción con otros gateros, el principiante aprende que reduciendo los círculos con quienes habla del tema y siguiendo algunas estrategias puede minimizar estos riesgos. Para eso adoptan una serie de cuidados, los cuales se comparten y discuten en el foro: agendar a las escorts con contraseña o cambiarle los nombres, usar otro chip o teléfono para contactarse con ellas, hacerse una dirección de email "gatera", usar una computadora privada, no contarle a nadie sobre su afición al sexo pago, etc. Sin embargo, el secreto puede salir a la luz por distintos motivos y cuando esto pasa los gateros también reflexionan en términos morales sobre su práctica de pagar por sexo y sus masculinidades. En el hilo "Mi hija de novia con un gatero" (Foro 1), el usuario CatJoker relata que se encontró con su yerno saliendo de un privado y consulta con el resto de los foristas si debería contarle a su hija o hablar con el yerno, a lo que uno de los gateros responde:

> Me parece que no corresponde blanquear [revelar] que gateas con tu hija. Es tu vida privada y no es necesario que pierdas la imagen que ella tiene de vos. Yo hablaría directamente con el novio, y le explicaría que esperás algo mejor para tu hija, y no un comegato como nosotros (OrtegaR, Hilo "Mi hija de novia con un gatero", Foro 1).

Al igual que en el caso de los foristas antes citados, hemos encontrado que la mayoría de los gateros viven "dobles vidas". Sanders (2008a: 113) plantea que esto es una consecuencia de la desaprobación social, del "miedo a la reacción de la pareja, el temor de ser etiquetado como extraño o pervertido sexualmente". Cuando son descubiertos o descubren que alguien de su entorno familiar es gatero, muchos dejan en evidencia que comparten esta desaprobación social, que ha permeado en la subjetivación de sus experiencias. Como señalaba el usuario OrtegaR: "esperás algo mejor para tu hija y no un comegato como nosotros". Por otro lado, lo que este usuario está expresando cuando aconseja "no es necesario que pierdas la imagen que ella tiene de vos", es una tensión entre la posición del padre y la del gatero. Aquí la trama familiar y conyugal que supone una imagen de la masculinidad "respetable" ligada a la protección de las mujeres, diverge de aquella de la cofradía de gateros que aparece a veces ligada a la depredación de las mujeres (cuando se usa la denominación "comegatos"). Otros usuarios intentan construir discursos de respetabilidad para alejarse del estigma resaltando que son "buena gente", que "aman a sus mujeres" y que son padres, atributos que los acercan al "buen comportamiento sexual" (Rubin, 1989). Sin embargo, estos discursos divergentes sólo pueden funcionar en la lógica de la doble vida y la protección que les ofrece el secreto. Un gatero que no ha mantenido en secreto su afición por el sexo pago, se lamentaba sobre cómo lo veían los demás, lo cual lo hacía sentir "degradado":

> La verdad es que me siento degradado porque no me gustaría pagar. Generalmente me pongo a pensar que las minas van conmigo sin ganas y porque les pago […] Y la verdad que me siento un perdedor teniendo que pagar. Veo que mis amigos tienen sus novias o mujeres, han hecho sus familias y yo solo y sin otra alternativa que pagar para ponerla. Esa es la parte fea. Quizás me siento culpable. Alguna vez lo disfruté porque ya hace 5 años que pago. Pero ahora ya no tanto. Encima mis amigos me cargan, me dicen "paganini" y todas esas cosas y la

> verdad que me rompe las pelotas. Es como que ya me hice la fama que si estoy con una mina es porque pago. O sea si me ven con una mina o la llevo a comer van a decir "este le paga". Quizás me importe lo que me digan. Pero ver ese contraste de mis amistades casados con familia y yo solo y pagando me está pesando (gatero1984, Hilo "¿Alguna vez intentaron dejar de pagar por sexo?", Foro 1).

Como sostiene Seidler (2006) los varones aprenden a hacer lo que se espera de ellos y, por lo tanto, a definirse "externamente", sobre todo frente a la mirada del grupo de pares masculinos. Los varones que pagan por sexo cumplen con la promiscuidad y la virilidad considerada propia del "macho alfa", pero se alejan del papel de conquistador sexual que también se espera de ellos (Sanders, 2008). Asimismo, en la adultez la validación homosocial masculina requiere también que se ocupen otras posiciones, principalmente la de proveedor y la de padre de familia (Fuller, 2001). Así, el usuario gatero1984 se siente avergonzado, frente a la mirada de sus pares se ve como un "solterón", incapaz de seducir a una mujer. Esto degrada la posición de su masculinidad en el grupo, mostrando que la práctica de pagar por sexo puede estar desprestigiada para otras masculinidades, y ser percibida como un atributo vergonzante. Por eso, muchos prefieren no contar sus experiencias de sexo pago.

El consumo de sexo comercial cambia con la edad, volviéndose más solitario en la adultez, donde suele permanecer como una práctica privada o íntima. Las excepciones serían los momentos de ocio puntuales (despedidas de soltero, ciertos eventos laborales, cumpleaños) donde lo grupal vuelve a adquirir centralidad y lo que se pone en juego principalmente es la consolidación de los valores homosociales ligados a la masculinidad. De modo que, cuando los varones ingresan en la adultez, se espera que se inserten en la vida doméstica y pública y dejen atrás los "excesos" de la juventud, ya que la masculinidad asociada al "Don Juan" no encuadra dentro del modelo de la "verdadera hombría" de la adultez y carece del reconocimiento y

respeto de lxs "normales". Sin embargo, si consideramos al estigma como relacional y situacional, dado que el mismo atributo que desacredita a unos puede confirmar la normalidad de otros, los gateros son desacreditables por fuera de la comunidad gatera, pero cuando interactúan con otros gateros el estigma se suspende, algo que, como veremos en el último capítulo, resulta crucial en la etapa final de la carrera, "la retirada".

En este capítulo hemos planteado las distintas circunstancias que atraviesan las carreras de los varones que hacen de la práctica de pagar por sexo parte central de sus vidas, y se identifican como gateros, formando parte de una comunidad *online*. Una serie de hitos y procesos conforman estos recorridos poniendo de relieve cómo estas construcciones son variables y se hallan marcadas por tensiones. Al contrario de los discursos que suponen la naturalidad tanto del consumo de sexo pago ("gatero se nace") como del deseo sexual (como una fuerza natural irrefrenable), las experiencias de los varones que pagan por sexo, y en especial de los gateros, revelan la necesidad de atravesar procesos de aprendizaje para controlar y manejar diversos aspectos de los intercambios en el comercio sexual. Inclusive para poder obtener placer es necesario el aprendizaje. Asimismo, el análisis de las carreras nos permitió pensar un conjunto de coincidencias y divergencias para concebir la especificidad del gatero distinguiéndose de otros varones que pagan por sexo y desplazándose de algunos ideales de la hombría.

Como hemos visto, el consumo de sexo pago no implica *per se* una posición prestigiosa para la masculinidad. Cuando coincide con el debut sexual, puede asociarse con "recibirse de hombre" en el contexto del grupo de pares y funcionar como una fuente de estatus. Sin embargo, en el marco de la incipiente construcción del estigma de "prostituyente", el pagar por sexo asiduamente comienza a percibirse como un atributo desacreditador para el "hombre

de verdad", que sólo debería recurrir a la seducción para conseguir tener relaciones sexuales y dirigirse progresivamente hacia la consolidación de la posición masculina de padre-protector-proveedor.

Es en los foros donde el sujeto potencialmente desacreditable encuentra la posibilidad de iniciar su carrera moral como gatero. Allí podrá formar parte de la comunidad gatera que, como subcultura desviada, conlleva una serie de aprendizajes. Tanto para iniciarse en el consumo de sexo comercial como para ser un "buen gatero", los varones solicitan los consejos de los más experimentados; pero aquí no aparece la figura del familiar adulto que lleva al joven a debutar, ya que nos hallamos por fuera de la trama del parentesco. Serán otros gateros quienes enseñarán no sólo los códigos del ambiente, sino a minimizar los riesgos y sortear los obstáculos que implica involucrarse en una actividad estigmatizada. De estos, los más relevantes son enfrentarse a la compulsividad que en muchos casos supone pagar por sexo y poder manejar la potencial estigmatización. En relación al primero, los aprendizajes articulan diferentes facetas que pondrán a prueba su masculinidad: conseguir una buena performance sexual, controlar sus emociones para no enamorarse de las escorts y manejar el dinero para no "despilfarrarlo" ni dejarse "rapiñar". En relación al segundo, lo que aprenden los gateros es a mantener esta práctica en secreto a partir de una serie de cuidados en el manejo de la información, y en algunos casos desarrollarán una "doble vida".

Como hemos sostenido, los mandatos de masculinidad cambian con la edad y si bien la "hombría" se construye centralmente en torno a demostrar una (hetero)sexualidad activa, cuando los varones ingresan en la adultez, buena parte de la respetabilidad se desplaza a su posición como padres-proveedores-protectores, y por lo tanto se tensa con la posición de los gateros, asociada a una imagen de despilfarradores-predadores ("comegatos"). En este sentido, si bien el cuestionamiento moral y estigmatizante queda suspendido en los foros,

los gateros precisan recrear constantemente entre sí estrategias de normalización de sus prácticas. De allí el papel fundamental –y jerarquizante– que juega el compartir sus XP's. Por fuera de los foros la necesidad, cada vez mayor, de recurrir al secreto expresa la divergencia entre la construcción de la hombría y la carrera de gatero.

El análisis de estas carreras, en el marco de las transformaciones del mercado sexual, del orden de género y del régimen de sexualidad, habilita a plantear algunos interrogantes cuya respuesta no podemos aventurar aquí (salvo en forma conjetural). La coyuntura actual de expansión de los feminismos, y en particular del feminismo abolicionista ligado a la campaña antitrata, habilita el cuestionamiento de los sentidos que atraviesan la práctica de pagar por sexo, especialmente para los varones cis heterosexuales. La imagen pública de los varones que pagan por sexo comienza a ser criticada, pero en buena medida bajo la forma de una campaña estigmatizadora. En este marco es posible preguntarse, ¿de qué formas las nuevas configuraciones del mercado sexual afectan los sentidos del debut sexual? Las experiencias analizadas en este punto parecen estar tanto más abiertas a expresar las vulnerabilidades como bloqueadas a la hora de repensar el propio deseo sexual masculino. ¿Cómo se ligan los aprendizajes en relación al control de emociones, dinero e información con las nombradas transformaciones? Dos puntos resultan claves a la hora de profundizar nuestra indagación: por un lado, el desarrollo de las crecientes culturas virtuales que permiten un manejo de la información más complejo; y por el otro un posible crecimiento de patrones de consumo sexual más individualizado y montado en torno a la ilusión de intimidad. Sobre esto vamos a volver en los capítulos siguientes, donde analizamos el funcionamiento de los foros como espacios homosociales donde los varones que pagan por sexo expresan y tramitan colectivamente emociones especialmente vinculadas a la vulnerabilidad en los varones, como el miedo y la vergüenza, e indagamos en como la expresión de estas emociones tensiona los sentidos históricamente asociados a la masculinidad.

6

"Nunca era ir envalentonados tipo vikingo": miedo, vergüenza y homosocialidad[1]

Las relaciones y tensiones entre emociones y masculinidades han sido profusamente analizadas en el campo de los estudios de masculinidades; sin embargo, las investigaciones sobre mercados sexuales han enfocado más sobre las emociones ligadas al "trabajo emocional" (Hochschild, 1979) que llevan a cabo quienes ofrecen servicios sexuales, y al turismo sexual y las migraciones (Piscitelli, Oliveira Assis y Olivar, 2011). Algunos trabajos que han abordado las emociones que atraviesan a los varones que pagan por sexo se han centrado en los enamoramientos y los vínculos románticos que emergen en el mercado sexual. En nuestro trabajo de campo estos procesos también aparecieron ocupando un lugar importante, y por ello le hemos dedicado un capítulo aparte. No obstante, en los relatos de los entrevistados y en los foros aparecían recurrentemente otras emociones, crucialmente ligadas a los sentidos de la masculinidad, pero muy alejadas del imaginario sobre el "ir de putas": el miedo y la vergüenza.

Veremos que la vergüenza está en parte vinculada al incipiente proceso de estigmatización de quienes pagan por sexo, pero también a los sentidos de la masculinidad ligados al desprestigio de pagar por sexo, en tanto, como hemos

---

1 Este capítulo ha sido reelaborado a partir de Morcillo, Martynowskyj y de Stéfano Barbero (2021).

adelantado al final del capítulo anterior, puede percibirse como una dificultad para ocupar la posición prestigiosa de "conquistador" sexual. La vergüenza pone de relieve una relación conflictiva de los varones que pagan por sexo consigo mismos, a partir de una mirada externa vinculada a los sentidos sobre la masculinidad. Las relaciones intragénero se ponen también de relieve cuando irrumpen los temores, ya sea a ser excluido del ritual masculino de pagar por sexo, a no poder controlar las emociones, a la violencia de los otros, o a la enfermedad. El análisis de la dimensión emocional nos permitirá considerar que, si la contradicción entre prácticas y discursos es posible, es porque los individuos pueden ocupar diferentes posiciones de sujeto en múltiples relaciones y contextos que tienen lugar en el mercado sexual.

Uno de los atributos típicamente ligados a la masculinidad es la racionalidad, pensada en oposición a la emocionalidad, que queda asociada con lo femenino. Tanto esta oposición entre razón y emoción como las lecturas biologicistas de las emociones (y del género) han sido criticadas desde la sociología de las emociones (ver Stets y Turner, 2006). En algunas versiones del estereotipo de macho, la única emoción permitida a los hombres es la ira. Aquí es importante destacar la distinción entre la posibilidad de sentir las emociones y los motivos por los que no se las reconoce o expresa (De Boise y Hearn, 2017). Si las masculinidades han privilegiado históricamente la racionalidad, la independencia y la autosuficiencia (Seidler, 1995), una masculinidad deviene hegemónica cuando la expresión y comunicación de determinadas emociones es considerada femenina y desvalorizada. Tanto el miedo (Kimmel, 1997), como la vergüenza (Stepien, 2014), pueden ser piezas centrales en la regulación de la complementariedad y jerarquización de las relaciones inter e intra-género. Veremos que estas emociones son especialmente silenciadas por los varones que pagan por sexo, ya que amenazan la integridad del yo masculino. En términos generales, la vergüenza

conduce al silencio y al secretismo, pero además, para Aneta Stepien (2014), la vergüenza también despoja a los hombres del poder masculino, dejándolos desnudos, afeminados y vulnerables frente a la mirada de los demás. Para esta autora, en tanto la vergüenza implica tomarse en cuenta a uno mismo, no reconocerla destruye al yo y transforma a los varones en abyectos para sí mismos. Kimmel (1997), por su parte, vincula la vergüenza y el miedo a la homofobia, señalando que si la masculinidad es una aprobación homosocial, su emoción más destacada es el miedo a ser descubierto como un fraude frente a la mirada del otro. Abordar la dimensión emocional en las experiencias de varones que pagan por sexo nos permite pensar las ambigüedades y fisuras de una posición que se presume siempre dominante. Veremos a continuación cómo la vergüenza y el miedo habilitan a pensar que el comercio sexual también puede ser un espacio que pone de relieve vulnerabilidades en las masculinidades.

Vergüenza(s), respetabilidad y homosocialidad

> Realmente es una situación espantosa, porque pagar por una persona es una situación espantosa, siempre está mal…, pero yo seré de carácter bueno, de carácter sensible, que a mí me sensibiliza mucho la situación de la mujer… me pone muy mal, y siempre traté de ser muy educado y respetuoso […] Me encantaría ayudarlas a todas, me las llevaría a mi casa a vivir conmigo, les preguntaría su vida, les preguntaría por qué llegaron a esa situación. Nunca en mi época se habló de la trata, teóricamente estaban por propia decisión… por eso cuando viene lo de Marita Verón y sale que a la mina se la llevan para prostituirla sin su consentimiento, yo empecé a ver ahí un mundo del cual yo era parte y me pareció una barbaridad (Gastón, 51 años).

En el relato de Gastón es posible observar una relectura de sus experiencias a partir de los discursos sobre la trata de

mujeres. Podemos preguntarnos en qué medida estos cambios en las representaciones sobre los significados de pagar por sexo pueden haber generado cierto grado de reflexividad. Sin embargo, es más claro que, al destacar el "respeto", la "educación" y la "ayuda" (en un tono paternalista y exagerado: "me las llevaría a mi casa a vivir conmigo"), Gastón construye un "discurso de respetabilidad" (Skeggs, 2019) que lo distancia de la imagen vergonzante del "prostituyente" –y al mismo tiempo sostiene la imagen de las prostitutas como seres desvalidos–. Como hemos mencionado antes, este tipo de discurso que apunta a restaurar una posición respetable, aparece con más fuerza, y casi exclusivamente, cuando quien hace la entrevista es una mujer.

Goffman (2010) advierte que la vergüenza se origina cuando el individuo percibe uno de sus atributos como una posesión impura, algo que podría estigmatizarlo. En el caso de los varones que pagan por sexo, Sanders (2008) muestra como las creencias culturales dominantes sobre la sexualidad –asentadas en el "discurso de la respetabilidad" para definir el "buen" y el "mal" comportamiento sexual (Rubin, 1989)–, construyen una serie características indeseables que le dan forma a los estereotipos que configuran a estos varones como disfuncionales o incompetentes sexualmente, inadaptados sociales, feos, solitarios, anticuados, incapaces de atraer a una mujer, inadecuados como pareja sexual, padres irresponsables, adúlteros, fanáticos sexuales, sádicos o insaciables y fuera de control. Sin embargo, el estigma es completamente relacional y situacional, dado que el mismo atributo que estigmatiza a un tipo de poseedor puede confirmar la normalidad de otro, o puede estigmatizarlo frente a unas miradas y no frente a otras. Además, recordemos que el estigma de los varones que pagan por sexo los sitúa en el nivel de los sujetos "desacreditables", porque su atributo "impuro" es relativamente fácil de ocultar. Es por eso que el manejo de la información resulta vital: hay que saber cómo, cuándo, de qué y con quién hablar para evitar o reducir las posibles consecuencias.

Las tensiones e incomodidades para asumirse en tanto que clientes, asociadas a la vergüenza para hablar de la práctica de pagar por sexo, también se evidenciaron en las dificultades que tuvimos en general para conseguir entrevistados. Algunos dijeron sentirse ofendidos por la mera suposición de que consumían sexo comercial y otros, como dijimos, reaccionaban sorprendidos por haber sido señalados por algún amigo como clientes asiduos, cuando ellos no se asumían con comodidad en esa posición. Al respecto, Carla Corso (2004: 122), trabajadora sexual y activista, señala que, cuando realizó su propia investigación, "los clientes no querían ser entrevistados como tales, incluso me negaban a mí que habían sido mis clientes, ¡y aún lo eran! […] Los hombres quieren ser identificados como hombres, pero no como clientes".

La práctica de pagar por sexo parece haber dejado de ser motivo de alarde, pero las dificultades para hablar de esta experiencia no sólo se ligan al marco de los mencionados cambios políticos y culturales contemporáneos, sino también a la edad, al tipo de práctica y al género de lxs interlocutorxs. En algunas ocasiones se entremezclaban los motivos que hacían vergonzante el hablar sobre pagar por sexo. Este es el caso de Esteban, jubilado viudo de 67 años, cuyo relato pone en tensión, por un lado, su propia experiencia, donde disfrutaba construyendo vínculos duraderos y afectivos con las mujeres a quienes pagaba, y por el otro, una mirada del pagar por sexo ligada a la victimización:

> Yo siempre considero que me estoy aprovechando de ella, por más que le pague…porque pienso que si yo no le diera plata ella no se acostaría conmigo. Siempre las consideré víctimas, víctimas del hombre… mías… (Esteban, 67 años).

Mario, un joven profesional de 37 años, que había pagado por sexo frecuentemente durante su adolescencia y juventud en contextos de ocio grupal, nos dijo en relación con la cuestión de contar sus experiencias de sexo pago:

> Siempre me pareció medio pavote. Si tenía que cancherear con algo era una mina que me había levantado […] siempre fue una vergüenza, no algo de lo que me gustara hablar o compartir (Mario, 37 años).

Al respecto, Nicolás, un comerciante de 45 años, que consumía asidua y solitariamente en el contexto de salidas nocturnas regulares, decía lo siguiente:

> Si vos no me preguntas, yo ni las cuento…porque no me parece ni gracioso, ni divertido, ni anecdótico…porque me parece que es como parte…una parte muy triste en realidad…una parte de no haber sabido qué carajo hacer con mi soledad (Nicolás, 45 años).

En estos relatos emerge la vergüenza de hablar sobre haber pagado por sexo por dos motivos distintos. Para Mario, aparece como algo que expone su incapacidad para "conquistar mujeres", como ya hemos visto que les sucedía también a usuarios del foro. Mientras que, para Nicolás, hablar de ello lo revelaría como incapaz de dominar sus emociones. En ambos discursos, el hecho de hablar del pago por sexo aparece como algo indeseable por la exposición a la que se someterían frente a la mirada del otro. En este sentido, el silencio, nutrido por la vergüenza, protege la masculinidad de los entrevistados. El espacio de la entrevista –anónimo y confidencial– puede habilitar la exposición de emociones que en otros contextos resultan inadecuadas porque amenazan con situarlos en posiciones subordinadas, por motivos diferentes, pero ambos articulados sobre la relación entre la masculinidad y la exposición de emociones. Algo similar sucede con el espacio de los foros, donde la identidad protegida y la subcultura gatera compartida habilitan a contar lo que no revelan en otras relaciones. Por ejemplo, son frecuentes los hilos donde los foristas consultan cómo manejar la información frente a otros varones, especialmente frente a amigos. La mayor parte de las veces la recomendación es mantener en secreto

la práctica, cristalizada en la frase frecuentemente repetida "Un hombre es amo de su silencio y esclavo de sus palabras". Los temores más grandes tienen que ver con que la información llegue a las parejas o familias, pero también a otros varones e incluso a amigos. En el hilo "Un amigo gatea pero él no sabe que yo [también]" el usuario OSDIF cuenta que se ha dado cuenta que un amigo "gatea" –incluso está también en el foro– pero aun así sintió vergüenza de revelarle su secreto y teme por las posibles consecuencias, y la mayor parte de quienes responden al posteo aconsejan "si nadie lo sabe mejor", pues quedarías expuesto y es mejor "evitar quilombos".

En contraste con estas ideas vergonzantes y pesarosas, cuando el consumo de sexo tiene lugar en el contexto del debut sexual en la adolescencia o primera juventud, ya sea en grupo o en solitario, aparece vinculado a la consecución plena de la masculinidad, al "recibirse de hombre". Muchos de nuestros entrevistados comentaron que debutaron sexualmente con una prostituta, y que lo hicieron con un grupo de pares y/o guiados por otros varones con más edad y experiencia.

Algunas investigaciones sugieren que el debut sexual pareciera funcionar como un rito de paso que les confiere a los "niños", el estatus de "hombres" (Fuller, 2001; Rostagnol, 2011). Como hemos visto en el capítulo anterior, "tenía que pagar porque era el mandato", "es como demostrar una hombría", "me recibí de hombre", son algunas de las ideas que aparecieron en los relatos sobre el debut sexual en el contexto del sexo comercial. Juntarse y organizar la salida al cabaret o llamar a una prostituta, son algunas de las prácticas a través de las cuales los varones escenifican su masculinidad frente al grupo que, cuando se rige por la estructura jerárquica de la masculinidad hegemónica, evalúa el desempeño de cada uno de sus miembros. A diferencia de otros estudios, que afirman que los varones recuerdan la primera experiencia siempre de manera positiva (Rostagnol, 2011), varios de los relatos de los foros y de los entrevistados hacen

referencia al debut sexual pago como algo que les generó "nervios", "miedo", "inseguridad" e "incomodidad" y, en los casos más extremos, como experiencias "feas" u "horribles". Lucio quien, en general, ha consumido en contextos grupales, lo expresa así:

> Lo más gracioso que me acuerdo fue lo de antes y lo de después, la anécdota de reírnos con los chicos y esas boludeces, mucho más que el acto mismo. Es un juego, lo tomás como una aventura, como un juego, como un reto también. Te lo digo, que he ido con otros grupos de amigos, y uno por ahí no quería ir y lo tildás como el boludo al que no quiere ir: "¡Eh, cagón, eh, eh!" Lo que te decía, ¿viste? Con una mente más adulta uno se pregunta, ¿por qué?, ¿qué tenés que demostrar?, ¿a quién le tenés que demostrar? (Lucio, 30 años).

La clave en la pregunta de Lucio, que hoy se cuestiona qué es lo que tenía que demostrar y a quién, está en la expresión "¡Eh, cagón!", que pone de manifiesto la homofobia como una de las formas en las que las masculinidades hegemónicas regulan las relaciones intra-género en situaciones homosociales[2]. Algo no explicitado en las entrevistas pero que funciona como un sustrato de la práctica colectiva de pagar por sexo tiene que ver con la adhesión y el sostenimiento de la norma heterosexual, en tanto y en cuanto quienes ofrecen servicios sexuales son siempre mujeres cis, o por lo menos lo son en las anécdotas que pueden ser contadas.

En experiencias como las relatadas por Lucio, la vergüenza y el miedo se conectan, pues "el temor a ser avergonzados o humillados delante de otros hombres, [a] ser dominados por hombres más fuertes" (Leverenz, 1986: 451), funciona con una lógica de premio-castigo que

---

2 De Stéfano Barbero ha analizado el papel de la homofobia en la regulación de las relaciones de poder entre varones en contextos escolares (De Stéfano Barbero, 2017), y entre varones que ejercieron violencia contra las mujeres en la pareja (De Stéfano Barbero 2021, 2019, 2018).

reproduce la relación jerárquica entre heterosexualidad-homosexualidad. Lucio tenía entonces que demostrar a los otros y así mismo su heterosexualidad y responder adecuadamente a la afrenta homófoba para evitar el castigo de ver subordinada su masculinidad.

Cuando el consumo se produce en grupo, también se ponen en juego procesos de adscripción a valores asociados a la masculinidad privilegiada –coraje y heterosexualidad, entre otras cuestiones–, que validados homosocialmente otorgan prestigio. Cuando una persona es objeto de trato deferencial por haber realizado acciones valoradas socialmente, el sentimiento de orgullo derivado del reconocimiento social favorece la realización de acciones similares fortaleciendo el *statu quo.* Así, en varios casos los entrevistados refirieron no pagar más por sexo de manera solitaria, pero sí hacerlo si surgía la oportunidad en una despedida de soltero, cumpleaños o eventos laborales. En general este consumo grupal está asociado a momentos de ocio, donde beber y pagar por sexo aparecen como entretenimientos propios de la homosocialidad masculina (Flood, 2007; Fuller, 2001; Kaufman, 1995). Como hemos visto, la homofobia articula emociones para funcionar como uno de los principales instrumentos de control de la masculinidad cuando se adscribe a posiciones hegemónicas, allí entran en escena no sólo la vergüenza sino también el miedo.

Otredades, riesgos y miedos

> Es un mundo donde pasa de todo y te mezclás con todo tipo de cosas. Es una jungla. Hay gente que no está en sus cabales. Antes sí iba a lo que eran los privados, ahora ni en pedo voy. […] Los privados son una ensalada, no sabés quién está al lado, capaz que vienen y no sabés que puede pasar, cualquier cosa (Carlos, 51 años).

> Por lo que he leído, por suerte no tuve esos quilombos, pero ha habido gente que ha tenido experiencias muy malas, de trato, de tener un tipo en el baño, ¿viste? Escuchás una tos y tenés un tipo que está en el baño. Ahí te das cuenta los peligros a los que uno se somete. No solamente ellas, pobres, sino también uno (Lucio, 30 años).

> Desconfianza, porque "todo es posible". Pueden estar las mejores intenciones y las peores (Nicolás, 45 años).

> Nunca vi en una prostituta una posibilidad de enamoramiento o una posible novia. Soy muy paranoico y trato de que quede ahí. En el sentido en el que, salvo este caso puntual que te conté, siempre que iba a un privado sentía que me podían afanar, siempre dejaba la ropa en algún lugar donde la pudiera ver… Porque sabía que estaba en un lugar donde estaban los chabones de seguridad, que generalmente son los que también venden falopa, todo depende del lugar donde vayas, ¿no? Pero siempre estaba muy alerta de que algo me podía llegar a pasar (Mario, 37 años).

Lejos de representar un escenario apacible donde se celebra la masculinidad, las narrativas de buena parte de los entrevistados construyen el consumo de sexo comercial ligado a la exposición a ciertos riesgos que despiertan temores de diversa índole. Si bien la exposición al riesgo y la demostración de valentía aparecen muchas veces como rasgos típicos de la masculinidad privilegiada[3], el escenario de la prostitución, cuando se piensa como una suerte de teatro de la opresión, es decir, desde la pura dominación, no es imaginado como riesgoso. Además de los temores ligados a la homofobia que hemos analizado en el apartado anterior, aparecen miedos asociados a otros dos sujetos: la prostituta y el fiolo.

Como vimos en el capítulo anterior, la primera incursión en el comercio sexual es relatada muchas veces como

---

3 Hay abundante bibliografía sobre la asociación entre masculinidad y exposición al riesgo en el trabajo, en la salud, etc. (Ver Sabo, 2005).

teseopress.com

una experiencia atravesada por los miedos, el nerviosismo, la presión de otros varones y el tener que compartir algo íntimo con una desconocida. Así relataba Lucio su debut:

> Caímos ahí, y a vivir toda la experiencia. Entrás a un lugar completamente oscuro, te abren la puerta, te quedás mirando, como si entraras a una cueva. Te encontrás con algo completamente oscuro, un sillón, te saludan mujeres dándote su nombre […] Entonces son las primeras veces, con un alto grado de estrés, porque normalmente cuando vos estás con una mujer que te gusta, estás en un contexto, estás en una previa donde ambos están llevando a que se dé o que no se dé una situación (Lucio, 30 años).

La percepción de las prostitutas como un otro riesgoso también se liga a la imagen que históricamente se ha construido de ellas como fuente de contagio de enfermedades de transmisión sexual. (Ward y Day, 1997; Morcillo, 2015). Sergio (38 años), que trabaja en la minería, nos contó que en una ocasión una "flaca hermosa" a quien había pagado por un encuentro sexual le preguntó si quería "con forro o sin forro"; tan solo esta pregunta fue suficiente para que él se quedara preocupado el resto del encuentro. Como analizaremos en el capítulo 9, el uso del preservativo no sólo aparece vinculado al temor a la enfermedad, sino también a dificultades a la hora de tener una erección, y al consiguiente temor de no poder demostrar potencia sexual en los encuentros. Otros mencionan que, muchas veces, este riesgo existe porque "ellas controlan la situación", y esto puede ligarse al temor presente en el debut a enfrentarse a una mujer imaginada como poseedora de una mayor experiencia sexual que ellos, y que no les permita desplegar una masculinidad dominadora. Son frecuentes los relatos que describen a varones tímidos que deben recurrir al alcohol para intentar mitigar el temor que les genera la imagen de la prostituta como una mujer hipersexual, tal como contaba Mario:

> Hasta los 18 años lo hacía con gente que conocía, con compañeros del secundario. Habremos ido tres o cuatro veces, íbamos al casino, medio borrachos también, para vencer la timidez de la situación. Porque nunca era ir envalentonados tipo vikingo, siempre era en plan apichonado. Te tenías que emborrachar un poco antes y demás, porque entrabas ahí y te aparecían unas minas así con un lomazo, todas en una súper lencería, y que tenían 10 años más que vos generalmente (Mario, 37 años).

Además de la prostituta hipersexualizada y que representa un riesgo a la salud, otro temor muy frecuente, también ligado a la construcción de la prostituta como delincuente, es el miedo a ser estafados o robados. Es interesante que este temor no sólo estaba presente al referirse al comercio sexual callejero, sino también en escenarios como los cabarets o los privados. Incluso quienes buscaban servicios sexuales telefónicamente o por internet decían que tenían a veces miedo a ser estafados. Pero en el caso de los cabarets o los privados el temor principal estaba ligado a la otra figura que resultaba amenazante para casi todos los entrevistados: el fiolo. De hecho, esta figura apareció como un emergente importante en la investigación, lo que nos llevó a profundizar el análisis y a elaborar un capítulo específico dedicado a ello. Como veremos, el fiolo es una figura que causa rechazo a casi todos los clientes, son temidos y odiados en los foros, aun cuando muy pocos entrevistados relataron encuentros con estos personajes, su imagen aparecía como preocupante y amenazadora, fundamentalmente por dos motivos. En primer lugar, por su capacidad para ejercer violencia. En segundo lugar, no solo inspiran temor por posibles robos, estafas o peleas; sino también porque son quienes podrían enfrentarlos en caso de involucrarse afectivamente con las mujeres que hacen comercio sexual.

En estos temores se hace visible una estructura generizada que atraviesa las experiencias de estos varones y, sin embargo, sus sentidos no son unívocos, como tampoco lo son las posiciones de sujeto que suponen para los clientes.

En los discursos de los entrevistados emergen formas de reproducción y legitimación de la jerarquía de género cuando el temor vinculado a sus experiencias está asociado diferencialmente de acuerdo con sus representaciones generizadas sobre los hombres y las mujeres que intervienen.

Por una parte, el temor vinculado a las mujeres está relacionado con ser estafado o sufrir un hurto, con las enfermedades de transmisión sexual, con no dominar la situación, especialmente en los primeros encuentros, donde ellas tienen más experiencia sexual que ellos. Aquí aparece el temor a la devaluación de su masculinidad, al carecer de aptitudes dominadoras que demuestren el control de la situación y el despliegue de una performance heterosexual acorde.

Por otra parte, el temor a la violencia física pocas veces aparece ligado a las prostitutas –apenas un entrevistado explicitó este miedo–, lo que contribuye a reproducir una jerarquía inter-género, vinculada a la menor capacidad para ejercer violencia por parte de las mujeres. Esta capacidad parece una potestad de los fiolos (donde la contrapartida es la imagen de las mujeres que hacen comercio sexual como desvalidas, necesitadas de protección o imposibilitadas de librarse de ella). El reconocimiento y temor de esta capacidad exclusiva muestra que el comercio sexual heterosexual dista de ser simplemente un "pacto entre hombres", como veremos en el capítulo dedicado a la percepción que los varones que pagan por sexo tienen de los fiolos.

Estas experiencias muestran entonces, la multiplicidad de relaciones entre masculinidades puestas en juego en cada relación generizada: los clientes adoptan una forma de masculinidad hegemónica inter-género, es decir, que reproduce la legitimidad de la desigualdad generizada al considerar que una mujer sería pasiva y que precisaría de la "protección" de un hombre potencialmente violento. Simultáneamente, los clientes, en el marco de las relaciones intra-género, se encuentran subordinados respecto a la masculinidad potencialmente violenta de los fiolos, de la

que rehúyen. Asimismo, esa estructura generizada que sitúa la capacidad física de la violencia del lado de los varones, también les sustrae a estos el dominio más refinado sobre sus emociones y en este terreno aparecen como expuestos frente a las mujeres.

Los relatos de los entrevistados permiten trazar una discordancia entre la fantasía del "ir de putas" –sea como un escenario de dominación y sojuzgamiento o como un espacio festivo y descomprometido emocionalmente– y las experiencias narradas. Allí emergieron dimensiones no esperadas, vergüenzas y riesgos que suscitan temores y abren un potencial desestabilizador de las posiciones fijas de clientes y prostitutas. Las vergüenzas y los miedos relatados nos muestran que el sexo comercial, más allá de cómo sea imaginado, no logra reducirse a una violenta operación económico-carnal despojada de emociones y de implicación personal. Las emociones en los relatos de los entrevistados nos permitieron abrir una línea analítica, no para dirimir definitivamente si los clientes son parte o no de "la masculinidad hegemónica", sino para interrogar las tensiones presentes en sus discursos. El análisis de la dimensión emocional nos ha mostrado cómo prácticas y discursos que podríamos pensar como contradictorios, pueden coexistir en las múltiples masculinidades de los varones que pagan por sexo quienes pueden ocupar, entonces, distintas posiciones en relación con la hegemonía de género.

Uno de los fenómenos que pudimos observar en los relatos de los entrevistados es que la vergüenza los acecha de distintas formas. En primer lugar, la vergüenza que implica hablar de esta práctica cuando aparece socialmente cuestionada y los coloca en una posición desprestigiada. En las entrevistas realizadas por una mujer resultó más problemático para los varones asumirse como clientes y muchos intentaron contrapesar su vergüenza con narraciones que aludían a nociones asociadas a la "igualdad de

género" en una búsqueda por reconstruir su respetabilidad. También aparece la vergüenza de ser excluido del ritual homosocial que valida la masculinidad a partir de la heteronormatividad. Aquí la práctica se encuentra representada como un reto que define quienes son suficientemente hombres. Luego, la vergüenza también emerge por la carencia o la devaluación del capital erótico que podría implicar pagar por sexo, cuando esto puede ser leído como la incapacidad de "levantarse una mina". Finalmente, la vergüenza se expresa en el silencio cuando se asocia esta práctica con una dificultad para sobrellevar la soledad. Todas estas formas de vergüenza ponen de relieve las tensiones hegemonía-subalternidad en las posiciones que la masculinidad adquiere en relaciones intra-género –a través del desafío de asumir una heterosexualidad activa que se exprese en la capacidad de "conquistar" una mujer– y en las relaciones inter-género –a través de la incomodidad que genera la posición desprestigiada–. Asimismo, la vergüenza permite expresar el deseo de restaurar la propia posición subjetiva –deteriorada por el estigma de "prostituyente", de "homosexual" o de "perdedor"– tanto como puede alimentar un proceso de reflexión que pone en cuestión lo que es percibido como "deficiencias del yo" sin necesariamente buscar reconstruir el respeto del otro/a.

Como ya hemos planteado, podemos pensar que si la vergüenza es una emoción que parte desde (la mirada de) un otro hacia una inadecuación de sí mismo, el miedo parece seguir la dirección opuesta expresando el temor a un otro amenazante. Aunque no debemos por ello confundir el yo y el otro con personas físicas, esta lectura nos permite entender las vergüenzas y los temores que aparecían narrados en las entrevistas como las reacciones a la relación problemática y generizada entre el sí mismo y el otro –real o imaginado, exteriorizado o internalizado–. Los miedos relatados representaban el temor a un otro delincuente, a la enfermedad, a la incapacidad de controlar las emociones y a la violencia, asociando cada una de estas variables a

representaciones generizadas diferencialmente. La prostituta, feminizada, hipersexualizada y patologizada, encarnaría los dominios de lo emocional y lo sexual, suponiendo riesgos para la salud, riesgo de enamoramiento o emasculación. Por su parte, el fiolo sería el protector violento y errático de la prostituta, y supondría un riesgo de robo o para la integridad física de los clientes.

Las emociones que muestran en sus relatos los varones que pagan por sexo, en este caso, la vergüenza y el miedo, ayudan a poner de relieve la diversidad de relaciones de hegemonía-subalternidad posibles en las relaciones inter e intra-género que tienen lugar en el mercado sexual entre la multiplicidad de actores involucrados. Otras emociones también pueden poner a estos varones en una posición donde se perciben como vulnerables, especialmente aquellas que aparecen de forma inesperada, aunque como veremos a continuación, pueden ser leídas como propias de la lógica del mercado sexual.

teseopress.com

7

"De los amores falsos, el más sincero el de las putas"[1]

Masculinidades, afectos y emociones

Santiago Morcillo

Si se sostiene el ideario del amor romántico –como un vínculo desinteresado, igualador y con un halo espiritual–, y se caracteriza a la prostitución como una relación meramente carnal –guiada únicamente por el interés económico y constituida por asimetrías– podríamos concluir que nada tienen que ver entre sí. Sin embargo, en nuestro trabajo de campo comenzamos prontamente a conocer historias de enamoramientos, y, de hecho, a medida que fuimos profundizando la indagación notamos que la frecuencia de las historias de "clientes enamorados" chocaba con el estereotipo del "prostituyente".

Además de escuchar estas historias en algunas entrevistas, los relatos cargados de fuertes emociones e intensos afectos (expresiones como "no sé qué hacer, me estoy volviendo loco", "intento dominar lo que siento y no puedo"), también aparecían en el marco de los foros *online* dedicados al comercio sexual. En las secciones de "debates generales" o "cafetería" hay una cantidad muy importante de relatos de confusiones amorosas, "pasiones incontrolables", "cora-

1 Este capítulo ha sido reelaborado a partir de Morcillo (2020).

zones rotos" y otros elementos que parecen más propios de una novela romántica que de un foro de "prostituyentes". De hecho, son tan frecuentes que en el hilo "Qué temas son los top del foro históricamente?" los foristas coinciden unánimemente en que "sin lugar a dudas el primer puesto se lo lleva el del enamoramiento" (Alzado, Foro 1). ¿Cómo podemos entender esta recurrencia? Si antes nos referimos a otras emociones, como el miedo o la vergüenza que complejizan la posición de estos varones generando una tensión en relación a ciertas formas de masculinidad, ¿cómo podemos pensar en esta clave estos relatos de enamoramientos y las cargas emocionales y afectivas que conllevan?

Emociones, afectos y masculinidades en el mercado sexual

Si concebimos a las emociones como construcciones sociales, podemos leer las transformaciones respecto al amor como emoción en relación con los cambios en las estructuras sociales y el desarrollo de instancias psíquicas de control de las emociones o auto coacción (Elias, 1993). Así podemos comprender la construcción histórica del amor romántico en sus matices, tanto con el amor pasión –concebido como fuerza súbita que desorganiza la vida cotidiana y los vínculos sociales (Giddens, 2004) y a veces ligada a la sexualidad masculina (Szas, 2004)[2]– como con sus versiones del capitalismo tardío asociadas a formas del consumo (Bauman,

[2] Según aclara esta autora "las relaciones entre amor y sexualidad están marcadas también por las jerarquías que caracterizan a las relaciones de género aún en las sociedades occidentales contemporáneas. Estas relaciones definen características diferentes para las sexualidades femeninas y masculinas, en las que aparece un predominio del amor-pasión como característica masculina y un lazo mayor de la sexualidad femenina con el amor romántico. Las posibilidades de experimentar prácticas eróticas en las que no intervengan sentimientos amorosos aparece como una característica más propia de lo masculino que de lo femenino" (Szasz, 2004: 72).

2005). El amor romántico, que se plantea como vínculo desinteresado y no instrumental (Bourdieu, 2000), ha sido criticado desde los feminismos como una estructura que mistifica relaciones jerárquicas (Firestone, 1971; Jackson, 1993) Si bien algunos defienden la capacidad del vínculo romántico para poner entre paréntesis la lógica del capital (Costa, 2006), la esfera romántica como espacio aislado ha sido cuestionada, dado que el capitalismo tardío alimenta la penetración de asimetrías y los mecanismos de dominación económica y simbólica en los discursos y mercancías del mundo romántico (Illouz, 2009). Desde el contexto anglosajón Hochschild plantea una actual "paradoja romántica" (mayor importancia atribuida a las satisfacciones amorosas pero creciente fragilidad de los vínculos), frente a la cual "una importante estrategia para manejar las emociones consiste en desarrollar la habilidad de limitar los vínculos emocionales, dado que nos adapta a la supervivencia en la cultura desestabilizadora del capitalismo" (Hochschild, 2008: 186).

Si bien la relación entre masculinidad y emociones ha sido tempranamente abordada por los estudios de masculinidades, varias investigaciones han señalado la necesidad de complejizar la imagen de los varones como "tullidos emocionales" pues puede conducir a ciertos esencialismos. Chu (2014), por ejemplo, muestra que los niños aprenden a esconder su capacidad y deseos de entablar relaciones estrechas y significativas con otras personas. Sin embargo, la imagen de indiferencia emocional que aprenden a proyectar para protegerse de la vulnerabilidad y reafirmar su masculinidad, no significa que hayan perdido sus capacidades emotivas. Otros señalan la necesidad de una mirada interseccional; para Reeser y Gottzén (2018) las relaciones entre masculinidad y emociones deben ser pensadas tomando en cuenta las diferencias con relación a la clase, la raza, la posición geográfica, entre otras formas de desmontar el binarismo esencializante masculino/femenino. Proponen pensar también en los afectos, como estrato también ligado a la

corporalidad, pero menos codificado lingüísticamente que el de las emociones (aclarando que ambos se interrelacionan y que la no-discursividad de los afectos pueden ser aludida en el discurso). Para entender el contraste podemos tomar la idea de emoción que propone Hochschild: "una cooperación corporal con una imagen, pensamiento o memoria de la cual el individuo es consciente" (Hochschild, 1979:551), lo cual supone una conexión directa entre los significados de la interacción y las funciones corporales. Aquí nos interesa poner de relieve los procesos de circulación entre afectos y emociones, más que explorar el carácter material pre-individual de los afectos (cf. Clough, 2008)[3]. La relación entre afecto y masculinidad nos interesa particularmente pues "el afecto puede ser un problema para la masculinidad normativa o hegemónica porque revela que un cuerpo masculino no tiene el control total, ya que el afecto lo afecta de manera impredecible" (Reeser, 2020: 104).

Algunas investigaciones han encontrado consistentemente que el aspecto emocional suele ser muy importante para quienes pagan por sexo. Para O'Connell Davidson (1998) ello se debe a que la masculinidad que expresan buena parte de estos varones es vivenciada, más que como un signo de poder, como algo que los ha llevado a su victimización emocional y a una exclusión del cuidado (en tanto sienten que no han recibido un cuidado apropiado y

---

3 Si bien no es posible abordar aquí en profundidad los debates que se han producido en el marco del "giro afectivo" (ver por ej. el dossier compilado por Mattio y Dahbar, en la Revista *Heterotopías* Vol. 3, N° 5. 2019), resulta importante destacar que el uso de la noción de afecto que aquí ensayamos se aleja de aquellas aproximaciones que plantean los afectos como fuerzas que circulan autónomamente entre los cuerpos, siempre escindidas del plano discursivo y los procesos culturales de significación. Por el contrario, la noción de afectos, como estados corporales menos codificados culturalmente, nos interesa justamente para explorar las formas en que estamos constantemente organizando e intentado dar sentidos a las intensidades afectivas, pues ello resulta clave para comprender sus vínculos con el poder y el privilegio (Wetherell, 2015). Así, las circulaciones entre cuerpo, afecto y emoción producen patrones políticamente marcados, pero cuyas formas están abiertas a la retroalimentación y las alteraciones (Hemmings, 2005).

tampoco lo pueden brindar a otras personas). Surge así una contradicción, pues "los clientes a menudo quieren creer que, aunque la prostituta es una trabajadora pagada, en su caso particular ella disfruta su trabajo y obtiene satisfacción sexual y/o emocional de su encuentro con él" (O'Connell Davidson, 1998: 158). Según esta autora, la prostitución les promete el control sobre su *self* y el *self* sexual de otra, aunque el sostenimiento de esta ficción de mutualidad depende siempre en parte de la prostituta. También para Hua (2003) la investigación empírica muestra el papel fundamental que tienen las demandas emocionales de los clientes y nos aleja de la lógica binaria víctima/victimario. Para ella, la contradicción está en los mandatos de masculinidad que suponen a la vez el ser lujurioso y también tener control personal. Hua también señala que, si bien los "juegos de enamoramiento" introducen performances que complejizan la relación comercial, las trabajadoras sexuales deben encargarse del trabajo emocional que este juego supone y son los clientes quienes deciden en qué medida se pueden cruzar los límites para tener una relación íntima.

Para Bernstein (2001, 2007), la importancia que adquieren las emociones en el comercio sexual debe ser comprendida en el marco de una transformación mayor del mercado sexual, con la expansión de la llamada GFE (*girlfriend experience*), una modalidad de servicios sexuales que pueden entenderse como un lazo de "amor temporario"[4]. Allí los clientes consumen la fantasía de un encuentro mutuamente deseado, manteniendo su preferencia por la naturaleza claramente delimitada del vínculo, buscan una "autenticidad limitada" (*bounded*

---

4 Según Bernstein esto es parte de un paradigma nuevo de sexo comercial que, aunque tiene precursores históricos –cortesanas europeas, geishas japonesas o *devadasis* indias-, representa una transformación respecto del modelo moderno de prostitución (2007: 171). Como veremos, resulta difícil saber hasta qué punto este paradigma de "sexo comercial postindustrial" se adapta a las configuraciones de los mercados sexuales argentinos.

authenticity) que garantiza una conexión emocional sin obligaciones. Bernstein cita el testimonio de una trabajadora sexual que señala que, cuando los clientes ven cualquier signo que puede amenazar esos límites (como que ella ofrezca un descuento o encuentros gratuitos), ellos desaparecen (Bernstein, 2007: 130). La GFE, tal como aparece aquí, no es un substituto de relaciones románticas no pagadas, expresa una ruptura del nexo sexo-romance de la familia nuclear, hacia un consumismo tipo *Playboy*.

También en el contexto anglosajón, Sanders (2008a, 2008b) plantea que algunos clientes buscan una experiencia emocional dentro de los límites de un intercambio comercial. Estos encuentros retoman guiones similares a los de vínculos románticos heterosexuales, especialmente cuando se trata de clientes regulares. Es el deseo de intimidad, tanto física como emocional, lo que lleva a los hombres a volverse clientes habituales de la misma trabajadora sexual. Según Sanders (2008a) los clientes regulares de clase media demuestran que buscan una experiencia cargada de emociones, muestran una forma de masculinidad no-tradicional (necesidad de ser cuidado y proximidad emocional) y a la vez se preocupan por su performance, la satisfacción sexual de su partenaire y por los compromisos/ligazones y la subsecuente "confusión" de límites que puede surgir de estos encuentros.

Analizando foros *online* de clientes de prostitución, Milrod y Weitzer (2012) encontraron que un tercio de los hilos contenían discusiones de "intimidad emocional" entre clientes y trabajadoras sexuales. A diferencia de las trabajadoras sexuales, los clientes parecían sorprendidos y poco preparados para involucrarse en el tipo de trabajo emocional que deberían hacer para delimitar la intimidad compartida en el marco de sus encuentros.

teseopress.com

Más allá de la XP

> ¿Dudan de una escort? La verdadera realidad está más allá de la XP…. Solo aquellos que se atrevan…. la conocerán (Cuernitos, Hilo "Alguien se casó con una escort?", Foro 1).

> Hola muchachos. Ya van 3 veces que visito una masajista que me encanta, o sea me calienta y ademas me gusta, onda si la veo por la calle la invitaria a salir. Por supuesto que no estoy enganchado y entiendo perfectamamente el juego y no me replanteo nada mas que pasarla bien esa hora y chau, pero si me pasa que no quiero poner mi experiencia […] Lo que no entiendo es porque me pasa esta idiotez? una especie de celos sin sentido, alguna vez les paso? (Zorrino74, Hilo "Soy un idiota y me hago cargo", Foro 2).

Este forista –cuyo *nickname* remite al personaje animado del zorrino francés constantemente enamorado-; ante la confusión pregunta para entender a través de la experiencia compartida con otros. Su posición es vista como un error y una falta hacia la comunidad gatera. La consulta de Zorrino75 y la renuencia a socializar su experiencia con los colegas gateros pone de relieve un punto clave, también presente en el verbatim anterior del usuario Cuernitos: hay una frontera entre las XP –sus formas modelizadas, cuantificadas en "la tablita" que analizamos en el capítulo 1– y las experiencias de confusiones/enamoramientos. Estas otras experiencias, generalmente no se narran en una XP, sino que lo que emerge son consultas y pedidos de ayuda que apelan a la comunidad gatera desde otra posición.

Entre los "debates generales" abundan las participaciones en hilos como: "Me enamoré de una escort, me siento raro necesito ayuda", "Qué hacer cuando una nenu [escort] te gusta demasiado" o "Cómo saber cuándo mi escort pasa a ser mi amante", expresando los desconciertos que atraviesan a muchos. Si bien estos hilos no ocupan el mismo espacio que las XP en los foros, como ya dijimos, están lejos de ser excepcionales; son tan frecuentes que los foristas se

ven obligados a excusarse, como en el título del hilo: "*Se que es un cliché* pero…ESTOY ENGANCHADISIMO CON UNA ESCORT, HASTA SOÑE CON ELLA" (Foro 1, énfasis en el original).

En buena parte de estos relatos los foristas que inician el hilo acuden a los demás para intentar clarificar lo que les sucede. Algo los afecta, a pesar de "conocer la teoría" o saber que "es un cliché", pierden el control. Este estado de afectación desestabiliza los sentidos, que muchos caracterizan como una "confusión", y aparece sobre todo como algo inesperado, de allí que se refleje en los pedidos de ayuda a otros foristas. Varios codifican esta afección como enamoramiento, pero tampoco logran saber si son realmente correspondidos, y algunos pueden perseverar en esta duda:

> Yo estoy enamorado de una escort […], dejé de verla, sin dar explicaciones, ella tampoco las pidió, eso demostró que no queria estar conmigo o tal ves le convenía que me alejara x que tal ves comensaba a sentir algo mas que interes por mi plata […] no lo se y creo q jamas lo voy a saber.. en fin no paso, tal ves fue bueno asi en mi currículum no tengo errores, igual creo iba hacer el mejor error de mi vida (Amorosón, Hilo "Guía para no enamorarse de las escorts", Foro 2).

Los relatos de estos hilos ya no siguen una narrativa tan estandarizada como en las XP, omiten datos de la escort en cuestión, abandonan el rol de "evaluador" y la expresión masculina del éxito basado en una buena performance sexual abre paso a un registro de afectos que sitúa a los gateros en lugares de confusión y de vulnerabilidad. Esta posición se hace visible especialmente en el caso de aquellos que intentan formar una pareja (pretendidamente monogámica) con una escort:

> Hola, voy a contar mi experiencia, buscando ayuda. Hace cuatro meses conozco a una chica escort, desde la primera noche nos conectamos muy bien, en resumen estamos prácticamente conviviendo, yo paso algunos días por trabajo fuera

> de la provincia. Por más que ella se esfuerce por darme seguridad de que me ama no logro vivir tranquilo, arreglamos un importe mensual para sus gastos, ya no ejerce, pero no logro vivir tranquilo por su pasado. Pase por ayuda de psiquiatra y sólo me aconsejó disfrutar de esta relación, pero no puedo separar cosas como el hecho de darle un sueldo por su compañía, ya conozco a su familia y ella a la mía lo cuál genera vulnerabilidad, no se como ser feliz completamente o dejarla y seguir mi vida […] Me hace mal la relación, afecta mi trabajo… También siento que la quiero. Hace 12 años estoy divorciado, mucho tiempo viviendo sin complicarme y ahora estoy en una relación, no muy sana para mi cabeza, y es algo que no quería vivir […] Pido consejos. Etiquetas: desesperado (XXX1944, Hilo "Amo a una escort", Foro 2).

Aquí se hace visible cómo el devenir de una experiencia puede transformar el vínculo y exponer una posición de vulnerabilidad. Este relato pone en juego la relación entre dos dimensiones: la afectiva y la económica. Los foristas enamorados expresan pérdida de control, indefensión e incertidumbre frente a la posibilidad de estar siendo utilizados con un interés puramente económico. En el hilo "¿Qué hiciste por una escort?" los foristas relatan favores –desde ayudas con préstamos de dinero hasta rescates de un departamento incendiado– que no sienten correspondidos y se sitúan a sí mismos como ingenuos o directamente "boludos" [tontos]. Muchos se quejan de sentir que son "solo una billetera para ellas", pues los intentos de formar una pareja suelen implicar que las mujeres se retiren del mercado sexual y pasen a ser ellos los encargados de su manutención. También el fantasma de la infidelidad, el temor a la figura del "cornudo", acecha a estos varones. Algunos afirman que las escorts "siempre serán infieles" o que "no se pueden enamorar". Como veremos también en relación a los temas de salud, más allá de las experiencias concretas, pesa un prejuicio negativo sobre las mujeres que hacen comercio sexual. Para buena parte de los foristas las escorts son o bien personas con "historias complicadas", impredecibles, o

bien mujeres con un saber sobre la sexualidad y las tácticas de infidelidad de los varones; en cualquier caso, la vida con ellas aparece como inviable.

Otros foristas, ante estas experiencias de confusión/enamoramiento e intentos de formar parejas, animan a sus colegas a disfrutarlas y "vivirlas a fondo mientras duren". Por ejemplo, en el hilo "Alguien se casó con una escort?", se hizo una pequeña encuesta consultando si se casarían con una escort y entre 125 foristas el 67% votó positivamente. Sin embargo, una gran cantidad de gateros aconsejan tomar distancia, o incluso cortar inmediatamente el vínculo sobre todo si el "colega" está casado y es padre: "Estimado, pensá con la cabeza de arriba, no con la de abajo. La familia es primero y un gato por mas onda, es un peligro. Mucho para perder" (Superxxx, hilo "me enamoré de un gato qué hago" Foro 2). Esta breve intervención expresa dos cuestiones recurrentes que ponen de relieve estructuras de pensamiento ligadas a las concepciones de masculinidad, género y sexualidad. En primer lugar, alude a lo que podríamos llamar el paradigma de "las dos cabezas" donde los varones parecen concebirse como seres bicéfalos atravesados por la tensión entre las decisiones "racionales" de una de las cabezas y las "pasionales" de la otra. Esta concepción constituye una de las formas de personificación de los genitales masculinos, frecuentes entre los varones cis heterosexuales[5] –otra forma, común entre gateros, es llamar "amigo" a su pene: "el amigo de abajo se convierte a veces en nuestro primer enemigo" (Marcelinchi, Hilo "Qué hicieron por una escort?, Foro 1). Así los estados de afectación corporal son enviados a la "otra cabeza" y esta condición de supuestos bicéfalos permite al mismo tiempo generar una narrativa para explicar su conducta y obturar una reflexión más profunda

5 Esta división no solo perpetúa la serie de divisiones dicotómicas que estructuran la corporalidad y sexualidad de la masculinidad hegemónica, sino que además, según Potts, sirve para justificar conductas de riesgo en relación con la salud sexual (Potts, 2001) más adelante retomaremos este punto para pensar los vínculos con la salud.

teseopress.com

que ponga en cuestión las divisiones cuerpo/mente, afecto/razón (volveremos más adelante sobre el paradigma de las "dos cabezas", para analizar su papel en la salud y la performance sexual masculina).

Las divisiones cuerpo/mente y afecto/razón se hallan también en línea con la separación entre madre/puta, donde emergen la familia –como institución fundamental donde los hombres hacen su deber–, y los "gatos" –como expresión al mismo tiempo del deseo sexual masculino y del exceso o peligro–. La necesidad de mantener distinguidas estas dos esferas, e impedir que "la cabeza de abajo tome las decisiones", se expresan en las reacciones más virulentas frente a los dilemas de los enamorados. Así parece imprescindible trazar una clara línea que distinga los tipos de relaciones y, muchas veces, los tipos de mujeres. Tal es el caso del hilo "[MANIFIESTO] UN GATO DEBE SER UN GATO, Y NO UNA NOVIA", surgido como reacción al leer los comentarios de otro forista que llevaba de compras a una escort como lo haría una pareja, allí se expresaba:

> No voy a abrir comentario sobre lo lastimoso de estas observaciones, y lo mal parado que dejan al género masculino. Alguien que confunde a *un gato que sigue haciendo de gato* con una novia, es alguien que está muy pero muy pero muy confundido, por no decir *limado* [loco] […] He aquí nuestro *MANIFIESTO:* Que los gatos sean gatos. Llamar, si es posible, a uno distinto todos los días. No queremos que sean novias. Mucho menos (¡ay!) esposas […] Las reglas del juego están establecidas para ambos lados, y el que no tiene esto en claro es un tarado (y en esto estamos seguros de interpretar a la gran mayoría silenciosa). En este foro, como en cualquier otro lugar en que nos reunimos a hablar de putas, queremos hablar de putas. Cuánto cobran. Cómo son. Qué tal cojen. Queremos oir de hazañas individuales, grupales. Raids sexuales que nos pongan los pelos de punta. Acrobacias olímpicas. No queremos oir pendejadas de enamorados que le llevan chocolates y ramos de flores a sus gatos. Amén (Durán, Foro 1, énfasis en el original).

Este usuario, al postular que expresa la opinión de la "mayoría silenciosa", clama por mantener los límites tradicionales y remite con indignación al registro de las XP, la búsqueda constante de nuevas escorts y la performance sexual. Más allá del tono irónico del "manifiesto", para varios foristas "el que se enamora de una mina [mujer] que garcha [tiene sexo] con 57 tipos, está mal de la cabeza". Otros, que no necesariamente lo ven como una ofensa a la masculinidad o una locura, pueden optar por un estilo más pedagógico, como Fumencio, que incluye en su firma la frase:

> Algunas veces conoces a una chica que te da un servicio convencional y pasas un buen rato. Otras veces conoces a una chica que te da un servicio sobresaliente y vas a querer volver. Pero cuando los planetas se alinean, conoces a una chica que sana una o mas heridas en tu corazon, y te cura la tristeza, te deja una alegria en el alma que se queda con vos *Para siempre.* No es que te enamoraste, es solo que encontraste un servicio *super especial* (énfasis en el original).

La posibilidad de que emerjan afectos que sobrepasan la frontera del "gaterío", pero que no pueden colocarse fácilmente en el registro del amor supone una ecuación compleja para buena parte de estos varones. Implica reconocer una necesidad de ese "algo más que sexo" y al mismo tiempo el desafío de dejarse afectar sin buscar configurar este estado como un enamoramiento. Es por ello que varios foristas buscan explicar esos afectos, codificarlos como determinadas emociones, neutralizarlos o bien prevenir su aparición.

La "guía para no enamorarse" o haz lo que yo digo, pero...

Con indignación, con fastidio o de manera pedagógica, las reacciones hablan de la frecuencia con la que aparecen

estas confusiones. Por ello, en el Foro 2 el administrador propuso organizar una "Guía para no enamorarse de las escorts", uno de los hilos más leídos en todo el foro con más de 10.000 visitas. Entre los comentarios se reiteran un conjunto de pautas para evitar el enamoramiento. Una de ellas es no dialogar con las escorts sobre sus vidas personales y, especialmente, no hablar de problemas en las relaciones de pareja –aunque las mujeres que hacen comercio sexual aseguran que es un tema de conversación frecuente, no aparece jamás en las narraciones de las XP–. Otras dos pautas introducen la dimensión económica: no hacer ningún regalo y mantener la tarifa pautada previamente. Para varios foristas estos puntos son discutibles. Por un lado, hacer regalos o pagar un extra puede ser visto como una forma de garantizar un buen clima en el encuentro; por el otro, muchos consideran que deben cuidar su economía y aprovechar cualquier descuento y, al mismo tiempo, los descuentos suelen ser leídos por los clientes como fruto de su atractivo y/o capacidades sexuales. Por ejemplo, en el hilo "levantarse a una escort" (Foro 1) varios foristas plantean como deseable el entablar vínculos sexo-afectivo con una escort como forma de obtener "sexo gratis". El usuario RNR señala que las escorts con las que entabló esos vínculos le dijeron que "tenía un buen cuerpo" pero aclara "yo a las que pude garchar gratis fue después de muchísimas reincidencias, años de reincidencias".

La mayor tensión aparecerá entonces, justamente, en la principal regla para no enamorarse: evitar la "reincidencia". Rotar entre escorts y no repetir encuentros con una misma acompañante es unánimemente señalado por los foristas como clave para evitar la confusión romántica. Sin embargo, la "reincidencia" no solo es una práctica muy habitual, sino que la propia "tablita" con la que se suele culminar cada XP ya pone en tensión esta recomendación con el último ítem "reincidencia: sí/no". Allí cada forista, como cierre de su narración, declara si repetiría o no el encuentro con la escort de la XP en cuestión. Entonces podemos pensar que,

desde el inicio, la principal estrategia para evitar las confusiones aparece contradicha por la propia modelización que imprime la "tablita" de la XP. En el hilo "Cuando se reincide y uno ya no es el mismo" (Foro 1), queda expresada esta tensión:

> Si la chica nos gusta demasiado o nos enamoramos de ella, solo vamos a querer estar con esa chica, pero si no es así, probablemente querramos seguir probando chicas nuevas, después de todo para eso es el gateo. Me pasó hace años de enamorarme perdidamente de una escort, y no tenía (ni sentía la necesidad o pulsión) por entonces el más mínimo interés en ir a conocer otras chicas, pese a la gran oferta y a las xp's que leía acá; solo quería estar con ella porque me volvía loco […] En conclusión, en mi opinión solo cuando se da una magia especial, una conexión inexplicable (la "química", afinidad, etc.) es que volvemos. De lo contrario, nuestros instintos nos llevan a seguir en esa búsqueda de alguien especial que nos llene algún vacío, alguna carencia, o vaya a saberse qué (Ronaldo).

En este mismo comentario el objetivo del "gateo" planteado como "probar chicas nuevas" aparece superpuesto con "la búsqueda de alguien especial", pues encontrar a quien "llene el vacío" supone la exclusividad del deseo sexual; el sexo promiscuo planteado como un consumo recreativo se tensa con el registro más romántico y monogámico. No son pocos los que se sienten frente a un frustrante dilema: "de mis xp con escort la mitad son servicios mediocres de malos modos, mal actuados, faltos de vocación y las otras que son buenas me termino enamorando, me voy a tener que buscar otro hobby" (Guidogustavo1987, Hilo "Describiendo la situación actual (desde mi experiencia)", Foro 1).

La propia guía genera el debate y en contraste con los que reaccionan frente a la "locura" de enamorarse de una escort, otros señalan que "todos nos podemos confundir, el inconsciente nos gobierna, es inevitable". Algunos

concluyen que el drástico remedio sería abandonar el sexo pago: "Yo creo que para evitar enamorarse tendríamos que hacer algo imposible que es NO GATEAR". La experiencia de atravesar por confusiones/enamoramientos en los encuentros de comercio sexual aparece como una fatalidad que tarde o temprano arriba. Un usuario, con larga trayectoria y muy participativo en el foro, responde a las dudas de un enamorado y advierte que este destino se reitera:

> Te va a volver a pasar lo mismo: el problema no es ninguna mina [mujer] en particular —como lo ves ahora— sino todas las minas. Son un fierro caliente, que te queman y a la vez no podés soltar… el problema es ese: no podés soltar. Con el paso del tiempo, esa huella conduce a la depresión (ansiolíticos, recetas truchas), que termina en una pérdida del sentido de realidad… ¿Sabés qué es lo más gracioso del caso? Es que las minas tienen este mismo problema que los tipos, pero en un 5%; las minas dejan atrás el pasado más fácil, y pueden asimilar de modo equilibrado las pérdidas (articulando emoción, sentimiento, subjetividad: logran no desbarrancar). Es un signo de nuestro tiempo (Escarabajo, Hilo "qué hacer cuando una nenu te gusta demasiado", Foro 2).

Este comentario expresa la vivencia de varios foristas que atravesaron la experiencia y comprenden el problema, pero no hallan una solución. Se hace evidente que el estado de enamoramiento y la subsiguiente frustración, no solo no es un evento accidental, sino que se reitera y aparece como ingobernable. Aquí asoma otra posición, no es aquella del distanciamiento que demanda "objetividad" en las XP, ni tampoco la confusión y pedido de ayuda. Parecen abrirse posibilidades de una reflexión sobre la necesidad de "articular emociones" y la contradicción que atraviesa la posición de muchos gateros que buscan construir vínculos sexo-afectivos sin vulnerabilidad, tanto como el camino de retomar discursos que mistifican los poderes sexuales de las mujeres (capaces de "engatuzar") aparentemente amplificados en el contexto actual.

Si como vimos en el capítulo 1, las XP muestran una narrativa modelizada y con pretensiones de objetividad y de evitar los engaños, en los relatos de confusiones/enamoramientos emerge lo que se deja por fuera de la XP, lo que constituye para muchos una falla, un exceso o una falta de gobierno de la razón. Aquí el pseudónimo y el espacio menos reglado de los "debates generales" se prestan a otros relatos, se exhiben desconciertos y vulnerabilidades. Además, quienes narran aparecen en una posición de constante riesgo por perder (o nunca lograr) la exclusividad sexual de sus amadas y/o de hacer malas inversiones que podrían dañarlos tanto económica como afectivamente. Si bien estas expresiones pueden ser leídas como una forma de victimización masculina, aquí –a diferencia de cuando aparece como reacción al feminismo abolicionista, tal como vimos en el capítulo 4– no necesariamente articulan un discurso de reivindicación masculinista (ver Flood, 2021).

Previamente a codificar la experiencia como "enamoramiento", emerge un estado de confusión. No hay aquí un cortejo previo, ritual que según Luhmann (1985) tendría la función de diferenciar el amor verdadero del falso. La afectación parece hacer borrosos los marcos culturales del amor romántico y aquellos ligados a la prostitución que permitirían distinguir un enamoramiento del mero estar "encajetado" u obsesionado, los signos corporales de excitación que podrían ser codificados como señales del amor verdadero o una mera lujuria. Si pensamos estos procesos en términos de afectos podemos dar un margen más amplio a la ambigüedad que los caracteriza –y también interpretar cómo intervendrían en esos estados otras materialidades (la del dinero y la de las reacciones físicas ligadas al placer sexual). Las dificultades para expresar y comprender, así como lo inesperado de lo que sienten, remiten aquí al terreno de los afectos, desde el que se podrían desestabilizar estructuras masculinas. Es justamente por ello que en

el espacio homosocial del foro, los "colegas" muchas veces recodifican estas narrativas en términos más normativos.

En los vínculos que logran escapar a esa recodificación a veces se alude a una difusa amistad, por ello muchas mujeres que hacen comercio sexual hablan de "clientes-amigos" (ver Morcillo, 2017). Aquí los foristas pueden preocuparse por el bienestar de las escorts que frecuentan muchas veces dándoles dinero u otros bienes en forma de "ayudas". Esta forma de intercambios afectivos y sexo-económicos –a diferencia de los idearios sobre el amor romántico donde se pretende escapar de las tensiones de la estructura social (Lindholm, 1998)–, se inscribe en una tradición presente en buena parte de Latinoamérica que implica relaciones jerárquicas y con cierto grado de arbitrariedad (Piscitelli, 2011). Desde la mirada de los varones que pagan por sexo, esta distancia jerárquica pone en línea las ayudas que brindan a las escorts con el rol masculino del proveedor-protector cuando se hallan involucrados los vínculos familiares de las escorts, especialmente sus hijas/os. Aquí podríamos releer la "incapacidad para amar" que plantea hooks (2004), más que como una imposibilidad total de brindar afecto, como una dificultad para entablar relaciones de cuidado horizontales.

Ahora bien, cuando los estados afectivos pasan a ser codificados como enamoramiento y aparece en el horizonte un vínculo de pareja, desaparece la posibilidad de las amistades y las "ayudas". Allí se configura una ruptura de lo que Hochschild llama las "reglas del sentimiento" (pautas morales socialmente compartidas que indican cuáles emociones son apropiadas en qué contextos). Si bien reconocerse en la vulnerabilidad que implica el enamoramiento puede ser complejo para la masculinidad privilegiada, aquí el problema para muchos es frente a quién se hallan en esta posición. En los comentarios de los "colegas" emerge la imagen estigmatizada de la "puta", como contracara de la mujer normal, o la "civil" (como denominan en la jerga gatera a aquellas mujeres que no hacen comercio

sexual). Entonces, frente a los excesos y las desestabilizaciones que representan estos enamoramientos se reclama restaurar las divisiones, no mezclar putas y madres/esposas, gaterío y familia, y, especialmente, no confundir "las cabezas": mantener la sexualidad separada del afecto, mantener la racionalidad frente al desborde emocional. Aquí, entre el comercio sexual y el matrimonio como dos aparatos de "captura del deseo" (Perlongher, 1993), el rol masculino de proveedor familiar puede entrar en tensión con el mandato masculino de enfrentar el riesgo, seguir el deseo sexual y la fantasía encarnada en una escort. Es por esta tensión que también algunos reaccionan aconsejando a los enamorados "disfrutar el momento", y otros, incluso, plantean que es inevitable.

Podríamos pensar entonces estas diferencias entre los relatos modelizados en las XP y aquellos, más abiertos a la dispersión, de confusión/enamoramiento en términos de diferencias individuales. Por este camino podríamos construir otra tipología (por ejemplo: el "gatero clásico" que respeta todos los límites –tiempo, tarifa– y las pautas del encuentro; el gatero "amigo" que puede hacer algunos regalos, entablar vínculos más duraderos, pero siempre paga la tarifa, y los "enamorados" que transgreden las fronteras y suelen perder el control tanto económico como emocional). Si bien estos tipos ideales pueden ser válidos y útiles, aquí interesa trazar conexiones para ensayar una mirada más global sobre las relaciones entre el mercado sexual y las masculinidades. En este sentido resulta más útil pensar estos tipos como un continuo, donde las experiencias se deslizan, especialmente a partir de las "reincidencias".

La reincidencia, en un plano más general, puede ser vista como un efecto de la persistente interpelación del mercado sexual sobre el deseo masculino y los temores que supone un encuentro sexual con desconocidas. En la mirada de los gateros conviven tanto un deseo sexual –que muchas veces es vivido como compulsivo– como una desconfianza sobre quién va a brindar ese sexo y/o quienes median entre

ellos y las escorts. El foro supone un intento de buscar subsanar esas dudas, pero acechado por la desconfianza que generan las identidades protegidas y los intereses económicos del propio mercado. Entonces el propio foro como espacio discursivo homosocial moldea la experiencia como XP, construye un relato pretendidamente objetivo sobre una escort, dejando de lado el carácter relacional de los encuentros sexuales. La XP se torna una unidad consumible y repetible, la experiencia como producto y la posibilidad de revivirla queda explícita en la idea de la "reincidencia". Y allí, paradójicamente, se abren las puertas a las afectaciones y el enrarecimiento respecto de aquella forma modelizada del consumo. Justamente en el punto final del relato modelizado, la reincidencia marca la apertura que conecta con todo aquello que no se narra en las XP, los sucesivos encuentros, los regalos, las conversaciones íntimas, todos elementos que podrían ser capturados en una narrativa romántica. Las reincidencias sucesivas no suelen ser narradas en el foro o, en todo caso, aparecen en ese otro registro, el de la confusión y la "consulta a los colegas".

Así es posible comprender por qué el principal consejo de los gateros para evitar el enamoramiento es tan difícil de seguir para muchos. La búsqueda de repetir una experiencia es la garantía de que la experiencia ha sido placentera, la estrategia publicitaria fundamental al momento de promocionar una experiencia es mostrar a quienes la atravesaron diciendo que la repetirían. Entonces la confusión/enamoramiento no aparece como un caso excepcional ni particular, sino como un riesgo recurrente que se retroalimenta, a su vez, tanto del trabajo emocional llevado a cabo por las escorts para sostener una ilusión de intimidad como del estado de afectación en que entran los gateros.

Aquí podemos pensar en una diferencia con aquellos estudios que señalan el control emocional como forma de construir una "autenticidad limitada". El fracaso recurrente de la "Guía para no enamorarse", pone de relieve las frecuentes historias de confusiones/enamoramientos, y

el conjunto de trasgresiones a las fronteras del comercio sexual que son aceptadas como ineludibles (o incluso a veces festejadas, como el obtener descuentos o sexo gratis). Esto nos lleva a pensar en la necesidad de situar las perspectivas sobre los vínculos entre masculinidades y (des)control afectivo-emocional y recordar el carácter local de las diferentes formas de masculinidades para evitar construir un concepto estereotipado o reificado de masculinidad. Aquí solo podemos plantear la necesidad de más investigación sobre la especificidad local del carácter afectivo-emocional y sus ligazones con las masculinidades entre los varones que pagan por sexo en Latinoamérica. Finalmente, esta propuesta de pensar más allá de las diferencias individuales y los tipos de clientes apunta a comprender las intersecciones entre la lógica del mercado sexual y los afectos y emociones de los varones que pagan por sexo. Los deslizamientos que salen del margen de las XP se ligan a la necesidad de ver el sexo como algo "real" y no como una performance. En este punto aparecen dos extremos: sentirse estafados porque la performance revela su carácter de performático o creer la performance y entrar en el espiral afectivo-emocional de la reincidencia. Esta confusión o el enamoramiento pueden ser vistos como el éxito de una representación realista de la ilusión de intimidad que se compra y, a la vez, como el fracaso del intento por entablar una relación sexual que no implique ningún tipo de vulnerabilidad.

Conocer estos procesos entonces, nos permite comenzar a pensar más ampliamente las relaciones sexo-afectivas heterosexuales y poner de relieve las necesidades afectivas y emocionales de estos hombres mostrando, una vez más, la fragilidad de sus masculinidades[6]. Aun así, es clave recordar

---

6 Es en este sentido que se afirma que el trabajo sexual podría colaborar a desmontar mitos de la masculinidad: "La prostitución revela una faceta de la dominación masculina y otro tabú: la vulnerabilidad masculina o la dificultad de los hombres para llevar una masculinidad que se ha vuelto frágil, fracasada (eréctil en la cama, competitiva en el espacio profesional, encarnando la autoridad paterna en la familia). Él necesita apoyos [...] En este sentido, el

que el hecho de que buena parte de los varones que pagan por sexo demanden trabajo emocional para nada implica que las relaciones entabladas sean menos asimétricas, pero –a diferencia de las lecturas que parten de los estereotipos de "puteros violentos"– sí nos permite conocer las especificidades de las dinámicas de poder que emergen en los vínculos de comercio sexual, si queremos luego elaborar tácticas más certeras a fin de desmontarlas.

Pero los vínculos entre emociones y relaciones de género en el mercado sexual no se limitan a las relaciones entre los gateros y las prostitutas. Veremos en el próximo capítulo una de las figuras que, para los gateros, puede destruir la ilusión de intimidad y concentra los sentidos del poder y la violencia potencialmente presentes en el mercado sexual, la figura del fiolo.

trabajo sexual, como componente esencial del capitalismo emocional, al revelar sus habilidades de cuidado, participa en la deconstrucción del mito de la virilidad." (Laugier, Molinier, Bisson, & Querrien, 2012: 36).

teseopress.com

8

"Una banda de hijos de puta": los proxenetas en los relatos de los varones que pagan por sexo[1]

La figura del proxeneta genera un fuerte rechazo social y, a la vez, una abundante producción cultural que nutre su representación frecuentemente como un varón despiadado y violento. Aunque nombrado popularmente de varias formas –fiolo, 840[2], cafiolo, cafisho, rufián, por citar algunas de las que más circulan en Argentina–, existe una gran dificultad para brindar una definición clara de este término que permita dimensionar su presencia y rol en el comercio sexual o realizar estudios comparativos. De hecho, en la literatura sobre las denominadas "terceras partes" en el mercado sexual se señala sistemáticamente la escasez de investigaciones empíricas sobre este asunto y las dificultades a la hora de plantear una definición precisa de proxeneta (Staiger, 2017; Horning y Marcus 2017, entre otros). Desde el activismo, también son muy pocas las organizaciones de trabajadoras sexuales que han abordado este espinoso asunto[3].

---

1 Este capítulo ha sido reelaborado a partir de Morcillo, Martynowskyj y de Stéfano Barbero (2020b).

2 Según relatan tanto clientes como escorts, la denominación 840 -común en el ambiente del comercio sexual– proviene de una jerga policial; era el número del edicto policial que penaba el proxenetismo.

3 La organización de trabajadoras sexuales "Stella" en Canadá, en su guía "Dear John" orientada a los clientes (ver capítulo 3), señala que las trabajadoras sexuales optan por distintas formas de ejercer su trabajo (independientes, entre colegas o con propietarios de agencias) y agrega: "La imagen este-

En este contexto priman definiciones jurídicas[4] (muchas veces vagas) o representaciones culturales espectaculares y demoníacas del proxeneta. El estereotipo reproducido en el cine, la literatura, la música y algunas campañas gubernamentales pareciera encarnar

> un demonio [*folk devil*] construido a partir de miedos misóginos y racistas: son imaginados como hombres que viven de mujeres (invirtiendo el orden de género apropiado) y como hombres negros que controlan la sexualidad de mujeres caídas, usualmente blancas (invirtiendo el orden social) (O´Connell Davidson, 1998: 43).

Si bien algunas pocas investigaciones dan cuenta de formas de manejo del comercio sexual que se acercan a estos estereotipos (Montiel Torres, 2009; Smith y Christou, 2009), otros trabajos muestran realidades distintas donde, por ejemplo, suelen ser mujeres quienes operan como "terceras partes" sobre todo aquellas que se dedicaron al comercio sexual y encuentran así una forma de "jubilarse"[5]. El

---

reotipada del *pimp* es la de un hombre que controla el trabajo y el dinero de una mujer que ejerce el trabajo del sexo [...]. La imagen estereotipada del *pimp* no corresponde, pues, a la realidad de nuestro trabajo". Disponible en: https://bit.ly/3cmmsQ4.

4 Salvo en los algunos países donde la prostitución está regulada, el proxenetismo es generalmente considerado un delito. En Argentina está tipificado en el Código penal como proxenetismo "promover, facilitar y explotar económicamente la prostitución de una persona, más allá del consentimiento de esta", acciones que constituyen lo que primero se llamó "delitos contra la honestidad" para luego denominarse "delitos contra la integridad sexual" (Artículos 125 bis y 127).

5 En Argentina, Cecilia Varela (2013) ha observado que, más que organizaciones criminales de largo alcance, funcionan redes de ilegalidad de bajo alcance territorial, estructuradas por el parentesco y la división sexual de tareas. En los discursos sobre el mercado sexual local "la figura estereotipada (y masculinizada) del proxeneta no permite dar cuenta de la variedad de roles y posiciones que permiten la reproducción cotidiana de las personas que ofertan sexo comercial" (Varela, 2016: 17). Otrxs investigadorxs (Blanchette y da Silva, 2017), en otros contextos, también han señalado la preeminencia de esta modalidad llamada "proxenetismo de emprendedora" (O'Connell Davidson, 1998) donde las propias mujeres que hacen o hicieron comercio sexual son quienes comienzan a fungir como intermediarias o gestoras.

estereotipo resuena en las perspectivas abolicionistas radicales que sostienen que "el proxenetismo y la prostitución se encuentran entre las prácticas más despiadadas de poder masculino y dominio sexual" (Barry, 1995). Si la sexualidad habla el lenguaje de la dominación masculina y la prostitución es igual a "violaciones seriales" (MacKinnon, 1987), entonces los hombres que se relacionan con las mujeres en comercio sexual –cualquiera sea la posición que ocupen– sólo pueden ser "explotadores". Esta interpretación también puede leerse en el contexto latinoamericano, donde Galindo y Sánchez sostienen que:

> Cuando hablo de cadena de explotadores estoy hablando de una complicidad que los coloca en el mismo lugar de responsabilidad de asociación y de importancia. Son socios. Un fiolo no atenta contra el poder del prostituyente o del policía, ninguno atenta contra otro. Tampoco se colocan en una jerarquía unos respecto de los otros (Galindo y Sánchez, 2007: 132).

Otras veces esta supuesta sociedad entre clientes y proxenetas se basa en las lecturas de las posiciones estructurales de los varones "como clase", por ejemplo, tomando la propuesta de Pateman en relación a la fratría masculina y el contrato sexual (ver González, 2010). Estas lecturas abolicionistas carecen de los matices necesarios para comprender las tensiones y complejidades presentes en las relaciones de género, en el mercado sexual y en las experiencias de los varones que pagan por sexo. Como veremos, la idea de que no existe una jerarquía entre los varones y que son cómplices y socios en el mercado sexual contrasta sensiblemente con las representaciones de los fiolos como figuras hipermasculinizadas, violentas y amenazantes que aparecen en los relatos de los clientes.

Como adelantamos en el capítulo 6, la figura del fiolo fue un emergente en el análisis de las emociones de los varones que pagan por sexo. Aquí abordaremos cómo aparece la representación del proxeneta en los relatos de los

varones que pagan por sexo, poniendo de relieve un conjunto de tensiones para su propia masculinidad y sexualidad. Retomamos algunos elementos de la teoría de las representaciones sociales, entendidas como la "elaboración de un objeto social por parte de una comunidad" (Wagner y Elejabarrieta, 1994). Una representación, al simplificar y reducir el objeto a una figura o imagen, opera como sistema de lectura de la realidad. De esta forma, tanto las representaciones como los estereotipos –entendidos como representaciones cristalizadas– permiten lidiar con aspectos complejos –e incluso desconocidos– de la realidad social, a la vez que estructuran valores y significados, tanto sobre el objeto representado como para los grupos que sostienen su representación. Esta perspectiva permite poner el foco no tanto en las características del objeto representado sino en la relación que los grupos sociales entablan con él. Aquí la representación del fiolo –personificación simplificadora de la diversidad de entramados relacionales en el mercado sexual– nos permite entender la compleja relación entre masculinidades, poder y sexualidad en los clientes. En este escenario, la figura del proxeneta, que muchas veces no emerge de una experiencia concreta, sino que es imaginada, aparece como un estereotipo que representa una hipermasculinidad amenazante, de la que parece necesario alejarse y diferenciarse, o incluso confrontarla. La representación del fiolo funciona como un espejo oscuro donde los clientes miran su masculinidad y su sexualidad en el marco de las relaciones de género jerárquicas entre varones, y aparece en las narrativas de los clientes ligada a la emoción del temor hacia la violencia. Se presenta como un "otro" que, además de generizado, está marcado por la raza y la clase. Esta otredad resulta amenazante para los clientes, no sólo en términos físicos, sino también para su masculinidad, expresada en su relación con el dinero, con la moralidad, con la sexualidad y las emociones. Es por ello que el estereotipo del fiolo es utilizado por los gateros como una categoría de acusación que siembra sospechas sobre las fronteras entre

el "nosotros" (clientes) y los otros (fiolos), al tiempo que invisibiliza otras "terceras partes" que se alejan de esos estereotipos masculinos.

Riesgo y temor

> Nosotros éramos pendejos y éramos re barderos. Y siempre aparecía la figura del fiolo como diciendo: "Che, no manden fruta porque acá estamos nosotros" (León, 30 años).

En las narrativas de los clientes, el fiolo aparece recurrentemente como una de las principales figuras que pone límites dentro del mercado sexual. Lejos de ser un "socio" o un "cómplice" miembro de la fratría masculina, el fiolo suele considerarse como un riesgo para los clientes y aparece muchas veces vinculado a las "malas experiencias" que pueden tenerse en el mercado del sexo: "Le llamo malas experiencias a que se te queden con la plata o que aparezca un tipo y te pegue. Son cosas que pasan también" (Esteban, 67 años). Robert Smith y Maria Christou (2009) señalan que, así como las prostitutas tienen que exudar un "halo de sexualidad", los fiolos tienen que exudar un "halo de violencia latente". En la mayoría de los casos no suelen relatarse encuentros directos con los fiolos; sin embargo, el "halo de violencia" de su representación aparece igualmente, generando una emoción que, como ya vimos, es más frecuente de lo pensado: el temor.

> Por lo que he leído, por suerte no tuve esos quilombos, pero ha habido gente que ha tenido experiencias muy malas, de trato, de tener un tipo en el baño, ¿viste? Escuchás una tos y tenés un tipo que está en el baño. Ahí te das cuenta de los peligros a los que uno se somete. No solamente ellas, pobres, sino también uno. (Lucio, 30 años).

> [Más que la policía] da más cagazo el fiolo que puede estar escondido en alguna parte del departamento, que te arme

> algún quilombo. Y se preguntarán… ¿miedo a qué?, si pactás por un servicio y lo pagás. Sí… pero siempre está el negrito avivado detrás de todo eso, que a lo mejor vos pagaste y ponele que después te quedaste no sé, 5 minutos más y la mina te diga: "¡ah, pero ya pasó más tiempo, me tenés que pagar más!" Esto lo estoy diciendo como algo que se me ocurre, nunca me pasó y ojalá nunca pase, pero… ¡acá nunca se sabe! (Pegasus, Hilo "Ley de De la Sota – leyes sobre prostitución", Foro 1).

Independientemente de que las experiencias sean narradas como concretas o potenciales, los fiolos parecen condicionar las formas de consumo de los clientes. Esteban antes buscaba sexo comercial en la calle, pero ahora tiene los teléfonos de las "conocidas" y preferiblemente las lleva a su casa, por una cuestión de costos, o va a sus departamentos, pero aclara: "no confío yo, por si aparece un tipo. Hay mucha cosa viste… pegada. La mayoría de los departamentos, siempre están prendidos los policías, todo".

Según Sanders (2008), en Inglaterra, los clientes asocian la prostitución callejera con los fiolos (*pimps*) y la explotación, lo que es visto como riesgoso e "inmoral". En el contexto argentino, esta caracterización suele aparecer más frecuentemente ligada a los "privados" y no tanto a la prostitución callejera. La idea de evitar riesgos aparece en los relatos de algunos entrevistados que representaban a los fiolos como figuras ligadas a otros negocios ilegales como el robo, la venta de drogas o simplemente relacionados con una ilegalidad indeterminada: "no sabés en qué andan metidos", señalaba Carlos (51 años). El fiolo también aparece como peligroso porque es imaginado como alguien capaz de ejercer violencia repentinamente: "en un ratito se te da vuelta toda la diversión" en palabras de Sergio (38 años). Como nos relató Daniel, la mera presencia de los fiolos y su imprevisibilidad bastaron para generarle temor:

> Una vuelta fuimos a comer un asado a una finca con unos jefes, en Córdoba. Había un cordobés muy putañero, el desgraciado. Y estando ahí, comiendo, tomando, pidieron un

> servicio, que trajeran unas mujeres. Llamaron por teléfono. Llevaron tres esa vuelta, [nosotros] éramos cuatro o cinco. Los vagos que las trajeron se quedaron afuera. Las trajeron en un auto hecho bosta. Se bajaron las minas, todas bucaneras, bien yira las vagas. Los vagos que las trajeron nunca se fueron, se quedaron en la puerta, que estaba un poco lejos. El temor, ¿viste? Mirá si a estos boludos se les sale la chaveta y se arma una cagada ahí adentro. Esas cosas las tuve siempre… cuidándome un poco. (Daniel, 64 años).

La representación del fiolo como alguien de aspecto extravagante y amenazador, fogoneada por los medios de comunicación y la cultura popular, también aparece en varios relatos en los foros. Un forista relató la sensación de intimidación cuando vio a una prostituta subirse "al auto de su nuevo fiolo. Este personaje tenía cara de mafioso, anteojos negros y auto sin patente" (tempomare, Hilo "Escorts Mañeras", Foro 2). Otro usuario escribió en el foro para advertir a sus "compañeros gateros":

> Los fiolos parecen mafiosos siguiéndote por todos lados. Como en el edificio de Mitre, comprobando tu cara por tu número de whatsapp para ver si te vuelven a aceptar la llamada para subir o no [al departamento]. Mucho cuidado compañeros gateros (Diego KKiu, Hilo "Hablando entre nosotros", Foro 2).

En un hilo donde varios de los usuarios criticaban a una escort, acusándola de robar a un cliente en colaboración con su fiolo, se planteaba:

> Ya el solo hecho de ir a coger y saber que hay un negro con un chumbo espiando atrás de la cortina esperando para que le pagues, lo dice todo. No sé qué usuario del foro va a querer ir a visitarla, por manejarse así ya se quemó para toda la vida, hubiera sido más viva y tener algo de respeto por el cliente que le da de comer a ella y al negro ñoqui. (lirios8000, hilo "Pasandola de lujo con Yesi! linda pendeja", Foro 2).

Este relato condensa varias de las dimensiones que atraviesan las relaciones entre los clientes, las prostitutas y los fiolos. Además del temor que despierta el fiolo, la mención de la complicidad entre este y la prostituta, muestra que las relaciones de poder y de género entre los actores del mercado sexual son múltiples[6]. En este caso, la complicidad entre dos para subordinar a una tercera parte no es entre fiolo y cliente, sino entre prostituta y fiolo, donde este último es el que ejercería o amenazaría con ejercer la violencia física.

Por otra parte, este usuario alude explícitamente a la condición de "negro ñoqui" del fiolo. En Argentina, "negro" no implica únicamente una forma de racialización, sino también de distinción de clase: a la que aludía explícitamente otro usuario al señalar el auto "hecho bosta" en el que los fiolos llegaron a una fiesta, a la que se refiere este usuario al caracterizar al fiolo como un "ñoqui"[7], o Pegasus, cuando mencionaba al "negrito avivado" en un sentido similar. Ambas variables, clase y raza, pueden ser contextualmente utilizadas como forma de subordinación entre las masculinidades, y también como formas de hipermasculinidad amenazante. Si bien desde una perspectiva interseccional podemos ver que la construcción de la imagen de los fiolos varía en diversos contextos, la racialización y el posicionamiento en clases subalternas suelen contribuir a que el fiolo se presente más como un "otro" para la masculinidad de los varones que pagan por sexo, que como un cómplice de la fratria masculina. En el próximo apartado, introduciendo la dimensión del dinero y la moralidad, veremos cómo se configura la intersección entre clase y sexualidad en el juego de posiciones intra-género entre fiolos y clientes.

---

6 Mathieu (2001), por ejemplo, ha planteado las formas de complicidad surgidas entre proxenetas y prostitutas, cuando organizaron la famosa ocupación de la iglesia de St. Nizier, el 2 de junio de 1975 en protesta por el hostigamiento policial.

7 En Argentina, se llama "ñoqui" a una persona que cobra sin trabajar, ya sea porque no asiste a su empleo, o porque asiste, pero sólo simula trabajar.

teseopress.com

Dinero, moralidad y masculinidad

> Mi forma de construir es destruir a los fiolos (pero no a las minas, con las que suelo ser hasta generoso). Si todos destruyéramos a los fiolos, las escorts serían independientes, los precios serían distintos y la sensación de estafa que te queda después de visitar un privado no existiría (Calentongo, Hilo "Mejor dato", Foro 2).

> Algo cierto también es que estos culiados aumentan el precio de los servicios, debido a que hay más gente para repartir lo producido de las chicas, pero siempre me pregunté por qué ciertas minas que son inteligentes y están muy buenas, que podrían laburar solas, están a merced de estos tipos y bajo su ala (Masturbín, Hilo "Me siento mal, odio a los 840", Foro 1).

> Una cosa es contratar trolas y otra es darle de comer a los hijos de puta. A estos hijos de puta tendrían que darle el mismo trato que a los violetas [violadores]… (Gonzalote, Hilo "Cuidado", Foro 2).

Hemos visto que algunas de las amenazas que los fiolos representan para los clientes están relacionadas a las posibilidades de sufrir agresiones y/o robos. Otras también involucran la dimensión económica, como en los ejemplos citados arriba que muestran la preocupación de los "gateros" por los fiolos como agentes que "encarecen" el servicio. Sin embargo, el profundo descontento que expresan estos usuarios revela que esta preocupación no se limita a la dimensión monetaria. Como sostiene Zelizer, el dinero no es neutral, impersonal ni fungible, sino que "circula como una moneda cargada de sentido, profundamente subjetiva y no fungible, fuertemente regulada por convenciones sociales" (Zelizer, 2008: 5).

Uno de los significados que asume el dinero tiene que ver con las normas de género que estructuran sus formas de circulación. Aquí nos importan especialmente las relaciones que se tejen entre dinero y masculinidad. Smith y Christou

(2009) señalan que el rol de los fiolos iría en contra de la idea de "ser hombre", porque sacar réditos económicos del trabajo de las mujeres o "vivir de ellas" sería vergonzoso para un hombre y cuestionaría la posición privilegiada de la masculinidad[8]. Ser un fiolo, entonces, trastocaría el orden de género "apropiado" que ubica a los varones como proveedores, o sería incluso una inversión del orden de género (O´Connell Davidson, 1998).

A su vez, si pagar por un servicio sexual es considerado un uso legítimo de dinero por estos varones, cuando el dinero se "desvía" a un fiolo se altera el patrón de intercambios sexo-económicos (dinero por sexo). Aparece entonces la preocupación porque dicha alteración (dinero por explotación) introduzca (otras) formas de subordinación intra e inter-género. En el primer caso emerge la inquietante posibilidad de quedar subordinado a otro varón.

> Yo no siento nada por las prostitutas, ni amor ni odio, sólo las quiero para culiar un rato, pero los 840 si me caen bastante mal. Y decir eso de "es lo que hay, no hay nada que hacerle" en lugar de idear un modo de meterle la pija a ellos es como dejarlos ganar a esos tipos, que son los tipos que están entre las escorts y yo. Si el fiolo no existiera, me bancaría estoicamente toda la mierda de la prostitución local, pero desde el momento en que la guita que le doy a una mina es fraccionada para alimentar a uno de estos vividores, entonces me siento obligado a dar la pelea (Calentongo, Hilo "Cooperativa Gatera", Foro 2).

Varios usuarios coinciden con este relato de que hay que "dar pelea" frente a las relaciones de subordinación que imponen los fiolos a nivel intra-género. La jerarquización entre masculinidades no supone que exista una masculinidad hegemónica (podríamos pensar, en este caso, la de los

---

8 De acuerdo con Paoli (cit. Smith y Christou, 2009), este es el motivo por el que *La Cosa Nostra* italiana no se dedicó inicialmente al proxenetismo, por considerarla una actividad poco honorable.

fiolos), y una masculinidad subordinada (la de los clientes). Como ya hemos apuntado, las masculinidades son posiciones en las relaciones de género, no se trata de identidades, esencias, o rasgos de la personalidad. Es por ello que las masculinidades de los fiolos y de los clientes pueden situarse simultáneamente en diferentes posiciones en cada una de las formas de relación en las que se ven involucrados. Incluso las formas de resistencia a la subordinación intra-género pueden reproducir las formas de hegemonía y jerarquización del género. Cuando el usuario Calentongo se siente amenazado por los fiolos y señala que hay que "idear un modo de meterles la pija", se sitúa en una posición de subordinación intra-género, pero reproduce la masculinidad hegemónica al considerar una jerarquización entre masculinidades (fiolo-cliente). Al sugerir la penetración como forma de resistencia a los fiolos, reproduce la jerarquización entre masculinidades a través de la homofobia. Además, la penetración del otro como forma de subordinación –a la que alude también otro usuario cuando señala que habría que darles el mismo tratamiento que a los violadores en las cárceles, es decir, violarlos–, no sólo implica una jerarquización intra-género –subordinar a la masculinidad de los fiolos– sino también una jerarquía intergénero, ya que se considera lo pasivo como femenino y lo activo como masculino. De esta manera, una forma de confrontación implica dos formas simultáneas de reproducción de la masculinidad hegemónica.

Las tensiones en la posición de algunos clientes frente a los fiolos emergen por ejemplo, cuando alguno propone como solución denunciarlos anónimamente llamando "a alguna ONG de mujeres feminazis" (Usuario Pitufito). La multiplicidad y simultaneidad de posiciones también puede observarse cuando otro cliente señala en un foro:

> En esto, nosotros, los que consumimos este tipo de sexo, debemos denunciar estos casos. Es la manera de ayudar a

> desarmar a estas bandas de hijos de puta. La libertad de usar el cuerpo propio como uno quiera es lo que debe imperar y no que se haga a la fuerza. Vamos a ver como les va cuando estén en [la cárcel de] Devoto con los muchachos ansiosos de carne fresca. Abrazo (Pepilonga, Hilo "Cuidado", Foro 2).

En este relato, el cliente valora la independencia y la libertad de usar el propio cuerpo de las prostitutas y rechaza la subordinación que les impondrían los fiolos. Sin embargo, su propuesta es denunciar y encarcelar, suponiendo que el destino de los fiolos en las cárceles es, nuevamente, el de ser violados por otros internos, lo que reproduce una jerarquización entre masculinidades.

Por otra parte, las relaciones de subordinación en el mercado sexual tienen también un componente intergénero que inquieta a varios de estos varones. La preocupación por el aumento de costos cuando "hay más personas para repartir" a la que aludimos más arriba vehiculiza también, en ocasiones, una preocupación por la explotación en el mercado sexual. La objeción moral frente a los fiolos, sirve para diferenciar "su comportamiento como aceptable en comparación con el de otros hombres que explotan a mujeres" (Sanders, 2008: 51). El rechazo al fiolo incluye la idea de que "lucran con ellas", posición que permite reconfigurar la masculinidad de los clientes restableciendo su respetabilidad. Un usuario del foro, advirtiendo sobre los privados, donde suponen que hay mayor explotación, señalaba:

> Es de alguna forma protegerlas de vivos que lucran a costa de ellas. […] ya que somos gateros empecemos por cuidarlas. (AguantelZar, Hilo "Cuidado con estos lugares!", Foro 1).

Y en otro hilo similar agregaba:

> Igual no te hagas problema que si denunciamos varios a ese lugar o a otros donde haya fiolos maltratando a las chicas, por mi parte denunciaré. En algún momento algo pasará. Y

> a todas las minas que nos leen, dejen de ser carne de cañón de estos giles que les hacen creer que están protegidas. Es mentira, al contrario, ellos son los peores, peores que cualquier loquito que se les pueda cruzar como cliente, que a esos se les puede evitar más fácil que un fiolo. Conozco cómo se manejan los fiolos y no hay ni uno bueno. Para ellos las minas no son nada solo la entrada de plata que les dan fácil (AguantelZar, Hilo "Duda con dpto.", Foro 1).

La figura del "varón protector" aparece contrapuesta a aquella de los fiolos, para quienes las prostitutas "no son nada, sólo la entrada de plata". Lucio, quien en general ha consumido en contextos grupales, decía lo siguiente:

> Yo creo que el 95 % de los clientes no quiere ni saber qué pasa atrás, porque el que sabe y tiene buen corazón, no quiere saber más nada. Y al otro no le importa, porque no le importa. "No che, a esta la tienen acá y después viene el flaco y la caga a palos", impresentable. Si yo se eso, y sé quién es el flaco, es para romperlo todo, es un hijo de puta (Lucio, 30 años).

Esto desafía el supuesto de que el consumo de prostitución es aproblemático para los varones, pues, como se ha señalado en otros estudios, muchos "expresan repulsión ante la idea de comprar sexo a mujeres vulnerables o coaccionadas" (Sanders, 2008: 55). En las expresiones de los clientes conviven la indignación moral frente a la explotación de las mujeres con la revalorización de su posición masculina como protectores/salvadores que buscarían ajusticiar (violentamente) a los fiolos explotadores. Estas expresiones de rechazo constituyen, además, un "nosotros" de "cofrades gateros". En un hilo significativamente titulado "Me siento mal, odio a los 840", un usuario manifiesta:

> Me estuvo pasando que es como si sintiera un odio intrínseco a esos malditos tres números (840) […] Será que el punto donde concentro mi ira es sentir que le doy de comer un h.d.p.

> de esos quienes carajillo sean […] si fueran menos ortibas[9]… si dejaran al sexo en plena democracia… al menos no lo sé… habría más libertad lejos de sus presiones de: "ya es la hora… ¿estás bien?, dale, te espero en tal lugar". Es justamente allí cuando siento por dentro adoptar sentimientos malos hacia ellos, pues soy sincero, los odio! A mis amigos los cofrades que entienden lo que digo, muchas gracias por leerme, me siento contenido por ustedes, porque sé que al menos algunos de ustedes sienten lo mismo que yo. (Terrorista, Hilo "Me Siento mal, odio a los 840", Foro 1).

La enunciación de esta comunidad homosocial (los gateros) en el rechazo a la figura del fiolo no solo produce un otro contra quien construir una identidad diferenciada, sino que deja entrever la fragilidad de la fantasía relacional que entablan. Este usuario no sólo "odia" a los fiolos porque siente que "les da de comer", sino especialmente porque con sus intervenciones –o "presiones"– rompen la "democracia" del sexo entre clientes y prostitutas e introducen elementos disruptivos para esa fantasía horizontal y deseante, tal como veremos en el siguiente apartado.

La ruptura de la fantasía

> Es horrible ir a un prostíbulo […] a mí me parece que los jóvenes […] ni en pedo iríamos a una onda prostíbulo… uno se acostumbra a tratar directo con las chicas como si fueran una mina que conoces en cualquier lado (Pegasus, Hilo "Ley de De la Sota – leyes sobre prostitución", Foro 1).

> Los más jóvenes todavía queremos "cazar", por eso una buena mina independiente, que no se pasa todo el día garchando en un depto, es como una joya. Es casi como garchar

9 En el lunfardo argentino se llama despectivamente "ortiba" a todo aquel que se opone a la consecución de los deseos de otra persona. A su vez, "ortibarse" es definido como: "ponerse en posición de policía, de futuro delator, de cortar un festejo o una actividad que para el otro es buena".

> "engañados" con una mina del barrio que te levantaste. La mina que es joven y garcha porque le gusta y de paso hace unos mangos es un tesoro y hay pocas de esas. Supongo que esa es la motivación de la mayoría por las independientes (más allá del tema de trata de personas). Estimo que, cuando uno esté entrado en años, no tendrá ganas de seguir renegando y buscará algo parecido a una onda prostíbulo regenteado por una madame, donde pase un buen momento sin mucho preámbulo. (joaquinpereztecnico, Hilo "Ley de De la Sota – leyes sobre prostitución", Foro 1).

Para algunos varones la intervención de fiolos o terceras partes en los encuentros entre clientes y prostitutas desarma la fantasía de conquistar ("cazar") y del deseo mutuo que permite disfrazar el aspecto comercial del encuentro y alimenta el (auto)engaño o la fantasía de los gateros. Esto sucede especialmente entre los más jóvenes, quienes se supone cuentan con mayor capital erótico[10] y conocen menos el funcionamiento del mercado sexual, y por tanto pueden (¿y necesitan?) sostener ese carácter fantaseado de la relación.

El recelo hacia la intervención de fiolos o terceras partes en las relaciones con las escorts también se hace evidente si consideramos que uno de los puntos que los gateros siempre valoran en sus narrativas de encuentros es si la escort es independiente o no. La idea de la escort independiente funciona como un potenciador de la fantasía de estar con una mujer cuyo deseo sexual excede al promedio: la "puta lujuriosa".

> O sea, sin fiolos, esas minas serían independientes, y las culiaríamos y, al menos yo, me bancaría todo lo que pueda pasar, porque es un asunto entre ella y yo. Pero desde que hay un fiolo metido en el medio, desde que te golpean la puerta, o te dejan esperando para entrar, o te hacen cagarte de

10 Si bien la noción de capital erótico es más compleja –y susceptible de ser criticada (ver Green, 2013)–, en el comercio sexual, tanto como en otros mercados relacionales, hay una relación inversamente proporcional entre capital erótico y edad.

> calor en un departamento choto o cosas así, entonces tengo derecho al mejor servicio y al mejor precio (Calentongo, Hilo "Mejor dato", Foro 2).

No sólo la imagen del fiolo como otro varón que media en la relación cliente-escort, sino también algunas de sus funciones hacen explícito su rol disruptivo en la fantasía gatera. Muchas veces los fiolos son los encargados de avisar que el tiempo del encuentro ha concluido. Esta función hace que aparezcan como una irrupción en la fantasía de conquista, intimidad y deseo mutuo. Retomando las ideas deleuzianas sobre el tiempo (Brewis y Linstead, 1998), podríamos decir que los 840 quiebran el tiempo "fluido" que construye el encuentro en tanto que fantasía, e imponen la realidad del tiempo "estriado", delimitado y ligado a la tarifa. Aquí se mezclan los motivos económicos con los emocionales, pues cuando el fiolo golpea la puerta significa que el tiempo pagado por el dinero ha concluido –exponiendo el carácter lucrativo del encuentro– y, a la vez, aparece en escena un otro varón que, en las narrativas de los "gateros", tendría el control de esa sexualidad que ellos desean y, por tanto, la fantasía del deseo mutuo queda amenazada. Esta fantasía que pretende velar las posiciones jerarquizadas prostituta-cliente se derrumba, entonces, ante las disrupciones que introduce la presencia de los fiolos. Queda expuesto el carácter precario y endeble de esa fantasía y también, como vimos que sucedía en los relatos de los "enamorados/confundidos", la fragilidad de esta articulación entre masculinidad y sexualidad–.

Asimismo, al resquebrajar la fantasía, el papel del fiolo es también relatado como una amenaza de violencia para quienes sobrepasan los límites y no mantienen un control de sus emociones, es decir para aquellos clientes que se enamoran.

> Los códigos son que uno no se tiene que enamorar y que ellas tampoco, porque además es muy peligroso, porque siempre hay alguien que te va a correr del medio, o el cafiolo, o el

> marido, o la familia. Hay mucha gente, muchas chicas que trabajaban con el marido, con su pareja, entonces te van a correr, te van a cagar a trompadas, eso funcionaba así, no sé cómo será ahora (Nicolás, 45 años).

El fiolo como varón que maneja y controla la sexualidad de la prostituta aparece entonces como una figura amenazante y que preocupa a los clientes, pues no sólo puede imponer el límite de la fantasía deseante que construye un vínculo prostituta-cliente, sino que además lo hace desde un lugar de poder y con capacidad de violencia.

Sin embargo, el límite que transgreden aquellos clientes que se enamoran también es vigilado y sancionado por algunos gateros. Quienes se enamoran de las escorts y/o las "defienden" son frecuentemente acusados de 840, a veces porque "inflan el servicio" de una escort, otras veces porque "pagan de más":

> Hay que tomar en cuenta que hay mucho gatero enamorado y mucho gatero (ocho)cuarentón que se pasan de generosos (Calentongo, Hilo "Gatopedia", Foro 2).

En este hilo, este usuario se preocupaba por cómo el enamoramiento de algunos gateros podía trastocar la "objetividad" de su evaluación sobre el servicio de las escorts (y por ende poner en riesgo su proyecto de armar un *ranking* de escorts: "Gatopedia"). Tanto los enamoramientos como otras sospechas generan dudas sobre la identidad de los otros en el foro, que serán muchas veces expresadas, como veremos a continuación, a través de la acusación de fiolo entre los propios usuarios.

Entonces... ¿quién es el "fiolo"?

> Por fin un colega que está con los pies sobre la tierra relatando la realidad de lo que está pasando […]. Estaba harto de leer las experiencias de los fiolos disfrazados de colegas

> que decían que no tenían problema en gastar 2 lucas o 3 lucas en putas. Lo felicito colega lo que usted dice es la realidad (Rubenoide, Hilo "Morocha Noe y Pampita, trio en Tijuana", Foro 2).

Un punto clave y recurrente es que, aun cuando la cantidad de narrativas sobre encuentros reales con fiolos no es tan grande, la categoría de 840 o fiolo funciona como una sospecha constante sobre alguien que interviene en el debate en el foro, especialmente para quienes no tienen una "trayectoria" comprobada y, por ende, la legitimación de los otros gateros. Buena parte de las intervenciones de los usuarios apuntan a descubrir quién es un fiolo participando de encubierto en el foro. El enfrentamiento con los 840 lleva a varias iniciativas para combatirlos y desenmascararlos, como un forista que propone que las escorts sólo publiquen en sus propios blogs y agrega:

> Seguro los gateros de ley y no los 840 disfrazados de gateros apoyaran mi propuesta, la cual beneficia a las escorts porque se ahorran el dinero de la publicación y beneficia al gatero de ley porque los precios serán más baratos, porque ya no serán impuestos por los 840. A continuación, veremos si en este foro hay gateros de ley que apoyen mi propuesta o un montón de 840 camuflados que no la apoyan (GoodVibes, Hilo "Propuesta para erradicar la trata, los 840 y beneficiar a las escorts", Foro 2).

Aquí podemos ver, una vez más, que la necesidad de sostener la identidad protegida en los foros –como forma de protección frente al estigma, y/o de sostener acuerdos matrimoniales pretendidamente monogámicos– puede ser también percibida como un factor que incrementa el riesgo siempre presente de pasar de ser "engañadores" a "engañados", y especialmente de ser engañados por una mujer en complicidad con otro varón.

En el foro, "fiolo" funciona como una categoría de acusación que puede desacreditar a cualquier usuario, la mayor

parte de las veces sin argumentar motivos. Blanchette y Da Silva (2017) plantean que en Brasil se da un uso estratégico de la categoría que sería equivalente a fiolo: el *cafetão* es muchas veces usado para movilizar recursos policiales/judiciales contra algún actor[11].

Un aspecto importante de cómo funciona esta acusación son las especificidades que esta tiene para cada actor del mercado sexual. En nuestro caso, encontramos que la acusación de fiolo se halla generizada entre los clientes. Ello tiene incluso una expresión en el lenguaje. Mientras Blanchette y Da Silva indican que en portugués también existe otra palabra para designar exclusivamente a varones (*gigolo*), en Argentina sucede a la inversa y será "madama" la categoría que designa exclusivamente a mujeres. Ello nos permite poner de relieve cómo "fiolo" es utilizado como una acusación que alude casi siempre a varones.

Si 840 es una categoría muy común en la jerga de los gateros (tanto que el buscador de uno de los foros lo catalogaba como un término demasiado común para hacer una búsqueda), el equivalente feminizado, madama, es pocas veces mencionado. Una de las pocas menciones que encontramos construía una imagen favorable de este personaje, ligado a las "viejas épocas" del cabaret, incluso llegaba a proponer a la comunidad gatera un rescate de la importancia del rol de la madama. Las llamaba "gordas queridas" y explicaba que "dan felicidad a sus clientes con buena logística": se encargan de resolver un conjunto de tareas (ligadas a la domesticidad y generalmente feminizadas) que hacen que el gatero se sienta atendido "como un rey" en su "segundo hogar" (atender el teléfono para que no haya interrupciones, mantener la limpieza de sábanas y baños, entretener con charla y servir un vaso de agua al gatero mientras espera).

---

11 Adicionalmente Blanchette y Da Silva (2017) señalan que este uso, muchas veces llevado a cabo por actores externos al mercado sexual y que buscan impedir cualquier forma de comercio sexual, sirve para encubrir a quienes son más violentos con las trabajadoras (por ejemplo, las fuerzas policiales).

Esta defensa de la madama sería impensada en el caso de un fiolo. Ello permite entender que, en articulación con el papel económico del fiolo como el que "malversa" los dineros de los gateros, hay una tensión generizada. El fiolo, en tanto es otro varón –y, siguiendo la representación de los clientes y la imaginería popular, uno hipermasculinizado– resulta una amenaza para los gateros, pues pone en riesgo dos elementos muy ligados: los recursos económicos y la masculinidad.

A lo largo de este capítulo hemos podido observar las representaciones de los fiolos en las narrativas de los varones que pagan por sexo y la complejidad que adquieren sus posiciones en las relaciones de género. Las perspectivas sobre el mercado sexual que presentan las relaciones de género de manera determinista y reduccionista, limitan las relaciones inter-género a relaciones de dominación, considerando las relaciones intra-género (entre varones) como aproblemáticas y únicamente basadas en la complicidad: los proxenetas sostienen el pacto patriarcal entregando "sus mujeres" a quienes pagan por ellas.

Si bien, al menos en nuestro trabajo de campo, buena parte de las relaciones entre clientes y fiolos tienen un carácter mayoritariamente imaginado, la aparición constante de su representación en las narrativas de los varones que pagan por sexo afecta sensiblemente sus experiencias en el mercado sexual. La vinculación con los proxenetas se muestra como conflictiva para los clientes, que ven en ellos figuras que generan temor y amenazan su masculinidad, tanto a nivel material como simbólico, y es por ello que, lejos de convivir, prefieren evitarlos y/o confrontarlos. La presencia de los fiolos supone una pérdida a nivel económico –un aumento de las tarifas–, un dilema moral –vinculado a la explotación que estos hacen de las "prostitutas"–, y una afrenta a la masculinidad de los clientes en tanto que proveedores.

Como hemos visto en los discursos de los clientes, las representaciones de los fiolos están atravesadas por relaciones económicas, de clase, raza, edad y también emocionales. La circulación de un estereotipo del fiolo como hipermasculino y violento, racializado y de clases subalternas lo pone en un lugar distante y amenazador. Pero también las propias relaciones entre los clientes encuentran en el fantasma omnipresente del fiolo una forma de construcción de un "nosotros" (gateros) frente a un "otro" (fiolo). Los "gateros" utilizan fiolo como una categoría de acusación que delimita las fronteras de su pertenencia al "nosotros" pero, al mismo tiempo, extiende una sospecha constante sobre ellos mismos, poniendo en tensión la propia cofradía de "gateros". Simultáneamente, la hipermasculinización de la representación del fiolo que circula en las narrativas de los clientes invisibiliza el papel de las mujeres como terceras partes.

Las relaciones entre las representaciones de los fiolos y los clientes no sólo muestran la pugna constante por ocupar el lugar dominante en la jerarquía de masculinidades, sino que afectan también a las relaciones de género entre "prostitutas" y clientes. En ellas, el fiolo está lejos de ser el "proveedor de mujeres" en el marco de un "pacto masculino", sino que muchas veces rompe la fantasía de conquista y deseo mutuo quebrando la pretendida libre relación entre las partes. La imagen del fiolo, a la vez que parece manejar los aspectos económicos, actúa como regulador de las emociones de aquellos clientes que rompen el marco de interacción (por ejemplo, al enamorarse).

Todo este conjunto de tensiones pone de relieve que las relaciones entre los actores en el mercado sexual están cargadas de antagonismos y complejidades que difícilmente pueden comprenderse homogeneizando las posiciones masculinas a través de la idea del "pacto de varones". Pero las tensiones y las posibilidades de ruptura de la fantasía no solo están encarnadas en otros, sino que pueden aparecer en el vínculo con el propio cuerpo, su salud y su performance sexual, como veremos a continuación.

9

"Hay tantas minas y tan poco viagra": salud, dinero y sexo[1]

Los trabajos sobre masculinidad y salud suelen insistir en una mirada relacional del género como forma de pensar en la salud (ver Sabo, 2005). Sin embargo, los varones que pagan por sexo rara vez han sido pensados en estos términos y tenidos en cuenta en la elaboración y despliegue de políticas públicas (Deering *et al.*, 2013; Ward y Aral, 2006). En la regulación biopolítica –moral, simbólica y sanitaria– del mercado sexual desde el siglo XIX, sólo el cuerpo de la prostituta fue construido como una amenaza a través de acusaciones de inmoralidad, y de mecanismos de patologización y estigmatización (Morcillo, 2015). Si bien este marco se ha transformado actualmente, subsisten perspectivas donde resuena esta mirada higienista dificultando las posibilidades de comprender las problemáticas del mercado sexual y sus protagonistas. Además, revalidan las estrategias preventivas del "modelo epidemiológico conductual" del VIH/sida (Pecheny y Manzelli, 2002) y las visiones individualistas, voluntaristas y, finalmente, moralistas, de las complejas relaciones de los sujetos, el género y la salud. Una alternativa a este tipo de enfoques, supone analizar los sentidos y las prácticas de los sujetos considerando las posiciones y contextos sociales, para luego ensayar propuestas de salud informadas e integrales que no estigmaticen ni moralicen a su población objetivo. Un enfoque con estas

---

1 Este capítulo ha sido reelaborado a partir de Morcillo, Martynowskyj y de Stéfano Barbero (2020c).

características es todavía una cuenta pendiente en nuestra región y las únicas campañas que han considerado a los varones que pagan por sexo sin apelar a moralismos y estigmatizaciones, sino a la información y sensibilización, han sido, como hemos mencionado capítulos atrás, impulsadas por iniciativa de las propias trabajadoras sexuales.

Frente al cuidado, la masculinidad hegemónica supone la ponderación, por una parte, de nociones de coraje, riesgo, resistencia y potencia, más vinculadas al cuerpo como máquina, representación evidente en frases como "hasta que el cuerpo aguante" (De Keijzer, 1998: 6). La socialización sexual masculina suele estar caracterizada más por el biologicismo, el silencio, la vergüenza y el ansia de rendimiento, que por la importancia del deseo, el placer y la afectividad (De Keijzer, 2001). Además, si bien el ejercicio de la medicina como un saber/poder está ocupado por varones, el registro y el cuidado de la salud mental y física son considerados como propios de la feminidad, lo que suele limitar el acceso a la salud por parte de los varones (De Keijzer, 2001). Es por ello que la masculinidad hegemónica ha sido considerada como un "factor de riesgo" para la salud (OMS, 2018). Si bien el cuidado de la salud parece alejado de los sentidos de la masculinidad, diversas preocupaciones ligadas a la salud resultan ser temas relevantes para los varones que pagan por sexo (Horswill y Weitzer, 2016).

Aquí pensaremos el lugar de los foros como un espacio donde se co-producen adaptaciones de un guión sexual masculino heterosexual a partir del cual estos varones interpretan tanto sus papeles como sus experiencias en el mercado sexual. Haremos un uso flexible de la idea de "guiones sexuales" (Simon y Ganon, 2003), pues este concepto nos sirve para analizar cómo los individuos organizan su conducta sexual a partir de guiones donde se traman las relaciones y significados entre los niveles cultural, interpersonal e intrapsíquico. Las personas aprenden guiones en el contexto cultural del que forman parte (Wiederman, 2005), y los encuentros sexuales son actos sociales en los cuales

"las audiencias implícitas y las audiencias explícitas están presentes y los juicios y puntos de vista de estas audiencias son considerados" (Simon y Gagnon, 2003: 492).

Para analizar los vínculos entre masculinidad, sexualidad, salud y enfermedad en los varones que pagan por sexo, realizamos búsquedas en hilos específicos sobre cuestiones de salud, en las secciones llamadas "Consultorio médico", y a partir de la búsqueda de términos clave en hilos no específicos sobre el tema: salud, enfermedad, médico, disfunción eréctil, eyaculación precoz, viagra, HIV, sida, ETS, preservativo, y contagio. En buena parte de estos hilos, sobre todo en el "Consultorio médico", se destacaba la presencia de usuarios que se identificaban como profesionales de la salud. Sin embargo, sus comentarios se mezclaban con las experiencias personales de otros foristas dando lugar a intensos debates.

Las ETS, riesgos, distancias sociales y protección

El guión sexual gatero, al tiempo que da sentido a las interacciones en el comercio sexual, se ve constantemente tensionado por los riesgos para la salud, poniendo de relieve distintos matices vinculados a la clase, la edad, la generación, la frecuencia del consumo y la familiaridad con la escort. Como decíamos, ambos foros tuvieron durante varios años una sección de "Consultorio médico", uno de ellos atendido virtualmente por un médico clínico, lo que pone de relieve que la salud es un tema importante para los gateros. Tanto en esta sección como en otras (por ejemplo, en los "Consejos sobre salud sexual para escorts" publicados por uno de los administradores del Foro 2), se destaca que "el preservativo es imprescindible" para el sexo vaginal, anal y oral. Sin embargo, pese a los esfuerzos por establecer una serie de consensos sobre las prácticas necesarias para tener relaciones sexuales "seguras", las tensiones entre

salud y enfermedad, riesgo y placer, se encuentran presentes en multitud de hilos, muchas veces a través de consultas realizadas por quienes recién se inician en el consumo de sexo comercial:

> ¡Hola! Estoy por empezar a gatear, ya tengo elegido el gato en cuestión y reuní el valor para iniciar con todo, pero el tema de las ETS me tiene más que preocupado. No se cuales serian las medidas que tendría que tomar para ir tranquilo; si con ponerme forro para todo alcanza, por ejemplo. La mina que elegí hace pt sin [sexo oral sin protección], pero yo de cabeza voy a pedírselo con, y no voy a chupar chucha [vulva]. Por ahi lei que dar besos también puede producir enfermedades, estaría en riesgo también si soy el primer cliente del dia? desde ya, muchas gracias, le dan una mano a un principiante en el gaterio? […] ¿Y sobre chupar las tetas? ¿Debería preocuparme por algo ahí? (Barilar20, Hilo "Preguntas de un principiante", Foro 2).

> Bueno muchachos pero tampoco la pavada, porque para eso usa un par de guantes para tocarla a la mina y ponete barbijo por las dudas también […] Profilaxis si. Paranoia no (Counter, Hilo "Preguntas de un principiante", Foro 2).

El riesgo de contraer enfermedades de transmisión sexual (ETS), es una preocupación que expresan la mayoría de los novatos y genera una cantidad de dudas y consultas, sobre todo en relación a ciertas prácticas como el sexo oral. Aunque suelen estar más preocupados por contraer una ETS que por transmitirla. Esto no es raro ya que históricamente se ha construido una imagen de las prostitutas como fuente de contagio de enfermedades de transmisión sexual (Ward y Day, 1997; Morcillo, 2015). El comentario de un usuario en el hilo "Consultas médicas", es ilustrativo de esta representación y sus tensiones:

> Carajo….uno lee xp's y te juro que, por distintos motivos, no quiere visitar nunca más a un gato… Por suerte esta sensación morirá rapidamente y volveré a babearme no bien vea la foto

> de una gatita con la almejita al aire… Pero…es indudable que cuando uno se coje a una de estas chicas de alguna manera se está acostando con muchaaaaaaa gente y eso es preocupante… Mejor la corto… no me quiero dar maquina, amo lo gatos y no deseo crearme un rollo más grande que el Luna Park (el iluminado, Hilo "Consultas médicas", Foro 1).

Los gateros más experimentados terminan por asumir que toda actividad sexual conlleva un riesgo de contagio y aprenden a contentarse con minimizarlo utilizando preservativo, sobre todo en la penetración. El foro como espacio homosocial imprime formas particulares a las negociaciones entre el riesgo asumido y el placer deseado[2]. Según De Keijzer (2001), si la concepción del cuidado de la salud como algo del mundo de las mujeres, aleja a los varones heterosexuales del sistema de salud, es el grupo de pares el que funciona como la fuente de información preponderante sobre la temática. Así reproducen estereotipos de género que redundan en conductas de riesgo para la salud sexual y reproductiva. Vera Paiva sostiene que "el uso del preservativo confronta las nociones básicas de la virilidad masculina de que ser un hombre significa `naturalmente´ tener menos control sobre los impulsos sexuales y agresivos" (cit. De Keijzer, 2001: 4). Sin embargo, en el discurso de los usuarios de los foros la utilización del preservativo aparece normalizada para el momento del coito, no así para el sexo oral, donde se considera que las posibilidades de contagio

---

2 Si bien en la historia de ambos foros son las ETS las que han preocupado sistemáticamente a los gateros, la pandemia de COVID-19 nos mostró mecanismos similares. No nos hemos ocupado en profundidad de todas las discusiones que la pandemia y las restricciones de la cuarentena originaron (en parte porque al momento de escribir este texto la pandemia y los debates aún se encuentran en desarrollo), pero sí resulta evidente un proceso que replica las posiciones de los gateros frente a otras enfermedades. Si bien en un primer momento primó la cautela y muchos foristas declaraban acatar la cuarentena y dejar de tener encuentros sexuales con escorts, prontamente los diálogos entre gateros en el espacio homosocial del foro plantearon formas de negociar el riesgo y mecanismos de "excepción" que justificaban los encuentros con escorts.

teseopress.com

son menores, o bien, se ponen en un segundo plano para maximizar el placer:

> Yo chupo almejitas de las nenus y soy fanatico de los besos. Y NO DIGAN QUE EL 99 % NO PIDE EL PT SIN. LOCO PONGAMONOS LAS PILAS TODOS Y A CUIDARNOS: PT CON, NO CHUPAR, NO BESOS. Pasa que llego al pv [privado] y me olvidé lo de pt con, no besos y no almejear (AutosLocos, Hilo "Coger sin forro", Foro 2).

Tincho2525 (citado en la presentación del libro), un joven que se define como primerizo a sus 18 años pero con ganas de ser "un maestro de las putas y del mundo gateril" abrió un hilo titulado "Que puede pasar si me hacen pete sin" (Foro 2), para consultar si el sexo oral sin preservativo suponía un gran riesgo para la salud, porque "no es algo muy cómodo de hablar" con un médico. Un usuario con más experiencia le respondió:

> Con respecto a tu salud y a las de las chicas que visites, te recomiendo q las dudas las resuelvas con un profesional. Aca vas a encontrar mil teorias distintas (todas con la mejor intención) pero la posta la tienen los que estudiaron y saben. Lo que si todos vamos a coincidir y los medicos también, siempre cojer con forro (Fetén2, Hilo "Que puede pasar si me hacen pete sin", Foro 2)

La normalización del uso de preservativo se hace evidente en las XP. En el capítulo 1 planteamos que, a lo largo de los años, tanto la reiteración de las XP como su reglamentación por parte de los moderadores de los foros, contribuyeron a un proceso de modelización de un relato con una estructura y frases similares. Así, es frecuente la narración del momento de la colocación del preservativo, que aparece con cierta jerga y como una situación estándar del encuentro sexual: "me calzó el pilotín" o "me puse el globito", son frases naturalizadas en muchos de estos relatos. Podemos plantear que las XP contribuyen a los guiones

sexuales (Simon y Gagnon, 2003), dando sentido a las experiencias de los foristas con las escorts. En lo que respecta a la salud, los guiones sexuales que se (re)producen en los foros colocan como preocupación central la prevención del contagio de ETS circunscripta al uso de preservativo, reduciendo la noción de cuidado a la profilaxis, la salud a su dimensión física y la salud sexual a lo genital.

Sin embargo, algunos usuarios relatan ocasiones donde transgreden este guión normalizador del uso del preservativo para la penetración. En esas ocasiones la mayor parte de los foristas son sumamente críticos: "No da, es como la ruleta rusa, no vale la pena jugar con tu vida de esa forma. Aparte con forro duras más!!!" (Maravillongo, Hilo "Coger sin forro", Foro 2). Pocos usuarios relativizan la gravedad de esos incidentes apelando a la idea de un impulso sexual irrefrenable. Estas formas de justificación operan más frecuentemente cuando se refieren a relaciones con las "civiles", en sintonía con la división de las mujeres entre "santas" y "putas", que ha consolidado una visión negativa de la actividad sexual femenina no reproductiva y promiscua (Pheterson, 2000).

Asimismo, algunos estudios señalan que los clientes habituales son más propensos a la desprotección que los ocasionales, ya que la percepción del riesgo de contagio de una ETS disminuye cuando existe un grado de confianza mayor con la escort (Meneses Falcón y Rua Vieites, 2011). A la inversa, en un primer encuentro, muchos varones expresan desconfianza o rechazo cuando son las mujeres las que proponen no usar preservativo, e incluso cortan la relación o se niegan a entablarla.

> Una flaca hermosa me dijo con forro o sin forro… me quedé pensando todo el polvo "estará enferma esta culiada? (Sergio, 38 años).

> Lo peor de todo, es que quiso que la garche SIN FORRO, le dije que no, me vestí, le pagué solamente lo del masaje y me fui (Curuzú, Hilo sobre XP, Foro 2).

En otras ocasiones, los varones proponen no usar preservativo, para lograr cumplir con una performance vinculada al rendimiento y la potencia, en este caso, traducida en lograr y mantener la erección. Un entrevistado, de edad avanzada, mencionó que evitaba usar preservativo porque "no podía [tener una erección]", aunque también lo reivindicaba como una forma de entablar una mayor intimidad en el encuentro:

> Bueno, yo soy fuera del preservativo porque en mis tiempos no se usaba. Y tampoco lo uso, absolutamente nada. Sino no podés hacer el amor. Si vos hacés caso a lo que te dicen, no la podés ni tocar […] Tenés que ponerte el pito y ponérsela como si fuera un pedazo de carne, ¿me entendés? Y no es fácil tener relaciones así. Excepto que seas un pendejo de 16 años, que no tenés ni idea, que quieren ponérsela y nada más. Porque el sexo no es solamente eso. Hay un disfrute llevado alrededor de todo eso. Antes de la penetración, etcétera, etcétera. No lo uso, porque no puedo (Ismael, 72 años).

La edad y la generación son variables que también influyen en la protección o falta de ella. Aparece una marca generacional con la irrupción del SIDA y la difusión de información sobre las formas de prevención. Así como Ismael afirmaba que en "sus tiempos no se usaba", otro entrevistado, Gastón, de 51 años, sostenía que a partir de la aparición del SIDA "empezó la mamada con forro". A su vez, cuando hablábamos del uso del preservativo con uno de nuestros entrevistados, trazaba una distinción basada en la edad y la experiencia:

> Cuando era más pendejo, por ahí te avasallaban y había algún juego previo, que después con la edad dije: "Ni en pedo, nunca más." Siempre me lo he puesto. Pero al principio por ahí, en el jugueteo previo, pero era necesario. Y más hoy en día, conociendo los tipos de enfermedades. Uno lo hacía de boludo, porque conocía los riesgos, pero lo hacía de boludo, de pendejo (Lucio, 30 años).

Más allá de la información disponible sobre ETS para las nuevas generaciones, las primeras experiencias de sexo pago están atravesadas por problemas de erección o la falta de deseo sexual debido a los nervios, el miedo o la incomodidad. En este marco, el debut, que como ya hemos dicho, funciona como rito de masculinidad, deja poco espacio para ocuparse del cuidado de la salud.

Finalmente, no sólo la trayectoria de consumo, la familiaridad con la escort, la edad y la generación de los varones que pagan por sexo impactan en el uso de protección frente a las ETS. También operan criterios clasistas de clasificación que asocian higiene, lugar de trabajo e imagen con una mayor o menor probabilidad de portar y transmitir una ETS:

> El tema es que en los Pvs [privados] no vas a encontrar higiene, partamos de ahí. Tanto el lugar: la habitación, la cama, las sábanas, el baño, etc siempre está sucio, lleno de agua, una toalla recontra usada por todos los que fueron al lugar. Y lo principal: las chicas de los PVs solo se pasan un bidetazo y listo!!! Trata de ir con minas "independientes", es decir escorts que laburen solas. Estas se preocupan más por dejar una buena impresión, están más arregladas, son más higienicas y no te vas a ser tanto la cabeza. Todos al principio, tenemos cierto "miedito" cuando vas con una escort. Pero cuando le empezas a tomar el gusto y encontras una escort que te vuela la cabeza, te olvidas de todo y garchas como nunca. (Ted_Capo, Hilo "Consulta haber que opinan de las escort y las enfermedades", Foro 2).

Varios foristas construyen una imagen de las mujeres que venden sexo que articula una percepción de clase con el cuidado de la salud. A partir de esta construcción parece ser posible "juzgar si una prostituta está sana por su aspecto, olor y comportamiento" (Regushevskaya y Tuormaa, 2014: 605). La distinción entre las "chicas de privados" y las "escorts independientes" permite a estos varones marcar una distancia social. Es esta distancia, usualmente

en términos de clase, pero varias veces también racializada, la que habilita una relación de exterioridad y una construcción de otredad. Aquí emerge la mirada del otrx como enfermx y del enfermx como un otrx (Morcillo, 2015), recordándonos las perspectivas del higienismo para el cual "la salud, y la sanción de la enfermedad, asumieron un rol central en la solidificación de las posiciones de clase" (Crawford, 1994: 1352).

Los matices en la caracterización de las mujeres que hacen sexo comercial como más o menos riesgosas, se desdibujan cuando el contraste se plantea con las "civiles", y entonces todas las mujeres que hacen sexo comercial aparecen como una potencial fuente de contagio. De modo que para los gateros el sexo comercial implica un riesgo de contraer una ETS, que no aparece como masculinizante sino como "el precio que hay que pagar" por participar de estas relaciones y que puede sortearse protegiéndose de las escorts "contagiosas" a través del uso de preservativo.

La masculinidad entre la *performance* y el placer sexual

Otros problemas debatidos asiduamente en los foros son aquellos que desde la medicina y la sexología se han caracterizado como "disfunciones". Nos centramos en los tres asuntos más frecuentes: la disfunción eréctil, la eyaculación precoz y el uso de estimulantes sexuales. Como veremos, los tres temas aparecen constantemente ligados entre sí.

En el Foro 2, en el hilo "Problemas erección", un usuario dice registrarse en el foro exclusivamente para "desahogarse" y consultar sobre su problema: "tengo 22 y hace exactamente un año no se me para", algo que no puede hablar con nadie "en persona". Nuevamente, aquí las identidades protegidas del foro habilitan a hablar de los problemas y ansiedades que atraviesan estos varones, para quienes la "impotencia" es una grave amenaza a su masculinidad.

Este espacio homosocial también permite hablar sobre las "fallas" que emergen en sus encuentros sexuales fuera del comercio sexual. Otro forista de 25 años dice estar pasando por un momento de mucho estrés y se preocupa porque en dos encuentros con una chica que conoció "el amigo falló":

> Te duele en el orgullo y te inunda la verguenza… la cague una vez, la cague una segunda vez… , no me permitan cagarla una tercera vez… le quiero dar la garchada de su vida en agradecimiento por haber sido una verdadera mujer y comprender q eso pasa y no una chiruza q te puede hundir en la humillacion. Ergo llamo a la solidaridad… si me pueden decir donde puedo conseguir Viagra Chino […] a la espera de un salvavidas farmacologico para hacerle un bypass a mis nervios, […] prometo contar como me fue cuando logre voltear al fantasma inconciente q esta maquinando sin mi permiso las dos cabezas jaja. (Patadepalo, Hilo "Momento de mierda no se me paró", Foro 1).

El relato de este usuario hace visible no sólo las dificultades para hablar de estos "problemas sexuales" y el rol del foro, sino también las complejidades que implica la reflexividad para buena parte de estos hombres. De acuerdo con Seidler (1995, 2006), los imperativos de racionalidad, independencia y autosuficiencia de la masculinidad privilegiada, favorecen la despersonalización de la experiencia que los hombres tienen de sí mismos. Aquí juega un rol importante lo que denominamos el paradigma de las "dos cabezas", que como vimos antes, mediante una personificación del pene, habilita diferentes tipos de autoexplicaciones para los varones heterosexuales, a la vez que bloquea posibilidades de reflexividad. Así como bajo el mandato de racionalidad masculina las emociones son percibidas fuera del yo, la sexualidad también es percibida como si viniera de afuera, lo que deriva en una falta de control, reflexión y desresponsabilización que son autopercibidas como sinceras (Seidler, 1995). De hecho, en el relato anterior ya no sólo son dos cabezas las que entran en tensión, sino que aparece también

un "fantasma inconsciente" que opera "sin permiso". Todas estas entidades habitan en un sujeto cuya propia fragmentación funciona como forma de eludir el conflicto que la impotencia hace demasiado visible.

Un primer punto clave para comprender estos temas es entonces la forma que toma la concepción del cuerpo masculino entre muchos de estos varones. La exteriorización y personificación del pene, usualmente llamado "el amigo" entre los gateros, permite no sólo que aparezca como una parte desligada del resto del cuerpo, sino que adquiera su propia personalidad:

> El amigo se emociona en el jugueteo previo y se pone a tiro. La niña ipso facto le coloca el pilotín y de a poco empieza a flaquear el tierno cabezón. Despues me pongo como loco para recuperarlo y es al ñudo. ¿Es problema del amigote o es problema mío y de mi cabeza de cotillón –la mía, no la del amigo– o será que estoy próximo a las cinco décadas y estoy "decadente"? (Cumbiero25, Hilo "Consultas Médicas", Foro 1).

En las preguntas de este usuario frente a su problema vemos emerger una tensión entre las "dos cabezas". Esta concepción que tiene vinculación con las prácticas sexuales, según Potts es

> una compleja relación sinecdóquica entre el hombre y el pene, a través de la personificación del pene, las actitudes y comportamientos del yo-pene se representan como distintos y opuestos al autocontrol racional del hombre. Esto permite a los hombres individuales emplear al yo-pene como un descargo de responsabilidad, en carne y hueso, para prácticas heterosexuales más riesgosas y coerción heterosexual (Potts, 2001: 154).

Potts agrega también que esta personificación y disociación del pene –que expresa también la división mente/cuerpo– puede favorecer una sexualidad falocéntrica y dejar de lado otras zonas del cuerpo como fuentes de placer.

En este marco, la erección aparece ligada a las nociones de lo saludable y normal, e irónicamente, como la "esencia de la sexualidad masculina" (Potts, 2000), pues es una esencia siempre temporaria y acechada por el fantasma de la "disfunción". La desresponsabilización que habilita esta concepción de las "dos cabezas" colabora para que, tanto en el caso de los problemas de erección como en aquellos de la eyaculación precoz, las soluciones farmacológicas sean preferidas a las psicológicas.

Para comprender los discursos de estos varones también debemos situarnos históricamente. Si pensamos que la biopolítica del higienismo se ha entremezclado y dado paso a un capitalismo "farmacopornográfico", como señala Preciado (2008), comprenderemos que el papel de los estimulantes resulta clave. En este marco "lo que define en realidad a la masculinidad farmacopornográfica no es la capacidad de erección masturbatoria, sino más bien la dificultad de mantener una erección, de ahí el ingente mercado de suplementos químicos y audiovisuales que vienen a suplementarla" (Preciado, 2008: 205). Tomando la propuesta de Preciado podemos pensar que el mercado sexual construye "subjetividades *sildenafil*". En efecto, el uso de estimulantes sexuales es muy frecuentemente debatido en ambos foros, y la mayor parte de los debates giran en torno al uso del *sildenafil* –algunos también mencionan el *tadalafilo*, mientras otros compuestos, como el llamado "viagra chino" (*huang he* o *li chang*), o hierbas (cola de quirquincho) son mirados con mayor desconfianza–. Algunos de los puntos que se ponen en debate en relación al uso de *sildenafil* son el acceso, las dosis y los efectos secundarios, los riesgos o contraindicaciones, y los fines de esta droga.

> Pedí Sildenafil 25mm (si es para el paso), sino el de 50mm (si la queres poner toda la noche a todas las buenas perras en una orgia magistral) […] decir Viagra es un quemo, sobre todo si hay viejas de mierda cerca ke se pueden llegar a asombrar y poner cara de "OOHHH hijo del demonio" o cosas asi.Se

> vende bajo receta o sea no te la venden de una. No vayas a farmacity o dr ahorro porke directamente no te la venden. andá a farmacias tranki (tranki 120 jaja) re under. ojo no soy experto en el tema farmaceutico ni ahi… solo un humilde muchacho que conoce de la noche porteña y cosas del diablo jaja (Nachosantelmo, Hilo "Viagra", Foro 1).

A las complejidades habituales de la relación entre masculinidad y servicios de salud, las "disfunciones sexuales" suman la vergüenza como obstáculo para la consulta médica e incluso para comprar el medicamento sin receta. En los foros, además de recomendar "farmacias amigables" que venden sin receta, surgen comentarios en torno a la vergüenza, de ser visto como "impotente" –especialmente si quien atiende la farmacia es una mujer–, o aparecer como un "pervertido".

Si bien muchos advierten los posibles efectos colaterales e insisten en la necesidad de consultar un médico antes, varios foristas hablan de un uso cuasi recreativo del *sildenafil*. Muchos de ellos, aun siendo conscientes de los riesgos, siguen tomando alguna variante de estimulante sexual. Un usuario de 42 años explica: "Quizás me dirán que no lo necesito todavía, pero dado que tengo problemas de ansiedad, prefiero jugarme a lo seguro y no quedar mal con la señorita con la que vaya" (Poeta sucio, Hilo "Quiénes son los gateros más viejos de edad", Foro 2). A su vez, aunque una gran mayoría de los foristas advierte que tanto los problemas de la "impotencia" como de la eyaculación precoz tienen un origen psicológico, el *sildenafil* continúa apareciendo como una buena solución:

> Yo estoy dudando, no sé si comprar, mis ultimas 2 performances fueron bastante flojas, a nivel de que mi amigo nunca llego a estar a full. Creo que es algo psicológico, pero es re molesto, se me solucionará con sildenafil? (Adrian 8, Hilo "Viagra", Foro 1).

Algunos de los que ven como riesgoso el consumo de *sildenafil* proponen otras soluciones: "Una buena dieta (de hombre y saludable) y ejercicio DE HOMBRE!!! (pesas, aerobicos, etc) ayudan a tener una buena erección" (zzran, Hilo "Viagra", Foro 1). Sin embargo, casi ningún forista propone hacer una consulta psicológica. Al contrario, muy pocos reconstruyen el escenario y el vínculo con su propio deseo sexual. Aquí un usuario señala las complejidades de pensar y experimentar el deseo como una "necesidad" y cómo esto afecta las posibilidades de obtener la preciada erección:

> Es un tema mental en la mayoria de los casos, no es lo mismo entrar y garchar que un juego de seduccion con una mina que no le pagas, tambien uno se quiere asegurar el tiempo /dinero que aporta y entra con eso en la cabeza (y como en el juego "el obligado pierde por necesitado") (Paragol, Hilo "Viagra", Foro 1).

Otro joven forista escribe buscando viagra preocupado por cierta baja en la "calidad" de sus erecciones, y, solo al pasar, comenta:

> Supongo q podria ser psicologico, esto de pagar por alguien q esta obligada a darme sexo me juega en contra en la cabeza, si esa mina lo haria pq realmente quiere tener sexo conmigo seria distinto (andrespiu, Hilo "A los que probaron viagra", Foro 1).

A partir de estos comentarios se puede poner de relieve una escena donde entran en juego masculinidad, placer sexual y capitalismo. Es cuando desaparece la seducción, que puede reafirmar la autoestima masculina, y la escena supone una lógica de productividad tiempo/dinero, que el deseo aparece atravesado por la demanda performática de rendimiento. Para algunos, esta situación puede ser problemática y disparar una consulta, pero entonces el foro, al mismo tiempo que propicia un espacio para el diálogo, abre

también a las fuerzas homosociales que aquí alimentan la reproducción de modelos masculinos. Así, al mismo tiempo que para algunos el uso de *sildenafil* parece cuestionable –aunque más frecuentemente desde el punto de vista biomédico que desde una óptica del deseo–, para otros tantos conduce a una normalización de la disociación de su deseo que va de la mano con la concepción de las "dos cabezas":

> Yo tenía una relación con una dama que no era escort, duró doce años. Le gustaba discutir y buscar problemas justo al entrar al telo, después que se desahogaba, le pintaba el sexo a full, pero yo ya me había cansado con la previa elegida por ella. Entonces probé con media de 50 mg de sildenafil y listo, el amigo ya no pensaba, no tenía sentimientos, yo la quería matar a la mina y el se la quería coger, asi empecé. Cuando arranqué con el gateo, la uso a veces, pero no falla nunca, 50 mg una hora antes te garantiza la erección, después todo depende de la piel y lo demás. Pero últimamente siento que no tomarlo, es como tener a Messi en el banco y no ponerlo (Piroponga, Hilo "Alguno tomó viagra con una escorts", Foro 1).

Otro de los problemas frecuentemente debatidos es el de la llamada eyaculación precoz. Algunos foristas plantean que ésta debe definirse por la falta de control sobre la eyaculación, otros señalan la necesidad de desestimar al porno como estándar de las prácticas sexuales, sin embargo para la mayoría termina decantando la idea de que hay un tiempo determinado que marca si una eyaculación es precoz o no. Esto se halla en correlación con la idea de que se debe satisfacer sexualmente a la mujer (con la penetración) con quien se tiene relaciones y esto requiere un tiempo mínimo, pero a la vez se tensa con la temporalidad delimitada y restringida por el dinero de los encuentros de comercio sexual. Así, la performance adecuada requiere no solo una penetración con una debida erección sino una extensión temporal. Mientras varios foristas interpretan la "eyaculación retardada" como una fortaleza o muestra de virilidad –aun cuando

esto podría ir en desmedro del propio placer sexual– llevando a algunos a valorar el uso de preservativo para "durar más" como vimos más arriba, otros tantos envidian a los que logran "acabar solo con sexo oral". En la temporalidad de la(s) eyaculación(es) emerge una lógica cuasi taylorista por "aprovechar" al máximo el tiempo del turno.

En un largo posteo titulado "Cómo superé yo la eyaculación precoz" (Foro 1), un usuario expone que los motivos de este problema incluyen tanto problemas psicológicos y de control del músculo pubocoxígeo como de desarrollo e inmadurez como hombre y afirma: "Un hombre en serio no eyacula precozmente" (NewGateris). Así, la capacidad de control de la propia eyaculación y de la erección se utilizan como formas de legitimación de la jerarquía entre masculinidades, al distinguir entre un "hombre en serio" y sus versiones devaluadas. Por su parte, en el mismo hilo, otro usuario plantea una solución a los problemas de la eyaculación precoz:

> Aunque no lo crean algo que muchas veces anda bien con la EP es el Viagra. La cosa viene así, para parar la pija tenes que excitarte. Si te excitas mucho estas más cerca de la eyaculación ante cualquier estimulo adicional. Como el Viagra te para la pija con muy poca estimulación, vas tranquilo no necesitas poner mucha pasión para el coito y en consecuencia tenes mayor control sobre la eyaculación (Martín70, Hilo "Cómo superé yo la eyaculación precoz", Foro 1).

Un punto importante a destacar aquí es que la solución propuesta supone lograr un coito "menos apasionado". Vemos entonces claramente como el aspecto instrumental y performático de la sexualidad masculina sobrepasa la importancia del placer sexual. Esto también se puede notar en uno de los frecuentes consejos para evitar la eyaculación precoz: "pensar en algo feo", como forma de eludir el placer, pero también de reproducir la distinción típicamente masculina entre racionalidad y corporalidad.

Asimismo, es posible encontrar en algunas discusiones la preocupación por no eyacular cuando se ha tenido un orgasmo. Nuevamente, más allá del placer hay una preocupación por culminar el acto con la eyaculación; de hecho, algunos foristas consultan si el viagra puede incrementar el volumen de la eyaculación. El semen suele estar ligado a las múltiples ansiedades sexuales de los varones cisheterosexuales, pues se supone que si no se eyacula se produce una acumulación que puede ser dañina. Por otra parte, también aquí hay una personificación, pues los espermatozoides suelen ser llamados "los muchachos" en la jerga del foro. Potts (2001) plantea que esta personificación, común entre varones heterosexuales, se puede ligar a la representación de la eyaculación como la colonización final del cuerpo de la mujer. La importancia otorgada a la (caudalosa) eyaculación –a tiempo, ni antes ni después– como la expresión más visible de una performance exitosa –manifiesta también en la centralidad del *cum-shot* como escena cumbre del porno mainstream (Preciado, 2008)– pone de relieve una vez más la preeminencia del aspecto performático por sobre el placer sexual.

En varias ocasiones, ser capaz de llevar a cabo la performance masculina heterosexual no se liga tanto al propio placer como a la mirada del otro masculino. En el Foro 1, un usuario abre un hilo cuyo título mismo denota la internalización de la mirada de un otro que juzga como fallida su actividad sexual: "Tardar en eyacular… trauma. A mi sólo me pasa?". La consulta plantea:

> Este es un tema muy íntimo pero cierto. Como no se sabe quien soy puedo expresarme libremente. Gracias foro! Es un tema al que nunca recurri a un médico para consultarle. Desde los 24 años que me cuesta horrores acabar. No se porque me pasa, si es un problema por el que me tendría que preocupar. Si soy el único que le pasa . la verdad nunca me informe sobre el tema Es frustrante estar con una pareja o compañía femenina y te reproche "no acabas? No te gusto? Estoy haciendo algo mal?" Y no… Vos la pasas bien y por

> momento Tenes sensaciones pero después nada… Se baja y a empezar de nuevo . será un problema orgánico? Será que no me calientan lo suficiente . no creó. […] Alguien sabe la solución? El porque me pasa esto??? Soy el único ? Tendría que preocuparme? (Palmerito, Hilo "Tardar en eyacular… trauma. A mi sólo me pasa?, Foro 1).

Al final del hilo, tras varios comentarios que señalan que puede ser algo psicológico, un usuario responde "posiblemente te gusten los hombres", poniendo de manifiesto que, efectivamente, y aun cuando el anonimato favorezca la libre expresión, la mirada del otro masculino puede ser aquella de la masculinidad hegemónica, jerárquica y homofóbica. En el hilo "Dificultad para acabar" (Foro 1) se plantea un tema similar y allí los foristas debaten sobre las posibilidades y los efectos no deseados de controlar el ritmo de sus erecciones/eyaculaciones. El usuario Mutt-200 propone un "programa de autoconocimiento" que incluye ver pornografía como forma de identificar las fantasías y así luego controlar los tiempos y la excitación. Frente a esta detallada propuesta otro responde: "Maestro, me dejaste con la boca abierta… de admiración jajaja Qué autoconocimiento y que dominio de la situación… No es facil el descontrol y el control simultáneamente jaja " (Gustasexo17). Cuando se trata de optimizar la performance en la relación tiempo/dinero las técnicas van en desmedro del placer: "una tecnica que uso es el primero hecharmelo medio sin disfrutar mucho con la menor piel posible!!!!" (Pedrocome, Hilo "Como hago para echarme más de un polvo en una hora", Foro 1). Se hace visible cómo el contexto homosocial del foro constituye un marco discursivo que expresa las presiones para ejecutar una performance que en el turno de una hora debería: sostener desde el inicio una firme erección y eyacular con abundante caudal la mayor cantidad de veces posibles:

> Muchachos estoy cerca de los 45 nunca tuve problemas para darle a la matraca, pero últimamente quisiera disminuir el

> tiempo refractario y aumentar el tiempo pre eyaculación, sobre todo en el primer polvo y poder llevar a un segundo como antes sin tanto esfuerzo. Para poder ortearlas [sexo anal] bien a las nenas como a ellas les gusta, el tema es que el puto de mi médico clínico, no me quiere recetar la pastillita azul. Así que recurro a ustedes ya que fuí a dos farmacias y no me vendieron me pidieron la receta. […] Aclaro cuando voy a coger me gusta tomarme un buen champagne a veces llevo dos, las nenas entonadas cogen mejor. jejeje Y yo también. Bueno espero que alguno me pueda dar una mano. Un saludo pirata. (Gran Juan, Hilo "Viagra donde comprar sin receta? sirve?", Foro 1).

En esta consulta queda claro cómo el uso de *sildenafil* excede cualquier tipo de necesidad de salud y se liga al deseo de llevar a cabo una performance e incluso aparece cierto placer en desafiar los consejos médicos y exponerse al riesgo como forma de reforzar su masculinidad buscando la complicidad homosocial. Cuando algunos foristas le critican desobedecer a su médico y le advierten sobre los riesgos de mezclar *sildenafil* con alcohol y especulan con su muerte por un infarto cardíaco, el usuario Gran Juan responde: "Sigo vivo, culeando y enviagrado. Y chupeteando con las chicas. A la muerte se la enfrenta con valentía y después se le invita una copa".

En este capítulo hemos visto que en los foros de varones que pagan por sexo se comparten informaciones, pero también dudas e inquietudes vinculadas a la salud sexual, que son tan frecuentes que llevaron a disponer de una suerte de consultorios médicos virtuales, y a ofrecer consejos sobre salud sexual para clientes y escorts. Los espacios que habilitan los foros pueden interpretarse como una contraparte de las dificultades que tienen tanto los varones para acceder a los sistemas de salud, como los sistemas de salud para considerar a los varones que pagan por sexo como una población objetivo e interpelarlos sin estigmatizar ni

moralizar sus prácticas. Sin embargo, el espacio de los foros encuentra también sus limitaciones. En parte debido a su funcionamiento –a través de conversaciones de múltiples participantes, o "polílogos"–, las dudas y consultas consiguen expresarse y debatirse más que resolverse, y la tensión entre el riesgo y el placer suele mantenerse en las pugnas de legitimidad que tienen lugar entre la diversidad de experiencias de los gateros y el saber médico.

Los foristas con más experiencia transmiten a los novatos formas de negociar los riesgos para su salud sexual, si bien en muchas ocasiones hay perspectivas en pugna. En el guión sexual gatero que se construye en los foros, el cuidado se reduce a una dimensión física, mayormente genital y asociada al uso de preservativo, en línea con el imaginario del cuerpo como máquina, desvinculado de las emociones y los afectos, y con el orden de género hegemónico que caracteriza el cuidado como femenino. Entonces, si bien la preocupación por la salud es un tema relevante, este aparece principalmente en clave de protección, como lo expresa la firma de uno de los foristas "Lo importante no es ponerla, sino sacarla sana y a tiempo". Ellos no parecen concebirse a sí mismos como portadores de ETS, las cuales son atribuidas únicamente a las escorts, históricamente construidas por los discursos higienistas como fuentes de contagio. Marcadores de clase, como la higiene, el aspecto físico y la estética del lugar de trabajo, las dividen entre más y menos peligrosas en términos de transmisión de enfermedades. Pero estos matices desaparecen cuando se contempla la demarcación entre "civiles" y escorts –que no hace otra cosa que replicar la división entre santas y putas–, donde estas últimas aparecen siempre como un "otro enfermizo" que los pone en riesgo.

Al analizar los debates sobre las disfunciones sexuales y el uso de drogas como *sildenafil*, emerge un guión que estructura la performance sexual vinculándola al rendimiento masculino y construye las experiencias y las concepciones de estos varones eclipsando, no sólo las nociones

de salud, sino también el placer sexual. Entre las preocupaciones de quienes consultan y los comentarios de quienes responden, aparece frecuentemente la consideración de que estos problemas –relacionados tanto a las erecciones como a las eyaculaciones– sean de orden psicológico. Sin embargo, el diálogo bifurcado entre las "dos cabezas" no facilita la relectura de las ansiedades en clave reflexiva. El *sildenafil* o el *tadalafilo* aparecen como una respuesta más a mano y más efectiva para lograr una performance "adecuada". Ésta parece demandar una erección perenne, pero con un grado preciso de excitación para evitar tanto una eyaculación precoz como demasiado tardía. Ajustarse al guión performático que emerge en los debates de estos varones demanda un férreo control sobre mente y cuerpo, llegando incluso a un programa de auscultación y domesticación del deseo para construir una masculinidad potente y eficaz. Por ello no sorprende que estas drogas aparezcan como la mejor solución –y la más rápida– más allá del riesgo, o, justamente, dado que la exposición al riesgo, en ocasiones, multiplica la apuesta por la masculinidad. Las drogas que se nombran son especialmente aquellas que la industria farmacéutica ha popularizado y que circulan más allá de cualquier control médico, mostrando que la farmacologización toma el relevo de la medicalización en este asunto.

Conocer las especificidades de la relación entre salud y género en los varones que pagan por sexo puede ser un insumo a la hora de construirlos como una población específica a la que dirigir políticas de salud. Ello implica no sólo pensarlos desde la compleja relación entre masculinidades y salud, sino también conocer las particularidades de los sentidos que se ponen en juego en el mercado sexual. De esta forma, sumando las perspectivas sobre salud de quienes hacen comercio sexual, podría pensarse un abordaje que construya una mirada relacional, abandonando definitivamente las concepciones individualistas y estigmatizantes que han centrado el problema sanitario en las prostitutas. Queda abierto el interrogante sobre la medida en que el

estado puede abordar este problema sin reificar posiciones y producir, nuevamente, un sujeto a controlar. Por ahora las intervenciones estatales han estado más ligadas al control policial o con el objetivo de lograr que los clientes abandonen la práctica de pagar por sexo, como vimos en el capítulo 3. Sin embargo, no se han tenido en cuenta las propias motivaciones y significados que estos varones ponen en juego a la hora de pensar en abandonar el sexo comercial. Este es el foco en nuestro siguiente y último capítulo.

teseopress.com

10

"Uno no hace lo que quiere sino lo que puede o debe hacer": la retirada[1]

Las carreras de los gateros encuentran un último desafío en el control de sus emociones y su sexualidad a la hora de elegir retirarse del mercado sexual. Este es un tema frecuente de conversación en los foros, donde encontramos hilos como "Alguna vez intentaron dejar de pagar por sexo?"; "Quiero dejar, pero no puedo", "No puedo dejar a las putas", "¿Abandonarían El Ser Gatero Por Una Novia?", e incluso en uno de los foros hay una sección específica donde los usuarios piden la "baja"[2]. En este último capítulo nos preguntamos cuáles son los motivos que llevan a los varones a dejar de pagar por sexo y retirarse de la carrera gatera, qué dificultades encuentran y qué lugar ocupan en este proceso las relaciones homosociales que tienen lugar en los foros.

En un estudio que aborda la salida de las trabajadoras sexuales del mercado sexual, Sanders (2007: 74) construye cuatro tipos de transiciones desde esa "carrera desviada" a la "conformidad": "la reacción, la planificación gradual, la progresión natural y el `*Yo-yoing´* (ir y venir)". A diferencia de lo que sucede con los gateros, para quienes el compromiso emocional individual suele ser un factor clave a la hora de retirarse, para las trabajadoras sexuales son "los factores

---

1 Parte de este capítulo ha sido reelaborada a partir de Morcillo, Martynowskyj y de Stéfano Barbero (2020a).

2 También las escorts pueden exigir su "derecho al olvido" y que se borre toda su información y menciones en el foro.

estructurales, políticos, culturales y legales, así como las transformaciones cognitivas y la agencia" los que posibilitan o dificultan su salida del mercado sexual (Sanders, 2007: 74). Asimismo, esta autora demuestra que las penas de prisión o las estrategias de tratamiento ordenadas judicialmente no funcionan como catalizadores para el cambio, y que más bien provocan que las mujeres tengan dificultades para salir, como consecuencia de los antecedentes penales. Bernstein (2007) muestra algo similar en relación con los clientes, cuando aborda la política de sensibilización obligatoria para hombres que han sido arrestados por pagar por sexo en Estados Unidos, llevadas a cabo en las llamadas *John School* (escuelas de reeducación para clientes). Este tipo de intervenciones estatales, cada vez más extendidas en distintos países, que intentan transformar la conducta sexual de los varones heterosexuales a través de dispositivos estigmatizantes y coercitivos, articulados en torno a estrategias de visibilización y humillación pública (*naming and shaming*), no logran interpelarlos y mucho menos que abandonen el sexo pago, algo que, como veremos, se produce por otros motivos.

¿Despedida o eterno retorno?

Las intervenciones de algunos foristas muestran la importancia que pagar por sexo tiene en sus vidas, pues retirarse del mercado sexual implica pasar a una "nueva etapa" vital. Nicolás nos relató este cambio en una entrevista en la que menciona su consumo como una "época pasada" vinculado a la "la noche", a los excesos y a la soledad, que duró alrededor de 10 años, y que es una "fase terminada" en su vida:

> En un momento tenía cuenta corriente en el cabaret […] esa época fue como bien heavy…estaba bien económicamente, pero me quemaba la guita, me quemaba…entonces era como una cuestión de mucha adrenalina y de…creo que pagaba

> para una cuestión de calmar, de saciar una sed que había que saciar…era como parte de mi alcoholismo…era todo el combo… Mi experiencia de la noche, de prostitución y demás, no hubiese estado sin el alcohol […] ya no me llama, es un anestésico, la noche funciona como un anestésico […] y creo que a la gente conocida mía que iba le pasaba lo mismo, estaba sola (Nicolás, 45 años).

Los motivos de la retirada pueden ser diversos, pero se suelen teñir de un tono moral. Algunos buscan abandonar la "mala vida" cuando el sexo pago se presenta asociado con consumos de sustancias embriagantes, o cuando la etapa vital y/o familiar que se hallan transitando transforma sus prioridades y la forma de entender y vivir la sexualidad. Como mostramos en el capítulo 5, los mandatos de masculinidad vinculados a lo que se espera de los varones en relación a la sexualidad, se transforman con la edad. Así, durante la adolescencia, el debut sexual funciona como una credencial que les permite convertirse en hombres, ejerciendo y mostrando una (hetero)sexualidad activa; en la juventud deben adoptar sobre todo una actitud viril y una sexualidad "promiscua" y en la adultez, se espera también que formen y sostengan una familia. Esto acrecienta el valor que ocupa la conquista sexual y desjerarquiza el sexo pago, que en la adolescencia y en la primera juventud se encuentra más permitido –veremos luego que en el contexto de los foros y en la carrera de gatero, la edad opera de otra manera, valorizando a los gateros de más edad y experiencia–.

La cuestión de la edad y de la vida familiar aparece también en el "retiro" de Rubén (62 años), otro de los entrevistados, que señalaba que con el paso del tiempo se fue "sosegando" y que, cuando sus hijos crecieron, empezó a "cuidarse porque siempre está el chusmerío". Otros, como León y Aníbal, afirmaban que cuando fueron más grandes empezaron a buscar que las relaciones sexuales estuvieran también cargadas de afectividad: "Eso es lo que te hace sentir vacío (la falta de afectividad) […], es como tener el premio sin hacer ningún sacrificio […], pero cuando vos

compartís con alguien de verdad, es la culminación de un encuentro espiritual".

Mario, otro entrevistado, atribuye su retiro a la difusión de esta problemática en los medios de comunicación, pero sobre todo, a la reprobación de una amiga devenida feminista con la que compartió información acerca del consumo de sexo comercial:

> Hubo mucha concientización por lo que uno ve en los medios y en las redes sociales, acerca de lo que es verdaderamente la prostitución…por una entrevista que tuve con una amiga que me entrevistó y se shockeó un poco con mis respuestas […] y yo le había dicho algo así como que era (la prostitución) una forma que tenían los hombres de descargar sus impulsos sexuales y le pareció tremendo…entonces fue tan violenta su reacción que me di cuenta que había algo que evidentemente estaba mal en consumir prostitución (Mario, 37 años).

Según Berger y Luckmann (2011), dado que el proceso de socialización nunca se termina, para mantener la coherencia entre la realidad objetiva y la subjetiva, los individuos necesitan la legitimación de los otros, especialmente de los "otros significativos", es decir aquellas personas que ocupan lugares importantes en nuestras vidas. El aparato conversacional que se produce en las interacciones de la vida cotidiana, "mantiene, modifica y reconstruye continuamente su realidad subjetiva" (Berger y Luckmann, 2011: 189). Cuando las representaciones sobre lo que puede considerarse una masculinidad "respetable" se transforman, muchos varones pueden atravesar un proceso cargado de tensiones y mostrar, especialmente en sus discursos, una adecuación de sus posiciones para sostener su auto-identificación como tales. Como bien señala Skeggs, "la respetabilidad es normalmente la preocupación de aquellos que no son considerados respetables" (Skeggs, 2019: 11). Así, en el caso de Mario, donde varias personas de su entorno comenzaron a cuestionar la prostitución, dejar de pagar por sexo funciona como un intento de sintonización entre su realidad

subjetiva y la realidad objetiva. En este caso, sin llegar a suponer procesos de re-socialización (como intentan los programas como *John School*), estas transformaciones conducen a los individuos a producir narrativas donde reinterpretan el pasado "conforme con la realidad presente, con tendencia a retroyectar al pasado diversos elementos que, en ese entonces, no estaban subjetivamente disponibles" (Berger y Luckmann, 2011: 202). Estos varones consideran el sexo pago como parte de una vida que dejaron atrás y de una persona que ya no son, y algunos entienden retrospectivamente que pagar por sexo estaba mal. Pensando en clave de "carrera moral", Goffman (2010) denomina a estos procesos "transformación del yo", es decir, formas de corregir un "defecto" que estigmatizaba a un individuo, o tenía el potencial de hacerlo.

Aunque lo más frecuente es que se retiren "por amor", y esta es también una decisión moralizada:

> Hola a todos, contarles que me llego el fin de todo esto, dejo definitivamente el ambiente, la razón: me enganché y deseo hacer las cosas BIEN. (Nascimentocapelu, Hilo "Solicito la BAJA. razón: me puse de novio", Foro 2).

> Hola, amigos. Hace ya muchos meses que no participo en el foro, por estar obligatoriamente retirado del mundo gateril. Por eso, sigo el camino que leo que están emprendiendo muchos por estos días y solicito mi baja de este foro. Me despido de los grandes amigos con los cuales he compartido muy buenos momentos y me he cagado de risa, comida o café de por medio. A los amigasos [y a] las chicas, un gran abrazo. Muchas veces en la vida, uno no hace lo que quiere sino lo que puede o debe hacer. Esta despedida, es un fiel reflejo de ello (AloValencia, hilo "Pedido de baja", Foro 2).

Dejar de pagar por sexo porque se entabla una relación amorosa y se busca "encarrilarse", "hacer las cosas bien" o como "se debe", parece una justificación válida (aunque frente a esta opción varios usuarios dicen optar por seguir

"gateando", pues argumentan que estar en una relación de pareja acaba "saliendo más caro" que pagar por sexo). Para algunos es incluso la única justificación válida: cuando un usuario comenta su frustración e insatisfacción al no poder dejar de "gatear" y consulta si "alguna vez intentaron dejar el gateo" otro le responde: "si dejas de pagar tiene que ser porque te pusiste de novio con una minita normal" (Pablito143; Hilo "Alguna vez intentaron dejar de pagar por sexo?", Foro 2). Aunque los aprendizajes del ser gatero incluyen un conjunto de explicaciones sobre por qué pagar por sexo, la duda sobre retirarse –acicateada por la culpa ligada a la "infidelidad", a la compulsión por el sexo o a la imposibilidad de conquistar a una mujer– suele asaltar frecuentemente a los usuarios, tanto que uno de ellos plantea:

> Otro tema más de un usuario que dice, "me retiro", " me voy ", " me estoy por ir", para terminar con un "tienen razón, gatear es lo más lindo del mundo, no me retiro nada " …. ya aburren …..:durmiendo: (AndrésLitoral, Hilo "¿Alguna vez intentaron dejar de pagar por sexo?", Foro 1).

En esta línea varios usuarios del Foro 1 afirman que, en realidad, no es posible retirarse del "mundo del gateo". En ocasiones esta idea se articula con la concepción de que pagar por sexo es un "vicio" difícil de manejar y que puede hacerse "adictivo", como ya vimos, y de hecho es usual la comparación con el consumo de drogas. Incluso algunos foristas plantean que, aun cuando se forme una pareja y se desee ser "fiel", esto es imposible, pues "se nace siendo putañero y gatero"; un axioma que sólo puede operar bajo el olvido –o la negación– de todos los procesos de aprendizaje y adaptación que hemos descrito en el capítulo 5:

> Yo no podría dejar de gatear por más que tenga novia. Creo que se nace siendo putañero y gatero, salvando las distancias es como el tipo homosexual que puede llegar a casarse con una mujer e inclusive tener hijos pero a escondidas va y se encama con un tipo. Bueno, el vicio mío son las putas,

> no las podría dejar, seria una doble vida si estaría en pareja (Auguste Comte, Hilo "¿Abandonarían El Ser Gatero Por Una Novia?", Foro 1).

Al explicar por qué no es posible "dejar de gatear", este usuario plantea un paralelo con la homosexualidad que vuelve a explicitar cómo la posición de "gatero" representa, especialmente entrada la adultez, un tipo de desviación respecto del modelo de masculinidad articulado en torno al ideal de varón proveedor y padre de familia. Otro usuario de larga trayectoria en el foro explica a otro forista que los deseos de retirarse son en realidad efímeros:

> Nene, Nunca nosotros Nos retiramos…. Harás un apartado…. La Noche y las Chicas No se cambian, es como Cambiar de Camiseta de Fútbol…. Una Lástima, sos un Gran Forista y con grandes aportes, pero es tu decisión. Debés ser un buen tipo, mi olfato no me falla.– Cuidate, Y si dios quiere nos leemos pronto…Un abrazo, Míjo (viejito difícil, Hilo "Pedido de baja. Abrazo grande a todos!!", Foro 2).

Esta intervención, cuyo contenido comparten muchos foristas, plantea claramente que el retiro nunca es definitivo, más aún, que solo puede ser un *impasse*. El usuario viejito difícil apela a la comparación con "la camiseta de fútbol" dando a entender que una vez que se es de un club no es posible cambiar –o expresaría una falta de lealtad, un valor muchas veces ligado a formas de masculinidad–. Además, el tono de la intervención del usuario viejito difícil al llamar al usuario que se retira "nene" al comienzo y luego "mijo" al final– señala una diferencia generacional. Buena parte de quienes plantean la imposibilidad de retirarse definitivamente del gateo tienen mayor edad, o hablan desde ese lugar de enunciación (por ejemplo, el usuario Radicheto comienza su comentario explicando: "Muchachos, como digo siempre, yo estoy más cerca del arpa que del violín y por lo tanto pasé todas las etapas. Mi experiencia indica que…" (Hilo "quiero dejar pero no puedo", Foro 1). Aparece

aquí una tensión entre los sentidos asociados al ciclo de la vida y el desarrollo de la masculinidad por un lado y las carreras de los gateros, por el otro. El pagar por sexo suele ser asociado a una etapa vital anterior –tal como confirma la "firma" del usuario Perfumo: "no quiero crecer, quiero seguir gateando!".

La concepción del "Don Juan" como un hombre inmaduro parece transformarse en el espacio del foro, donde la voz de los usuarios mayores suele aparecer como una voz autorizada, especialmente en relación al retiro. Si en general se considera que el hecho de envejecer hace que los hombres pierdan estatus (Meadows y Davidson, 2006; Kampf, Marshall y Petersen, 2012), ya que lo que prima en la jerarquización es la fuerza física, la potencia y el rendimiento, en el contexto de los foros esto se pone entre paréntesis. Este espacio suspende la norma moral que sanciona, por desmedido y fuera de lugar, el deseo sexual de varones mayores por mujeres jóvenes –manifiesta en el carácter peyorativo que adquiere la inmadurez en la expresión popular "viejo verde"–. A su vez, los clientes mayores, y buena parte de los gateros con amplias trayectorias, suelen valorar las relaciones más duraderas con algunas pocas escorts. Allí, las reincidencias con una escort –en el marco de una ilusión romántica, cuyos riesgos ya deben haber aprendido a manejar– atenúan la "perversión" atribuida a los "viejos verdes".

Considerando globalmente lo desarrollado en este capítulo podemos comprender las características que adquiere para estos varones este punto de su carrera. Los "gateros viejos" se ven enfrentados a las dificultades que les supone el retiro del sexo pago, tanto como los riesgos que representan las ilusiones románticas –dentro y fuera del comercio sexual–. Todo ello explica por qué la edad es una variable de prestigio en la comunidad gatera, donde los gateros viejos tienen el capital de la experiencia. Entre ellos las autojustificaciones son tan frecuentes como las posiciones melancólicas que rememoran "los viejos tiempos del cabaret" como una época dorada que parece haber

desaparecido con los cambios recientes en la legislación, es en buena medida la subcultura online del foro la que les permite recrear ese espacio de homosocialidad masculina.

Las ambivalencias en relación a la autoimagen de los gateros continúan incluso hasta el final de su carrera moral. Al analizar las formas en las que piensan el retiro esto se hace evidente pues no son pocos los que se cuestionan moralmente el deber de retirarse, cerrar una etapa vital. Esto sucede especialmente de cara al comienzo de una relación de pareja, cuando entre los "otros significativos" se pasa a valorar el sexo pago como algo negativo, o cuando se lo asocia a consumos concebidos como nocivos y/o a etapas oscuras o tristes de sus vidas. Como hemos mostrado, la preocupación por construir una imagen respetable de sí mismos, se da en un contexto de transformación de las relaciones de género y masificación de los lenguajes y demandas de los feminismos, que interpelan a los varones a "deconstruirse". Esto incluye modificar prácticas sexuales que se conciben unívocamente como reproductoras de relaciones asimétricas, dentro de las cuales se encuadra a la "prostitución". Asimismo, las transformaciones del mercado sexual, a partir del despliegue de políticas anti-trata y el cierre de espacios de comercio sexual como cabarets, whiskerías y departamentos privados, impactan en las rutinas y prácticas de estos varones. Cuando esos lenguajes, demandas y transformaciones modifican la realidad en la que se mueven estos individuos, pueden encontrar dificultades para mantener la coherencia entre la realidad objetiva y su realidad subjetiva en tanto varones respetables. Sobre todo cuando llegan a la vida adulta, donde el sexo pago se suele realizar de manera individual, perdiendo los espacios de homosocialidad donde la reprobación por esta práctica se suspende o se matiza. Quienes no forman parte de estos espacios homosociales pueden narrar el abandono de esa práctica como una "transformación del yo". Resulta difícil

mesurar cuánto de corrección política hay en esa narración, sin embargo, esto les permite alejarse de un atributo que potencialmente puede estigmatizarlos y reconstruir su respetabilidad.

No obstante, la mayoría parece no experimentar transformaciones en su realidad subjetiva, sobre todo quienes forman parte de la subcultura gatera y han llegado a construir otra matriz interpretativa sobre sus prácticas, que les permite encontrar diversos justificativos. Las resistencias frente al retiro se expresan en parte esencializando su propia identidad como gateros y por ende negando todos los aprendizajes y adaptaciones que fueron necesarias en sus comienzos. A su vez, la imposibilidad de retirarse definitivamente, se liga con el deseo de sostener el ámbito de protección que supone el espacio de homosocialidad virtual para estos varones, por fuera del cual su identidad está cuestionada, especialmente para los de mayor edad.

De nudos invisibles y certezas perdidas

Notas para hilar las experiencias

A lo largo de este libro hemos mostrado buena parte de las divergencias que presentan las experiencias de los varones que pagan por sexo respecto al estereotipo que se construye y reproduce –tanto desde los imaginarios del sentido común, como desde las narrativas políticas que tejen algunos feminismos y sus versiones institucionalizadas en políticas anti-trata–. Aunque hemos visto que otros fragmentos de esas experiencias sí podrían reflejarse en el muñeco de paja que representa al prostituyente, también hay un conjunto no menor, y sobre todo persistentemente reiterado, de narrativas que se escapan de esa representación. Si, entonces, hemos dedicado buena parte de nuestro análisis a deshilachar ese estereotipo, ahora nos toca intentar hilar estas experiencias, para hallar otros sentidos y proponer otras preguntas, especialmente algunas que, esperamos, den lugar a la potencia de la crítica sin sucumbir a la simplificación y el maniqueísmo.

En el marco de las transformaciones en el régimen de sexualidad que hemos reseñado, pero sobre todo, de la expansión de lenguajes y demandas feministas potenciadas por la cuarta ola, la práctica de pagar por sexo parece entrar en conflicto con el horizonte imaginado para las "nuevas masculinidades". Esta práctica, ha comenzado a percibirse como contraria a las expectativas normativas asociadas a los "hombres de verdad", las cuales demandan capacidad de conquista sexual –idealmente en el marco de relaciones heterosexuales igualitarias– y apuntalan la posición masculina de padre-protector-proveedor. El surgimiento

del estigma de "prostituyente", aunque aún no consolidado, posiciona al intercambio de dinero por sexo como un atributo masculino potencialmente desacreditador.

En este escenario en transformación, los varones que pagan por sexo asiduamente y lo consideran parte de su identidad, llegándose a considerar gateros, encuentran en los foros un espacio de homosocialidad donde el estigma de prostituyente se suspende. Considerando la clausura de buena parte de la oferta de sexo puertas adentro, producto de las políticas anti-trata, hemos caracterizado a estos foros como una especie de cabarets virtuales, intentando marcar algunas continuidades –pero también rupturas o diferencias– que presentan con el cabaret de antaño. Ambos espacios reúnen a los varones en torno a una práctica que conciben como parte de sus necesidades y/o de su esparcimiento, y a través de la que pueden reafirmar su masculinidad frente a un grupo de pares. Sin embargo, la identidad protegida de los foros y la interacción virtual, introducen algunos desplazamientos. Por un lado, estos sujetos potencialmente desacreditables, encuentran la posibilidad de iniciar su carrera moral como gateros y formar parte de una "comunidad gatera", en un contexto donde compartir esta práctica de manera cotidiana y en co-presencia –como hacían en los cabarets o whiskerías–, ya no es posible. Esta comunidad gatera funciona como un espacio donde pueden realizar una serie de aprendizajes para intentar controlar y manejar diversos aspectos de los intercambios de sexo comercial y, al mismo tiempo, al constituir una "subcultura desviada", les permite recrear constantemente entre sí estrategias de normalización de sus prácticas. Asimismo, el guión sexual construido en los foros, al priorizar la performance y el rendimiento sexual socava la importancia de otras dimensiones de la sexualidad, como el cuidado de la salud y el placer. El mandato de encarnar una masculinidad articulada en torno a la potencia sexual implica para estos varones un trabajo de control emocional y corporal de gran envergadura, que en muchos casos tracciona en contra –o

a pesar de– su deseo. Aunque los foros aparecen también como espacios más abiertos donde pueden compartir sus vulnerabilidades. La falta de experiencia, más que como un defecto, es considerada como parte del estadio del novato que inicia la carrera, y el relato de las dificultades en la performance (en la erección u orgasmo), el miedo y/o los nervios, no son una amenaza para su reputación masculina como en el grupo de pares, sino desafíos a superar con el consejo de la comunidad. Como vemos, la opinión y la aprobación de otros varones es de suma importancia a la hora de manejar la información personal que puede impactar en su masculinidad, especialmente aquella ligada a su sexualidad. Asimismo, mantener en secreto su estatus de cliente –o la identidad de gatero– por fuera de los foros revela cómo se bifurcan, cada vez más, la carrera de gatero y la construcción de la hombría. El silencio, entonces, muestra un carácter ambivalente en las relaciones de poder entre hombres: por un lado, los varones que pagan por sexo continúan teniendo el privilegio de poder controlar la información sobre su atributo estigmatizante; por otro, los gateros se ven cada vez más obligados a mantener en secreto sus prácticas, que ponen en riesgo su posición en la jerarquía de masculinidades.

Rescatamos aquí un primer conjunto de preguntas que emergen de nuestra investigación y permiten conectarla con otras cuestiones ligadas más ampliamente a las transformaciones sobre género y sexualidad. Primero, ¿cómo impactan las transformaciones del mercado sexual, sobre todo su borramiento del espacio público y su encuadre en el prisma de la violencia de género, en los sentidos asociados al debut sexual para las nuevas generaciones de varones? Segundo, ¿de qué manera las crecientes culturas virtuales y las homosocialidades diferenciales de las que éstas permiten participar, transforman las maneras de habitar la masculinidad? Tercero, ¿qué efectos tiene sobre las masculinidades producidas en el mercado sexual el paulatino crecimiento

de patrones de consumo sexual más individualizados y con expectativas de recrear algún tipo de intimidad?

La construcción de los varones que pagan por sexo como seres asquerosos, o monstruosos, además de resultar problemática a nivel político, puede contribuir a bloquear la reflexión sobre el deseo sexual masculino. En tanto el deseo de pagar a una mujer por sexo sea interpretado como una aberración, el origen de dicho deseo puede ser remitido a un (des)orden natural. Así, la monstruosidad aparece como una suerte de obstáculo epistemológico, especialmente para que estos varones puedan pensarse a sí mismos en relación con su deseo sexual. Si bien podemos considerar que nuestros deseos sexuales siempre presentan un grado de opacidad cuando intentamos reflexionar sobre ellos, ciertamente concebirlos como ligados a una perversión a ser eliminada puede fácilmente ponernos a la defensiva y obstruir la reflexión. Algo similar sucede si la única propuesta es la cancelación de la "cultura prostituyente". Como hemos visto a lo largo del libro, las experiencias de los varones que pagan por sexo presentan, en muchas oportunidades, un conjunto de tensiones que los alejan tanto de la posición de un dominador omnipotente como del imaginario festivo del ir de putas. Estas tensiones, que aparecen desde el comienzo hasta la retirada de la carrera del gatero, tanto a nivel de los vínculos problemáticos con otros actores del mercado sexual, como a nivel de su propio cuerpo en la "respuesta sexual", aparecen en repetidas oportunidades para ellos mismos como disparadores que cuestionan su deseo. Cuando consideramos las tensiones que, si bien no universal pero sí recurrentemente, surcan las experiencias de quienes pagan por sexo es posible problematizar el deseo sexual masculino más allá de un mero deseo de dominación. Sin embargo, la interpelación estigmatizante, si bien puede generar múltiples expresiones públicas de corrección política, difícilmente pueda ser transformadora a nivel íntimo.

Creemos que, si abandonamos el ideal de la abolición del mercado sexual, las tensiones y los eventos disruptivos

en las experiencias de pagar por sexo pueden ser mejor comprendidas, en parte, como fruto de las ilusiones que propone el mercado sexual. Las experiencias que ponen a los varones en lugares de vulnerabilidad, que exhiben sus fallas y debilidades, así como sus necesidades emocionales, pueden ser leídas a la luz de la ilusión de entablar una relación sexual desde un lugar de invulnerabilidad, que supone un control emocional implacable y la transparencia del propio deseo. El mercado sexual vende una ilusión que pretende enmascarar la dimensión emocional y de cuidado que se pone en juego en cada interacción, y que no siempre es abiertamente reconocida por los varones que pagan por sexo, porque supondría reconocerse en una posición de vulnerabilidad que pondría en riesgo su masculinidad. Esta ilusión no sólo se plantea en los términos de la dimensión emocional, sino que está estrechamente ligada a una supuesta posición de poder absoluto. Desde ya, cuestionar de esta forma dicha ilusión supone, entonces, tener en cuenta otras dos dimensiones que si bien no forman el centro de esta reflexión se desprenden como emergentes para continuar pensando: en primer lugar, reconocer las posibles posiciones de poder y la capacidad de agencia de quienes venden sexo. En segundo lugar, considerar que la tarea involucrada en el comercio sexual puede tener una dimensión ligada a la vulnerabilidad masculina y el trabajo de cuidado, lo cual supone cuestionar la frontera moral y simbólica que separa ambas cuestiones del sexo.

La diversidad de experiencias que hemos analizado en este libro, hace difícil entonces considerar al varón que paga por sexo como un sujeto cuya relación con el género, la sexualidad y el poder es evidente, estática, y determinada por su posición en la estructura de género. Al analizar las múltiples relaciones de género en el mercado sexual, atravesadas por los sentidos sobre la sexualidad, la edad, las emociones, o la salud, emergen una serie de posiciones diferentes tanto entre los entrevistados, como entre los miembros de la "comunidad gatera" que participan de los

foros. Reducir esta heterogeneidad bajo la categoría "masculinidad hegemónica", supondría una utilización del concepto más como una etiqueta funcional a un proceso de estigmatización, que como un concepto dinámico para analizar las relaciones de género. El hecho de que el orden de género se estructure jerárquicamente no supone que exista una única masculinidad hegemónica, una subordinada, una cómplice, etc. Las masculinidades no son identidades, ni esencias, ni rasgos de la personalidad, sino posiciones en las relaciones de género cuya multiplicidad y dinamismo puede llevar a que simultánea y contradictoriamente se ocupen diferentes posiciones de poder y vulnerabilidad de acuerdo al escenario, la interacción y lxs actores involucrados en cada escena.

Sin embargo, cuando limitamos los conceptos a su dimensión descriptiva y sustancialista, corremos el riesgo de afianzar una serie de estereotipos y prejuicios que reducen la diversidad de relaciones sociales en un sentido común generalmente binarista, y que confunden las experiencias con las normas sociales que pretenden determinarlas. El hecho de que existan una serie de mandatos sobre la masculinidad que privilegian la racionalidad por sobre las emociones, la independencia frente a la dependencia, el correr riesgos por sobre el cuidado de la salud, el poder por sobre la vulnerabilidad –por mencionar sólo algunas cuestiones–, no supone que las emociones, la dependencia, el cuidado y la vulnerabilidad no estén presentes en sus experiencias. De hecho, como hemos visto, son más que relevantes para comprender sus prácticas y relaciones.

Intentamos en este trabajo dar cuenta de que ni el poder ni la vulnerabilidad están sobredeterminados por las estructuras sociales, sino que circulan en cada una de las relaciones sociales presentes en el mercado sexual, que se articulan con tensiones y matices entre la dimensión estructural, la interacción social y la subjetividad. Relaciones que, aún caracterizadas por asimetrías de base, encuentran siempre a los varones que pagan por sexo en diferentes

posiciones de acuerdo al género de las personas con las que se relacionen, las emociones que los afecten en cada vínculo, las edades que tengan en cada encuentro, los riesgos que corran en cada interacción, y lo comprometidos que vean sus sentidos sobre la masculinidad, la sexualidad o la salud.

Esta perspectiva analítica surge a partir del desarrollo de investigaciones empíricas como la que nutre este libro. Sin quitar valor a las reflexiones de orden filosófico-político desarrolladas desde diversas disciplinas, ni a la perspectiva más estructural de los procesos sociales, creemos que una mirada micro puede resultar un aporte, especialmente cuando abordamos una problemática atravesada por un debate fuertemente polarizado. Tomar en cuenta las experiencias al nivel de la interacción y los sentidos que los actores otorgan localmente a sus prácticas, puede servir para construir un enfoque que dé cuenta de los matices y atienda a las transformaciones más sutiles, y no solamente a las más radicales. Los corrimientos en las percepciones y valoraciones sociales de la posición del "cliente de prostitución", y el escenario que propone el traslado de buena parte del mercado sexual al mundo online, en el contexto de una expansión y masificación de los feminismos, construyen un marco novedoso para las interacciones en el mercado sexual. Tan solo por retomar algunos detalles planteados a lo largo del libro: la sutil diferencia entre el anonimato y las identidades protegidas de los foros que suponen la posibilidad de interacción homosocial y, a la vez un cierto grado de relajación en la mirada vigilante de otros varones atentos a las formas de masculinidad desplegadas, abren inesperados espacios de reflexión entre los varones que pagan por sexo. Esto remarca asimismo la necesidad de continuar analizando las transformaciones que supone la intensa participación en el mundo online, con su lógica simbólica e incorpórea, en la construcción y transformación de nuestras sexualidades y relaciones de género. Creemos que enfocarnos en las experiencias, las interacciones, sus sentidos y tensiones –sin dejar de tener en cuenta las dimensiones estructurales,

como hemos intentado aquí– habilita a construir una mirada menos universalizante y, por ende, supone una posición político-epistemológica diferente de aquellas que parecen concebir el mundo social en términos dicotómicos.

Esta concepción dicotómica y estática es la que subyace en algunas posiciones abolicionistas que no parecen tan preocupadas por deconstruir el "estigma de puta" como por generar uno nuevo: el "estigma de prostituyente". Nos preguntamos entonces ¿qué implica apostar a una política de la estigmatización como forma de buscar justicia?, ¿en qué medida un nuevo estigma puede contribuir a abrir un proceso de transformación de las masculinidades que legitiman y reproducen las jerarquías de género?, ¿cómo se pueden pensar intervenciones políticas que consideren las relaciones de poder tomando en cuenta las polifonías subjetivas en las masculinidades, y por fuera de la matriz víctima-victimario?

Estas políticas estigmatizantes, que emergen de perspectivas feministas que conceptualizan la (hetero)sexualidad únicamente como un espacio de dominación masculina y al comercio sexual como la expresión paradigmática de la violencia de género, producen en estos varones una sensación de ajenidad respecto del feminismo. Así, se dificulta aún más la posibilidad de producir una reflexión sincera y autocrítica sobre la sexualidad masculina implicada en el comercio sexual, tanto en términos del propio deseo, como de las relaciones con las trabajadoras sexuales. Una mirada menos esencialista que la del feminismo abolicionista, permitiría no sólo comprender la diversidad de sentidos y posiciones que moldean las experiencias de los varones que pagan por sexo, sino también abrir espacios de reflexión sobre el respeto hacia las mujeres que hacen sexo comercial, en tanto trabajadoras. Algo que parece ser posible, tanto por la necesidad de restituir la respetabilidad que tienen los varones que pagan por sexo, como por la propia subcultura gatera que rechaza los intercambios sexo-

comerciales con mujeres que perciben como coaccionadas y valoriza a quienes tratan de manera respetuosa a las escorts.

Quisiéramos terminar con una reflexión sobre una pregunta que nos ha rondado desde el comienzo de este trabajo: ¿por qué "darles voz" a estos varones? Esta pregunta, que camufla una acusación, encierra al menos dos problemas: en primer lugar, la idea de que analizar las experiencias de algún sujeto significa "darle voz" desprecia el lugar de quien investiga y analiza, y el diálogo que se produce entre la teoría social y la experiencia. En segundo lugar, nuestra intención ha sido, justamente, abandonar la lógica excluyente de amigo-enemigo, para poder articular un análisis que nos permita entablar diálogos incómodos. Esto supone que creemos firmemente en la potencia de poner en riesgo nuestras propias certezas como antídoto ante la mismidad, y como llave para abrirnos a la otredad.

teseopress.com

Anexo

Datos de los entrevistados

Seudónimo	Edad	Estado civil	Ocupación	Nivel educativo	Entrevistado por
Ismael	72	Divorciado	Veterinario	Universitario Completo	Varón
Nicolás	45	En pareja	Comerciante	Universitario Incompleto	Varón
Beto	55	En pareja (no conviven)	Taxista	Secundario Incompleto	Varón
Jeremías	36	Separado	Músico	Secundario completo	Varón
Sergio	38	Divorciado	Minero	Universitario Incompleto	Varón
Sebastián	77	Casado	Jubilado / Docente	Terciario	Varón
Hugo	44	Separado	Campesino / Changarín	Primaria Completa	Varón
Negro	31	En pareja (conviven)	Empleado	Secundario completo	Varón
Daniel	64	Casado	Docente / Enólogo	Terciario	Varón
Rubén	62	Viudo	Jubilado / Taxista	Primaria Incompleta	Varón
Roberto	38	En pareja (no conviven)	Músico	Secundaria Completa	Mujer
Gastón	51	Divorciado	Arquitecto	Universitario Completo	Mujer
Carlos	51	Casado	Mantenimiento en Industria	Terciario	Mujer

Esteban	67	Separado	Jubilado / Electricista	Secundario Incompleto	Mujer
Julián	60	Soltero	Kinesiólogo	Universitario Completo	Mujer
Aníbal	27	Soltero	Estudiante / Artista	Universitario Incompleto	Mujer
León	30	Soltero	Desocupado	Secundario Incompleto	Mujer
Lucio	30	Soltero	Empleado gastronómico	Universitario Incompleto	Mujer
Mario	37	Separado	Escritor	Universitario Completo	Mujer

Bibliografía

Agustín, M. L. (2009) *Sexo y marginalidad. Emigración, mercado de trabajo e industria del rescate*. Madrid: Editorial Popular.

Álvarez Gandolfi, F. (2016) Problemáticas en torno de las ciberculturas. Una reflexión sobre las posibilidades y los límites de la etnografía virtual. *Cultura, lenguaje y representación*, *16*, 7-20.

Barry, K. (1995) Pimping: The World's Oldest Profession. *On The Issues Magazine*, *4*(3).

Bauman, Z. (2005) *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Becker, H. (2010) *Outsiders: hacia una sociología de la desviación*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Behrens, R. (2019) De las luces de colores al apagón. La transición institucional en la regulación de la prostitución de Río Gallegos. Ponencia presentada en XIV Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres & IX Congreso Iberoamericano de Estudios de género, Universidad Nacional de Mar del Plata.

Berger, P. L. y Luckmann, T. (2011) *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

Bernstein, E. (2007) *Temporarily yours: intimacy, authenticity, and the commerce of sex*. Chicago: University of Chicago Press.

__ (2001) The meaning of the purchase: Desire, demand and the commerce of sex. *Ethnography*, *2*(3), 389-420.

Blanchette, T. y Da Silva, A. P. (2017) Sympathy for the Devil: Pimps, Agents, and Third Parties Involved in the Sale of Sex in Rio de Janeiro. En A. Horning & A. Marcus (eds.), *Third Party Sex Work and Pimps in the Age of Anti-trafficking* . New York: Springer, 15-48.

Bouamama, S. (2004) *L'homme client en question. Le processus du devenir-client de la prostitution,* París: IFAR, Mouvement du Nid.

Bourdieu, P. (2000) *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Brewis, J. y Linstead, S. (1998) Time After Time. The Temporal Organization of Red-Collar Work. *Time & Society*, *7*(2-3).

Butler, J. (1991) Disorderly Woman. *Transitions, 1*(53), 86-95.

Chejter, S. (2010) *Lugar común: la prostitución*. Buenos Aires: Eudeba.

Chu, J. Y. (2014) *When Boys Become Boys. Development, Relationships, and Masculinity*. NY: NYU Press.

Clough, P. T. (2008) The Affective Turn: Political Economy, Biomedia and Bodies. *Theory, Culture & Society*, *25*(1), 1-22.

Connell, R. W. (2003) *Masculinidades.* México: PUEG, UNAM.

__ (1987) *Gender and power*. Sydney: Allen and Unwin.

Connell, R.W. y Messerschmidt, J.W. (2005) Hegemonic masculinity: Rethinking the concept. *Gender and Society*, *19*, 829-859.

Corso, C. (2004) Desde dentro: los clientes vistos por una prostituta. En: R. Osborne (ed.), *Trabajador@s del sexo. Derechos, migraciones y tráfico en el siglo XXI*. Barcelona: Bellaterra, 121-134.

Cosse, I. (2010) *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Costa, S. (2006) ¿Amores fáciles? Romanticismo y consumo en la modernidad tardía. *Revista Mexicana de Sociología, 68*(4), 761-782.

Crawford, R. (1994) The boundaries of the Self and the unhealthy Other: Reflections on health, culture and AIDS. *Social Science & Medicine*, *38*(10).

Crehan, K. (2004) *Gramsci, cultura y antropología*. Barcelona: Bellatera.

Daich, D. y Varela, C. I. (2014) Entre el combate a la trata y la criminalización del trabajo sexual: las formas de gobierno de la prostitución. *Delito y Sociedad, 38*(23).

De Boise, S. y Hearn, J. (2017) Are men getting more emotional? Critical sociological perspectives on men, masculinities and emotions. *The Sociological Review, 65*(4), 1-18.

De Keijzer, B. (1998) El varón como factor de riesgo. En Tuñon, E. (coord.) *Género y salud en el Sureste de México*. Villahermosa: ECOSUR y U. A. de Tabasco, 199-219.

De Keijzer, B. (2001) Hasta donde el Cuerpo Aguante: Género, Cuerpo y Salud Masculina. Ponencia presentada en el Congreso Latinoamericano de Ciencias Sociales y Salud, Lima.

De Stéfano Barbero, M. (2021) *Masculinidades (im)posibles. Violencia y género, entre el poder y la vulnerabilidad*. Buenos Aires: Galerna.

__ (2019) ¿De tal palo…? Parentalidad, género y violencia en la infancia de los hombres que han ejercido violencia contra sus parejas. *Revista Encrucijadas*, 18-Diciembre.

__ (2018) Apuntes sobre homofobia e intersubjetividad masculina en la articulación entre la violencia inter e intra-género. *Revista del Centro de Formación y Pensamiento Génera*, *1*(2), 5-7.

__ (2017) Hacerse hombre en el aula: la intersección entre masculinidad, homofobia y acoso escolar. *Cadernos Pagu*, 50.

Deering, K.; Lyons, T.; Feng, C.; Nosyk, B.; Strathdee, S.; Montaner, J. y Shannon, K. (2013) Client demands for unsafe sex: the socioeconomic risk environment for HIV among street and off- street sex workers. *Journal of Acquired Immune Deficiency Syndromes*, *63*(4), 522- 31.

Dodillet, S. y Östergren, P. (2011) La Ley de compra de sexo sueca: éxito proclamado y resultados documentados. Comunicación presentada en el Taller internacional *Despenalización de la prostitución y más allá: experiencias prácticas y retos*, La Haya.

Earle, S. y Sharp, K. (2007) *Sex in cyberspace men who pay for sex*. Aldershot, Hampshire, England; Burlington, VT: Ashgate Pub. Co.

Elias, N. (1993) *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Engler, V. (2017) Antifeminismo online. *Nueva Sociedad,* 269.

Firestone, S. (1971) *The dialectic of sex: the case for feminist revolution*. New York: Bantam Books.

Flood, M. (2021) Backlash: los movimientos de varones enojados. En Fabbri, L. (comp.) *La masculinidad incomodada*. Rosario: HomoSapiens, UNR Editora, 213-245.

__ (2007) Men, Sex, and Homosociality: How Bonds between Men Shape Their Sexual Relations with Women. *Men and Masculinities*, *10*(3), 339-359.

Fraser, N. (1997) *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición "postsocialista"*. Santa Fe de Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad de los Andes.

Fuller, N. (2012) Repensando el Machismo Latinoamericano. *Masculinities and Social Change*, *1*(2), 2012, 114-133.

__ (2001) No uno sino muchos rostros. Identidad masculina en el Perú urbano. En Viveros, M., Olavarría, J. y Fuller, N. *Hombres e identidades de género: Investigaciones desde América Latina*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Colombia.

Galindo, M. y Sánchez, S. (2007) *Ninguna mujer nace para puta*. Buenos Aires: Lavaca Editora.

Gaspar, M. D. (1985) *Garotas de programa: prostituiçao em Copacabana e identidade social*. Rio de Janeiro: J. Zahar.

Giddens, A. (2004) *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Goffman, E. (2010) *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.

__ (2001) *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu.

González, M. (2010) Imaginarios y lógicas de la prostitución. *Topia*. Recuperado de https://www.topia.com.ar/articulos/imaginarios-y-l%C3%B3gicas-prostituci%C3%B3n

Green, A. (2013) Erotic capital and the power of desirability: Why 'honey money' is a bad collective strategy for remedying gender inequality. *Sexualities, 16*(1-2).

Gusfield, J. R. (2014) *La cultura de los problemas públicos. El mito del conductor alcoholizado versus la sociedad inocente*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Gutmann, M. y González-López, G. (2007) Machismo. En Garda, R. y Huerta, F. (eds.) *Estudios sobre la Violencia Masculina*.México:Hombres por la Equidad, 15-19.

Guy, D. (1994) *El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires 1875-1995*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Hemmings, C. (2005) Invoking Affect. *Cultural Studies, 19*(5), 548-567.

Hine, C. (2015) *Ethnography for the Internet: Embedded, Embodied and Everyday*. London: Bloomsbury Academic.

Hochschild, A. (2008) *La Mercantilización de la vida Íntima: apuntes de la casa y el trabajo*. Buenos Aires; Madrid: Katz.

__ (1979) Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure. *American Journal of Sociology, 85*(3), 551-575.

hooks, b. (2004) *The will to change: men, masculinity, and love*. New York: Atria Books.

Horning, A. y Marcus, A. (eds.) (2017) *Third Party Sex Work and Pimps in the Age of Anti-trafficking*. New York: Springer.

Horswill, A. y Weitzer, R. (2016) Becoming a Client: The Socialization of Novice Buyers of Sexual Services. *Deviant Behavior*, December.

Hua, C. (2003) Les désirs sexuels masculins et leurs contradictions : masculinité, style de vie et sexualité. Le

cas des clients de prostituées à Taiwan. *Travail, genre et sociétés, 10*(2), 107-128.
Iglesias Skulj, A. (2017) ¿Cómo hacerse la sueca? Criminalización de la demanda de servicios sexuales: la gobernanza de la trata sexual en tiempos de feminismo punitivista. *Kula*, n. 17.
Illouz, E. (2014), *Erotismo de autoayuda. Cincuenta sombras de Grey y el nuevo orden romántico*. Buenos Aires: Katz.
__ (2009). *El consumo de la utopía romántica el amor y las contradicciones del capitalismo*. Madrid; Buenos Aires: Katz.
Jackson, S. (1993) Even Sociologists Fall in Love: An Exploration in the Sociology of Emotions. *Sociology, 27*(2), 201-220.
Joseph, L. y Black, P. (2012) Who's the Man? Fragile Masculinities, Consumer Masculinities, and the Profiles of Sex Work Clients. *Men and Masculinities, 15*(5), 486-506.
Kampf, A.; Marshall, B. y Petersen, A. (2012) *Aging Men, Masculinities and Modern Medicine*. London and New York: Routledge Print.
Kaufman, M. (1995) Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. Recuperado de https://goo.gl/YY5Ra8
Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En Valdés, T. y Olavarría, J. (eds.) *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Santiago de Chile: Isis Internacional, FLACSO Chile, 49-62.
Kong, T. (2015) Romancing the boundary: client masculinities in the Chinese sex industry. *Culture, Health & Sexuality, 17*(7), 810-824.
Kulick, D. (2005) Four Hundred Thousand Swedish Perverts. *GLQ: A Journal of Lesbian and Gay Studies,* 11(2), 205-235.
Kuosmanen, J. (2011) Attitudes and perceptions about legislation prohibiting the purchase of sexual services in Sweden. *European Journal of Social Work*, 14(2), 247-263.
Lamas, M. (2017) *El fulgor de la noche*. México: Océano.

Laugier, S.; Molinier, P.; Bisson, F. y Querrien, A. (2012) Prenons soin des putes. *Multitudes, 48*(1), 32-37.

Leverenz, D. (1986) Manhood, Humiliation and Public Life. Some Stories. *Southwest Review*, *71*(4), 442-462.

Lindholm, C. (1998) Love and Structure. *Theory, Culture & Society, 15*(3 & 4), 243-263.

Luhmann, N. (1985) *El amor como pasión: la codificación de la intimidad*. Barcelona: Península.

Mackinnon, C. (1993). Prostitution and Civil Rights. *Michigan Journal of Gender & Law, 1*, 13-31.

__ (1987) Sexuality. En Mackinnon, C., *Toward A Feminist Theory of the State*, USA: Harvard University Press, 127 – 154.

Martynowskyj, E. (2020) *La "trata de mujeres con fines de explotación sexual" como problema público: política sexual, moralidades y poder punitivo*. Tesis Doctoral. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

__ (2018) De clientes a varones prostituyentes. Una aproximación al proceso de construcción de un sujeto "repudiable". *RevIISE,* 12(12), pp. 27-36.

__ (2017) Género, sexualidades, delito y moral en pantalla. Una aproximación al régimen de representación de la "trata de mujeres con fines de explotación sexual" en el cine argentino contemporáneo. *Kula. Antropólogos del Atlántico Sur. Revista de Antropología y Ciencias Sociales*, 17, 25-37.

Mathieu, L. (2001) An unlikely mobilization: the occupation of Saint-Nizier church by the prostitutes of Lyon. *Revue française de sociologie*, 42, 107-131.

Mathieu, L. (2015) Des monstres ordinaires. La construction du problème public des clients de la prostitution. *Champ pénal/Penal field*, 12.

Meadows, R. y Davidson, K. (2006) Maintaining manliness in later life: Hegemonic masculinities and emphasized femininities. En T. Calasanti y K. Slevin (eds.) *Age matters: Realigning feminist thinking*. New York: Routledge Print.

Meccia, E. (2008) La carrera moral de Tommy. Una historia de vida relativa a la transformación de la homosexualidad de colectividad a categoría social. En M. Pecheny, C. Figari, y D. Jones (comps.) *Todo sexo es político. Estudios sobre diversidad sexual en Argentina*, Buenos Aires: Libros del Zorzal.

Meneses Falcón, C. y Rua Vieites, A. (2011) Comportamientos de riesgo en los varones que pagan servicios sexuales. *Norte de salud mental*, 9(39), 27-39.

Meneses, C.; Uroz, J. y Rua, A., (2018) Can clients who pay for sexual services help victims of sex trafficking? *Masculinities and Social Change*, 7(2), 178-208.

Messerschmidt, J. (2018) *Hegemonic masculinity: Formulation, Reformulation and Amplification.* New York: Rowman & Littlefield.

Millet, K. (1975 [1969]) *Política sexual*. México: Aguilar.

Montiel Torres, O. (2009) *Trata de personas: padrotes, iniciación y modus operandi*. México: Instituto Nacional de las Mujeres.

Moore, H. (1994) The problem of explaining violence on the social sciences. En P. Harvey y P. Gow (eds.) *Sex and violence*, pp. 138-155. London: Routledge.

Morcillo, S. (2021 [2014]) *Sexo por dinero: identidades y experiencias en los relatos de mujeres que hacen sexo comercial en Buenos Aires, San Juan y Rosario*. Buenos Aires: Teseo (en prensa).

__ (2020) De la experiencia a la confusión.: Masculinidades, afectos y emociones en los relatos de varones que pagan por sexo en Argentina. *Culturales*, 8, 1-40. https://doi.org/10.22234/recu.20200801.e542

__ (2017) Contrabando de afectos, fugas de capitales y otros desplazamientos. Relaciones de sexo comercial más allá de las fronteras de la prostitución. *Cadernos Pagu*, 49.

__ (2015) Entre el burdel, la cárcel y el hospital. Construcción socio-médica de la "prostituta". *Espacio Abierto. Cuaderno Venezolano de Sociología*, 24(2), 299-316.

__ (2014) "Como un trabajo". Tensiones entre sentidos de lo laboral y la sexualidad en mujeres que hacen sexo comercial en Argentina. *Sexualidad, Salud y Sociedad* (Rio de Janeiro), 18, 12-40.

Morcillo, S. y Justo Von Lurzer, C. (2012) 'Mujeres públicas' y sexo clandestino. Ambigüedades en la normativa legal sobre prostitución en la Argentina. En D. Jones, C. Figari, y S. Barrón López (Eds.) *La producción de la sexualidad. Políticas y regulaciones sexuales en Argentina*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Morcillo, S. y Varela, C. (2021) ¡Puaj! Las retóricas del asco en el movimiento abolicionista de la prostitución en Argentina. *Revista Estudos Feministas*. v. 29, n. 1

Morcillo, S.; Martynoswkyj, E. y De Stéfano Barbero, M. (2021) ¿El macho `apichonado´? Masculinidad, emociones y relaciones de género en los relatos de varones que pagan por sexo en Argentina, *Contemporânea, Revista de Sociologia*, 11(3).

__ (2020a) "Aprendiendo a 'gatear': masculinidades y carreras morales en varones que pagan por sexo en Argentina". *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, 86.

__ (2020b) "Negros, mafiosos y ortibas". Masculinidades y proxenetas en los relatos de varones que pagan por sexo en Argentina. *Cuestiones de Sociología,* 23.

__ (2020c) "Lo importante no es ponerla, sino sacarla sana y a tiempo". Masculinidad y salud entre varones que pagan por sexo en Argentina. *Papeles de Trabajo*, 25.

__ (2018) Una aproximación a los discursos sobre feminismo en varones que pagan por sexo en Argentina. *Sapiens Research*, 8(2), 54-62.

O'Connell Davidson, J. (1998) *Prostitution, power, and freedom*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

OMS (2018) *The health and well-being of men in the WHO European Region: better health through a gender approach*. Documento electrónico: https://bit.ly/2ZZc9uL. Acceso 23 de septiembre.

Pateman, C. (1995 [1988]) *El contrato sexual*. Barcelona: Anthropos.

Pecheny, M. y Manzelli, H. (2002) Prevención del VIH/sida en "hombres que tienen sexo con hombres". En C. Cáceres *et al.* (eds.) *SIDA y sexo entre hombres en América Latina*, pp.103-138. Lima, UPCH-ONUSIDA.

Pereryra, S. (2018) La estabilización de un problema público: La corrupción en la Argentina contemporánea. En J. Guerrero, A. Márquez, G. Nardacchione y S. Pereyra (coords.) *Problemas públicos: aportes y controversias contemporáneas*. México: Instituto Mora.

Perlongher, N. (1993) *La prostitución masculina. El negocio del deseo*. Buenos Aires: De la Urraca.

Pheterson, G. (2000) *El prisma de la prostitución*. Madrid: Talasa Ediciones.

Phoenix, J. y Oerton, S. (2005) *Illicit and Illegal. Sex, Regulation and Social.* Cullompton, Willan.

Pink, S.; Horst, H.; Postill, J.; Hjorth, L.; Lewis, T. y Tacchi, J. (2019) *Etnografía digital. Principios y práctica.* Madrid, Morata.

Piscitelli, A (2015) *Riesgos: la capilarización del enfrentamiento a la trata de personas en las tensiones entre planos supranacionales, nacionales y locales*. Ponencia presentada en el IV Congreso latinoamericano sobre trata y tráfico de personas, Bolivia.

__ (2011) Amor, apego e interesse: trocas sexuais, econômicas e afetivas em cenários transnacionais. En A. Piscitelli; G. Oliveira Assis y J. Olivar (eds.) *Gênero, sexo, amor e dinheiro: mobilidades transnacionais envolvendo o Brasil*, pp. 537-582. Campinas, SP: Unicamp/PAGU.

__ (2005) Apresentação: gênero no mercado do sexo. *Cadernos Pagu,* 25, 7-23.

Piscitelli, A.; Oliveira Assis, G. y Olivar, J. (eds.) (2011) *Gênero, sexo, amor e dinheiro: mobilidades transnacionais envolvendo o Brasil*. Campinas, SP: Unicamp/PAGU.

Plummer, K. (1995) *Telling Sexual Stories*. London: Routledge.

Potts, A. (2001) The Man with Two Brains: Hegemonic masculine subjectivity and the discursive construction of the unreasonable penis-self, *Journal of Gender Studies*, 10(2), 145-156.

__ (2000) "The essence of the hard on": Hegemonic masculinity and the cultural construction of "erectile dysfunction". *Men and Masculinities*, 3(1), 85–103.

Preciado, P. B. (2008) *Testo yonqui*. Madrid, Espasa Calpe.

Prieur, A. y Taksdal, A. (1989) *A sette pris pa kvinner* [Pricing Women]. Oslo: Pax.

Puglia, M. (2016) Lejos de "la venta del cuerpo". Gestiones corporales y simbólicas en trabajadoras sexuales. *Astrolabio*, 16, 5–32.

Queirolo, G. (2013) Género y sexualidad en tiempos de *males venéreos* (Buenos Aires, 1920-1940). *Revista Nomadías,* 17, 67-87.

Ranea Triviño, B. (2016) Analizando la demanda: relación entre masculinidad hegemónica y prostitución femenina. *Investigaciones Feministas,* 7(2), 313-330.

Reeser, T. W. (2020) Approaching affective masculinities. En L. Gottzén; U. Mellström, T. Shefer y M. Grimbeek (eds.) *Routledge international handbook of masculinity studies*. London: Routledge.

Reeser, T. W. y Gottzén, L. (2018) Masculinity and affect: new possibilities, new agendas. *NORMA, 13*(3-4), 145-157.

Regushevskaya, E. y Tuormaa, T. (2014) How do prostitution customers value health and position health in their discussions? Qualitative analysis of online fórums. *Scandinavian Journal of Public Health*, 42(7), 1–8.

Rostagnol, S. (2011) *Consumidores de sexo. Un estudio sobre masculinidad y explotación sexual comercial en Montevideo y área metropolitana*. Montevideo: RUDA.

Rubin, G. (1989) Reflexionando sobre el sexo. Notas para una teoría radical de la sexualidad. En C. Vance (comp.) *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Editorial Revolución.

Sabo, D. (2005) The Study of Masculinities and Men´s Health: An Overview. En M. Kimmel; J. Hearn y R.W. Connell (eds.) *Handbook of Studies on Men & Masculinities*, pp. 326-352. London: SAGE.

Sanders, T. (2008) *Paying for pleasure: Men who buy sex*. UK: Willan.

__ (2008b) Male Sexual Scripts: Intimacy, Sexuality and Pleasure in the Purchase of Commercial Sex. *Sociology*, 42(3), 400-417.

__ (2007) Becoming an Ex–Sex Worker Making Transitions Out of a Deviant Career. *Feminist Criminology*, 2(1), 74-95.

Scott, J. W. (2001) Experiencia. *La ventana*, 2(13), 42-74.

__ (1996) El género: Una categoría útil para el análisis histórico. En M. Lamas (comp.) *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, pp. 265-302. México: PUEG.

Segal, L. (2007) *Slow motion. Changing masculinities, changing men.* Palgrave Hampshire: Macmillan.

Seidler, V. (2006) *Masculinidades. Culturas globales y vidas íntimas.* Madrid: Montesinos.

__ (1995) Los hombres heterosexuales y su vida emocional. *Debate Feminista*, abril, 78-111.

Simon, W. y Gagnon, J. (2003) Sexual Scripts: Origins, Influences and Changes. *Qualitative Sociology*, 26(4), 491-497.

Simonetto, P. (2018) Pagar para ser hombre. Prácticas y sentidos de la compra de sexo en los testimonios judiciales de trabajadores. Provincia de Buenos Aires, 1936-1960. *Revista Historia y Justicia,* 10.

Skeggs, B. (2019) *Mujeres respetables: clase y género en los sectores populares*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.

Smart, C. (2016) La búsqueda de una teoría feminista del derecho. *Delito y Sociedad*, 1(11/12), 105-124.

Smith, R. y Christou, M. (2009) Extracting Value from Their Environment: Some Observations on Pimping

and Prostitution as Entrepreneurship. *Journal of Small Business and Entrepreneurship*, 22(1).

Staiger, A. (2017) Perceptions About Pimps in an Upscale Mega Brothel in Germany. En A. Horning y A. Marcus (eds.) *Third Party Sex Work and Pimps in the Age of Anti-trafficking*, pp.151-176. New York: Springer.

Stepien, A. (2014) Understanding Male Shame. *Masculinities,* 1, 7-27.

Stets, J. y Turner, J. (eds.). (2006) *Handbook of the Sociology of Emotions*. New York: Springer.

Szasz, I. (2004) El discurso de las ciencias sociales sobre las sexualidades. En C. Cáceres; T. Frasca; M. Pecheny y J. V. Terto (eds.) *Ciudadanía sexual en América Latina: Abriendo el debate*. Lima: Universidad Peruana Cayetano Heredia.

Szil, P. (2007) *Los hombres, la pornografía y la prostitución*. Ponencia presentada al Congreso de los Diputados de España. BOE vol. 379, pp. 84-89.

Tabet, P. (2012) La gran estafa: intercambio, expoliación, censura de la sexualidad de las mujeres. En T. Veloso Bermedo y M.C. Caloz-Tschopp (co-dirs.) *Tres feministas materialistas: Colette Guillaumin, Nicole-Claude Mathieu, Paola Tabet. Volumen II.* Chile: Escaparate Ediciones.

Trebisacce, C. (2020) Un nacimiento situado para la violencia de género. Indagaciones sobre la militancia feminista porteña de los años 80. *Anacronismo e Irrupción*, 10(18), 118-138.

Vance, C. (comp.) (1989) *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina.* Madrid: Editorial Revolución.

Varela, C. (2016) Entre el mercado y el sistema punitivo. Trayectorias, proyectos de movilidad social y criminalización de mujeres en el contexto de la campaña antitrata. *Zona Franca*, 24, 7-37.

__ (2015) La campaña antitrata en la Argentina y la agenda supranacional. En D. Daich y M. Sirimarco (comp.)

Género y violencia en el mercado del sexo: política, policía y prostitución. Buenos Aires: Biblos

__ (2013) De la "letra de la ley" a la labor interpretante: la "vulnerabilidad" femenina en los procesos de judicialización de la ley de trata de personas (2008-2011). *Cadernos Pagu*, 41.

__ (2012) Del tráfico de mujeres al tráfico de políticas. Apuntes para una historia del movimiento anti-trata en la Argentina (1998-2008). *Revista Públicas*, junio.

Varela, C. y Martynowskyj, E. (2019) *De cabaret vip a circuito "prostituyente": traduciendo el mercado sexual al lenguaje de la trata*. Ponencia presentada en XIV Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres y IX Congreso Iberoamericano de Estudios de Género, Universidad Nacional de Mar del Plata.

Vásquez del Águila, E. (2013) Hacerse hombre: algunas reflexiones desde las masculinidades. *Política y Sociedad*, 50(3), 817-835.

Viveros, M. (2011) La interseccionalidad: Perspectivas sociológicas y políticas. En C. Mayorga; J. Peruchi y M. Prado (eds.) *Olhares diversos: direitos sexuais, feminismos e lesbianidades*. Belo Horizonte: Campagna.

Volnovich, J. C. (2006) *Ir de putas: reflexiones acerca de los clientes de la prostitución*. Buenos Aires: Topía Editorial.

Wagner, W. y Elejabarrieta, F. (1994) Representaciones sociales. En J. F. Morales (comp.) *Psicología Social*, pp. 1-16. Madrid: Mc Graw Hill.

Ward, H. y Day, S. (1997) Health care and regulation: new perspectives. En G. Scambler y A. Scambler (eds.) *Rethinking prostitution: purchasing sex in the 1990s*, pp. 139-163. London: Routledge.

Ward, H. y Aral, S. (2006) Globalisation, the sex industry, and health. *Sexually transmitted infections*, 82(5), 345-347.

Weitzer, R. (2007) The Social Construction of Sex Trafficking: Ideology and institutionalization of a Moral Crusade. *Politics & Society*, 35.

Welldon, E. (1993) *Madre, virgen, puta: idealización y denigración de la maternidad*. Madrid: Siglo XXI.
Wetherell, M. (2015) Trends in the Turn to Affect: A Social Psychological Critique. *Body & Society*, 21(2), 139-166.
Wiederman, M. (2005) The Gendered Nature of Sexual Scripts. *The Family Journal*, 13, 496-502.
Zelizer, V. (2008) Pagos y lazos sociales. *Crítica en desarrollo*, 2, 43-63.